

ANDREA TORNIELLI
GIACOMO GALEAZZI

INCLUYE
LA ENTREVISTA
EXCLUSIVA CON EL
PAPA FRANCISCO

**PAPA
FRANCISCO:**

ESTA ECONOMÍA MATA

El Capitalismo y la Justicia Social

PALABRA

Andrea Tornielli
Giacomo Galeazzi

Papa Francisco:
Esta economía mata



Título original: PAPA FRANCISCO QUESTA ECONOMIA UCCIDE by *Ándrea Tornielli* and *Giacomo Galeazzi*

Colección: Mundo y Cristianismo

Director de la colección: Javier Martín Valbuena

© Edizioni Piemme S.p.A, Segrate - Milano, 2015

© Ediciones Palabra, S.A. 2015

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)

Tel.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

epalsa@palabra.es

Diseño de cubierta: Raúl Ostos

Diseño de ePub: Erick Castillo Avila

ISBN: 978-84-9061-263-7

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares de Copyright.

PRÓLOGO

¿HAY UN PAPA MARXISTA EN EL VATICANO?

FRANCISCO, LA ECONOMÍA QUE «MATA» Y LAS AMNESIAS DE LOS CATÓLICOS

*Cuando le doy de comer a un pobre,
todos me llaman santo.
Pero, cuando pregunto
por qué los pobres no tienen comida,
entonces todos me llaman comunista.*

HÉLDER CÁMARA, *Obispo de Recife*

«Hoy debemos decir “no a una economía de la exclusión y de la iniquidad”. Esta economía mata. No es posible que no sea noticia el hecho de que muera de frío un anciano obligado a vivir en la calle, mientras que sí lo sea la pérdida de dos puntos en la Bolsa... Algunos todavía defienden las teorías de la “recaída favorable”, que presuponen que todo crecimiento económico, favorecido por el libre mercado, logra producir por sí mismo una mayor igualdad e inclusión social en el mundo. Esta opinión, que nunca ha sido confirmada por los hechos, expresa una confianza superficial e ingenua en la bondad de aquellos que ostentan el poder económico y en los mecanismos sacralizados del sistema económico imperante. Mientras, los excluidos siguen esperando...».

Pocas frases han sido suficientes, un ramillete de palabras, algún que otro párrafo insertado en un amplio y articulado documento dedicado a la evangelización o, más aún, a la «alegría del Evangelio». El Papa Francisco, ocho meses después de haber sido elegido y tras haber publicado la exhortación *Evangelii gaudium*, ha sido etiquetado como papa «marxista» por los círculos conservadores americanos. Y, poco tiempo después, *The Economist* le ha tachado incluso de secuaz de Lenin en sus diagnósticos sobre el capitalismo y el imperialismo. El jesuita argentino que, como Superior de la Compañía y luego como obispo, era conocido por no haber secundado jamás ciertas tesis extremistas de la Teología de la Liberación hasta el punto de ser acusado de conservador, se ha visto comparado con el filósofo de Tréveris y con sus epígonos, incluido el artífice

de la revolución bolchevique. Pero más que las acusaciones de marxismo y leninismo, tan burdas como quienes se las han dirigido al Papa, lo que le ha afectado han sido las críticas y reparos sobre este tema, iniciados antes incluso de la publicación de la exhortación apostólica, y que siguieron después. Este Papa «habla demasiado de los pobres», de los marginados, de los últimos. Este Papa «latinoamericano» no entiende gran cosa de economía. Este Papa, «llegado del fin del mundo» demoniza al capitalismo, o sea, al único sistema que permite a los pobres ser menos pobres. Este Papa no solo hace gestos políticamente incorrectos (como el de irse a Lampedusa para rezar ante el mar convertido en tumba de miles de inmigrantes a la búsqueda desesperada de una esperanza), sino que se inmiscuye en cuestiones que no le competen y se muestra evidentemente «pauperista»... Un diario, *Il Foglio*, que se ha rebautizado papalmente hablando como *Il Soglio* [«la sede», juego de palabras, N. de la T.] durante el pontificado ratzingeriano, ha llegado incluso a tildar de «heréticas» las palabras del Pontífice argentino, «reo» de haber hablado de los pobres y de los que sufren como «carne de Cristo», tras haber abrazado y bendecido durante una hora, en silencio, a chicos y chicas gravemente enfermos en Asís.

Lo que asombra no es tanto la superficialidad de las acusaciones como, sobre todo, el olvido en el que parece haber caído un consistente sector de la gran tradición de la Iglesia, la que va desde los Padres al magisterio de un pontífice ciertamente no sospechoso de modernismo o progresismo como fue Pío XI, en el siglo, Achille Ratti.

Hablar de los pobres es admitido por un cierto *stablishment* con tal de que se haga de vez en cuando, y, sobre todo, con tal de que se haga con maneras aceptables por determinados ambientes. Una pizca de caridad, condimentada con buenos sentimientos, va estupendamente; más aún, ayuda a tener la conciencia en paz. Basta con no exagerar. Basta, sobre todo, con no correr el riesgo de poner el sistema en tela de juicio. Un sistema que, también según muchos católicos, representa el mejor de los mundos posibles para los marginados, ya que –según enseñan las teorías «correctas»–, cuanto más se enriquecen los ricos, mejor les va la vida a los pobres. Un sistema que se ha convertido incluso en dogma, tejas abajo de la casa católica, junto con otras verdades de fe. Ya se sabe: cristianismo es igual a libertad, libertad es igual a libre empresa y, por tanto, a capitalismo; capitalismo es igual a cristianismo puesto en práctica. Y no hace falta ser demasiado sutil sobre el hecho de que vivimos en una economía que de capitalista tiene más bien poco o nada, como casi nulo es su nexo con la llamada «economía real». La burbuja financiera, la especulación, los índices de la Bolsa, el hecho de que la oscilación de esos índices puedan hacer polvo a poblaciones enteras sometidas a la pobreza haciendo fermentar de golpe el precio de algunas materias primas... son todas ellas realidades que debemos aceptar como secuela de los «efectos colaterales» de las guerras «inteligentes» de última generación. Hay que aceptar estas realidades y

estarse bien calladitos. El dogma es el dogma, y quien lo ponga en tela de juicio, por bien que vaya la cosa, es un iluso. Y, si no, es un subversivo. Sí, porque, incluso ante la catástrofe de la crisis económico-financiera de los últimos años, lo máximo que se le concede a la Iglesia y, en general, a los católicos es hacer algún que otro pronunciamiento ético. ¡Claro que hace falta la ética en las finanzas! El que trabaja en ese mundo necesita tener bien esculpidos en la mente los principios de la moral natural, mejor aún, de la cristiana. Sin ética, el mundo, ya lo vemos, va hacia el desastre. Pero cuidado con lanzarse demasiado. Ojo con levantar el dedo para señalar que el rey va desnudo, ojo con plantearse alguna pregunta sobre la sostenibilidad del sistema actual. Cuidado con preguntarse si es justo que los muertos de hambre o de frío, estén en África o en nuestra calle, sean menos noticia que la caída de dos puntos en la bolsa, como más de una vez ha hecho notar quien hoy se sienta en el trono de Pedro. Se pasará por «marxista», por «pauperista», por un pobre iluso proveniente del fin del mundo, necesitado de ser «catequizado» por quien, aquí en Occidente, lo sabe todo del mundo y de la Iglesia, y no espera otra cosa que poderlo enseñar.

Ahora bien, que ciertos editorialistas de periódicos financieros o exponentes de movimientos como el Tea Party haga ciertos comentarios no debe sorprender, y, de hecho, a nadie le sorprende. Podría decirse que se trata de algo fisiológico. En cambio, es mucho más sorprendente que estos comentarios sean compartidos también por algún sector del mundo católico, esa parte del mundo católico que en las últimas décadas ha sido, por decir algo, selectiva al mirar al patrimonio del magisterio eclesial, eligiendo con cuidado con qué valores comprometerse también en la escena pública. El tema de la pobreza, de la justicia social, de la marginación, se ha convertido en competencia de los «cato-comunistas» y de los «pauperistas», despreciativamente hablando. O de los «estatalistas», palabra con la que en algunos ambientes son definidos todos aquellos que se hacen ilusiones de que a la política le pueda competir todavía una cierta función de control y de dirección, para lograr que quien menos tiene sea tutelado. Así, no solo se ha olvidado el valor teológico del amor a los pobres, como queda atestiguado en las palabras de Jesús de Nazaret, sino que se ha acabado también por archivar una tradición de magisterio social que, en años recientes, sabía ser mucho más apremiante y alternativa respecto a estas cuestiones, en comparación con la débil voz de cierto catolicismo contemporáneo.

Resultan, por consiguiente, fuera de tono, y hasta subversivos, en este contexto, los acentos y las alusiones que se leen en pasajes de este tipo: «¿Quieres honrar al Cuerpo de Cristo? No permitas que sea objeto de desprecio en sus miembros, es decir, en los pobres, faltos de ropa con la que cubrirse. No lo honres aquí en la Iglesia con telas de seda, mientras fuera lo dejas de lado mientras sufre a causa del frío y de la desnudez. Aquel que ha dicho: “Esto es mi cuerpo”, confirmando el hecho con la palabra, ha dicho

también: “Me visteis hambriento y no me disteis de comer” (Mt 25, 42), y, también: “Cada vez que no hicisteis estas cosas con uno de estos pequeños, no lo hicisteis conmigo” (Mt 25, 45). El cuerpo de Cristo que está sobre el altar no necesita manteles, sino almas puras; mientras que aquel que está fuera necesita mucha atención. Aprendamos, pues, a pensar y a honrar a Cristo como Él quiere. De hecho, la honra que más agradece de las que podemos dar a quien queremos venerar, es la que Él mismo quiere, no la que nosotros pensamos. También Pedro creía que le honraba impidiéndole lavarle los pies. Eso no era honra, sino verdadera descortesía. Lo mismo tú, ríndele el honor que Él ha mandado, haz que los pobres se aprovechen de tus riquezas. Dios no necesita copas de oro, sino almas de oro».

O como este otro párrafo: «Y, en primer lugar, lo que hiera nuestros ojos hoy es que en nuestro tiempo no solo hay concentración de la riqueza, sino también acumulación de un poder enorme, de un despótico señorío sobre la economía en manos de unos pocos, y estos a menudo ni siquiera son propietarios, sino únicamente depositarios y administradores del capital, pero del cual disponen a su gusto y capricho. Este poder se hace más que nunca despótico en aquellos que, poseyendo el dinero, se comportan como amos; allí donde de algún modo son los distribuidores de la sangre misma de la que vive el organismo económico, y tienen en su mano, por decirlo así, el alma de la economía, de modo que nadie puede ni siquiera respirar en contra de su voluntad».

No son teólogos de la liberación latinoamericanos, ni son sus inspiradores europeos. No son pensadores heréticos, vigilados por el ex Santo Oficio, por sus ideas revolucionarias. No son expresiones del progresismo postconciliar, del «catocomunismo» o del «pauperismo teológico». No son curas rebeldes sandinistas. La primera es una cita tomada de una homilía sobre el Evangelio de Mateo, del padre de la Iglesia san Juan Crisóstomo, conocido también como Juan de Antioquía, segundo patriarca de Constantinopla, que vivió entre el 344 y el 407, venerado como santo por católicos y ortodoxos, y uno de los 35 doctores de la Iglesia. La segunda es una cita de la encíclica *Quadragesimo anno*, del papa Pío XI, publicada en 1931, muy cerca de la Gran Depresión de 1929, y, con la cual, el valiente pontífice de la Brianza italiana se lanzaba contra el «funesto y execrable internacionalismo bancario o imperialismo internacional del dinero».

¿Por qué estas afirmaciones suenan tan explosivas, hasta el punto de poder ser consideradas, si, por ejemplo, nos referimos al ámbito italiano, como demasiado de izquierdas hasta para la actual izquierda? ¿Por qué un juicio tan neto y preciso como el que el papa Ratti formula en su encíclica, ciertamente ligado a un preciso momento histórico, sin embargo todavía evidentemente profético y sumamente adecuado a la situación actual, suena tan distante, a años luz de tantas palabras que van repitiendo cuantos se comprometen en política partiendo de unos valores y de una pertenencia

católicos? ¿Por qué tantos expertos, tantos hombres empeñados en la «defensa de los valores cristianos en nuestra sociedad», tras el final de la Democracia Cristiana –el partido unitario de los católicos italianos que surgió, al acabar la Guerra, de las cenizas del Partido Popular y que duró hasta el comienzo de los años 90–, no han sabido hacer nada mejor que seguir repropiciando nuevas ediciones del viejísimo Pacto Gentiloni, entregándose atados de pies y manos a ciertos partidos a cambio de alguna que otra promesa sobre el hecho de que algunos valores no serían puestos jamás en tela de juicio? ¿Por qué la tradición del magisterio social de la Iglesia y del catolicismo político de la posguerra han sido tan rápidamente archivados? ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Qué es lo que ha convertido las palabras de los pontífices y de los grandes santos, seguramente no sospechosos de filomarxismo, en algo tan explosivo a los oídos de cierto catolicismo contemporáneo?

Son algunas de las preguntas que suscitan las críticas al Papa Francisco. Su insistencia sobre estos temas, su insistencia en que el protocolo sobre cuya base seremos juzgados son aquellas palabras del capítulo 25 de Mateo, su forma de hablar de los pobres como «carne de Cristo», han molestado. Y han irritado no solo a algunos biempensantes, a algunos hacedores de la religión como *Law & Order*, o algunos sedicentes maestros de ortodoxia, tan maestros que se sienten con títulos suficientes para juzgar con sarcasmo cada coma del magisterio papal. Las palabras del Papa Bergoglio han puesto en tela de juicio también las presuntas certezas de cuantos han crecido creyendo que hablar de lucha contra la pobreza –y comprometerse concretamente para que la pobreza disminuya– es, en el fondo, poco católico; cuantos han crecido pensando que la lucha contra la pobreza no es otra cosa en el fondo que una moda pauperista o veteromarxista. En resumidas cuentas, algo ideológico, una herencia de los últimos epígonos de Marx y del comunismo, algo propio de cristianos ilusos y fuera del mundo, fascinados todavía por los lobos (rigurosamente rojos) disfrazados de corderos. Algo que poder dejar a esos pobrecitos soñadores del mercado justo y solidario o de las bancas éticas.

La impresión que se saca analizando la actuación de Francisco es que uno de los partidos más importantes del pontificado se está jugando precisamente sobre estas cuestiones. Y que hay muchos intereses concretos en hacer creer que la discusión, en la confrontación y a veces en el enfrentamiento, es sobre otras cosas; por ejemplo, sobre ciertos temas doctrinales: así, andamos a la greña mirando en el marcador cuántas veces el papa ha hablado de defensa de la vida de los *nasciturus* o nos dividimos sobre las posibilidades de readmitir –con determinadas condiciones– a los sacramentos a los divorciados vueltos a casar.

Ha sido explosivo, en sí mismo, el hecho de que haya sido elegido como sucesor de Pedro un pontífice que jamás ha profesado la ideología de cierta Teología de la

Liberación pero que ha conocido de cerca los desastres de cierto capitalismo. Molesta que hable tan a menudo de pobreza, que critique la idolatría del dinero sobre la que parece fundarse cada vez más nuestra sociedad, de soberanía ya limitada. La hipersensibilidad con que algunos ambientes, incluso católicos, intervienen para rebajar el debate y alguna vez para ridiculizar –por ejemplo, en los EE.UU.– a obispos que se atreven a levantar la voz sobre temas sociales, sobre la inmigración, sobre la pobreza, dejan entrever la inquietud ante un posible cambio. La inquietud por un papa que reafirma la doctrina social de la Iglesia y también por aquellas páginas que ahora parecen poner en tela de juicio la presunta «santa alianza» con cierto capitalismo, que muchos creían ya olvidado.

¿Qué significan, pues, los llamamientos del Papa? ¿Qué razones hay en sus intervenciones sobre estos temas? ¿Y qué nos dice su biografía, su episcopado en Buenos Aires, capital de un Estado, Argentina, que ha conocido una dramática crisis financiera en el alba del tercer milenio? Sus palabras, las palabras de la doctrina social de la Iglesia, ¿tienen algo que decir a la economía y a las finanzas contemporáneas? Estas son algunas de las cuestiones en las que trataremos de profundizar en estas páginas: un recorrido que, en nuestro modesto intento, quisiera tratar de plantear nuevas preguntas, más que dar respuestas, en la esperanza de que las palabras del Papa –aquí recogidas y analizadas– puedan espolear a todos a interrogarse sobre el mundo en que vivimos, sobre sus reglas, sobre sus sistemas. Y sobre qué es posible hacer en concreto, sin veleidosas utopías ni viejas ideologías para tratar de cambiarlas, al menos un poco. Ojalá que a mejor.

1. «UNA IGLESIA POBRE Y PARA LOS POBRES»

*La opción preferencial por los pobres
es una opción o una forma especial de primacía
en el ejercicio de la caridad cristiana,
atestiguada por toda la Tradición de la Iglesia.*

JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*

La atención a los pobres es clave desde el comienzo mismo del nuevo pontificado. Inmediatamente después de haber aceptado su elección, el nuevo papa debe comunicar su primera decisión como obispo de Roma: el nombre que elige. Y a Jorge Mario Bergoglio se le pasó por la cabeza una idea al respecto, gracias al abrazo de un querido amigo.

El último escrutinio de la jornada, al atardecer de aquel lluvioso 13 de marzo de 2013, fue decisivo. El cardenal de Buenos Aires se había acercado a los dos tercios de los votos, ya en la primera votación de la tarde, la cuarta del Cónclave. Luego, un incidente había ralentizado la elección: al abrir la urna, en el momento del escrutinio de la quinta votación, se había encontrado una papeleta más que el número de votantes: un cardenal no se había dado cuenta del hecho de que dos papeletas se habían quedado pegadas la una a la otra y había metido en la urna dos, en lugar de una. Se decidió no contabilizar aquellos votos, sino repetir inmediatamente la votación, tal y como está previsto en las normas del Cónclave. Así fue como el papa fue designado en la sexta votación, aunque en el quinto escrutinio.

Conforme los votos iban aumentando, Bergoglio era confortado por el cardenal brasileño Claudio Hummes, amigo suyo, que estaba sentado a su lado. A las 19.05 –la hora ha sido anotada por el cardenal Angelo Comastri– el cardenal de Buenos Aires, tras haber respondido «*acepto*» a la pregunta del decano del colegio, dice a los electores: «*Vocabor Franciscus*», «me llamaré Francisco».

Será el propio Pontífice quien explique la elección del nombre, cuando se encuentre, tres días después, con los periodistas, el 16 de marzo. Es la primera vez en dos mil años de Historia de la Iglesia que un sucesor de Pedro decide llamarse Francisco y, desde la tarde de la elección, algunos invitaban a no considerar al *poverello* de Asís como el verdadero inspirador de la elección. «Algunos no sabían por qué el obispo de Roma había querido llamarse Francisco», dice el Papa Bergoglio, «y pensaron en san Francisco Javier o en san Francisco de Sales». Efectivamente, estas fueron interpretaciones

recurrentes por parte de quien consideraba demasiado extraño que un papa jesuita tomase el nombre del santo de los franciscanos. Una decisión que no maduró sobre la base de un razonamiento abstracto, sino como consecuencia del abrazo alentador de un amigo.

«En la elección, yo tenía junto a mí al arzobispo emérito de Sao Paulo y también cardenal prefecto emérito de la Congregación para el Clero, el cardenal Claudio Hummes: ¡un gran amigo, un gran amigo!», cuenta el Papa. «Cuando la cosa se hacía un tanto peligrosa, él me daba ánimos», añade, refiriéndose al progresivo, imparable aumento de los votos con su nombre. «Y cuando los votos alcanzaron los dos tercios, surgió el aplauso habitual cuando un papa es elegido, y él me abrazó, me besó y me dijo: «“¡No te olvides de los pobres!”»».

«Aquellas palabras –continúa el Papa– entraron aquí: ¡Los pobres, los pobres...!. Luego, de repente, en relación con los pobres, yo pensé en Francisco de Asís, en las guerras, mientras seguía el escrutinio hasta los últimos votos. Y Francisco es el hombre de la paz. Y así surgió el nombre en mi corazón: Francisco de Asís. Es para mí el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y custodia lo creado; en este momento, tampoco nosotros tenemos una relación demasiado buena con lo creado, ¿no? Es el hombre que nos da este espíritu de paz, el hombre pobre. ¡Ah, cómo me gustaría una Iglesia pobre y para los pobres!».

En continuidad con las palabras y sobre todo con los gestos llevados a cabo durante su episcopado en Buenos Aires, la atención a los pobres se convierte en una constante del pontificado. Y es interesante ver cómo en Francisco (y antes en el cardenal Bergoglio) esta atención y este compromiso nada tienen que ver con los viejos arneses de la ideología. Hay que remitirlos, en cambio, a su original matriz evangélica. Hay que releerlos en este sentido, son las palabras pronunciadas, improvisando, por el pontífice argentino con ocasión de la Vigilia de Pentecostés celebrada en la plaza de San Pedro al atardecer del sábado 18 de mayo de 2013, en la que participan los miembros de las asociaciones y movimientos católicos; Francisco está respondiendo a las preguntas que le han sido planteadas por algunos seculares al acabar sus respectivos testimonios. Una de ellas sonaba así: «Quisiera preguntarle, Santo Padre, cómo yo y todos nosotros podemos vivir una Iglesia pobre y para los pobres, de qué manera el hombre que sufre es una interpelación para nuestra fe. Todos nosotros, como movimientos, asociaciones laicales, ¿qué contribución concreta y eficaz podemos dar a la Iglesia y a la sociedad para afrontar esta grave crisis que sufre la ética pública, el modelo de desarrollo, la política, en suma, un nuevo modo de ser hombres y mujeres?».

El Papa considera importante también la última interpelación, es decir, el testimonio de los cristianos y su contribución a un nuevo modelo de desarrollo.

«Me refiero al testimonio», dice Francisco. «Antes de nada, vivir el Evangelio es la

principal contribución que podemos dar. La Iglesia no es un movimiento político ni una estructura bien organizada: no es eso. Nosotros no somos una ONG, y cuando la Iglesia se convierte en una ONG pierde la sal, no tiene sabor, es solo una organización vacía. Y en esto, sed listos, porque el demonio nos engaña, porque corremos el peligro del eficientismo. Una cosa es predicar a Jesús y otra cosa es la eficacia, ser eficientes. No, ese es otro valor; el valor de la Iglesia, fundamentalmente, es vivir el Evangelio y dar testimonio de nuestra fe. La Iglesia es sal de la tierra, es luz del mundo, está llamada a hacer presente en la sociedad la levadura del Reino de Dios y lo hace, antes que nada, con su testimonio, el testimonio del amor fraterno, de la solidaridad, del compartir».

«Cuando se oye a algunos decir –continúa el Papa Bergoglio– que la solidaridad no es un valor, sino que es una “actitud primaria” que debe desaparecer... la cosa no marcha bien. Se está pensando en una eficacia únicamente mundana. Los momentos de crisis, como los que estamos viviendo –tú has dicho antes que “vivimos en un mundo de mentiras”–, este momento de crisis, estemos bien atentos, no consiste solamente en una crisis económica, no es solo una crisis cultural. Es una crisis del hombre: ¡quien está en crisis es el hombre! ¡Y el hombre es imagen de Dios! Por eso es una crisis tan profunda. En este momento de crisis –ha seguido explicando el Papa Francisco– no podemos preocuparnos únicamente de nosotros mismos, encerrarnos en nuestra soledad, en nuestro desánimo, en nuestro sentido de impotencia ante los problemas. ¡Por favor, no os encerréis! Eso es un peligro: nos encerramos en la parroquia, con los amigos, en el movimiento, con aquellos que piensan lo mismo que nosotros... ¿pero sabéis lo que pasa? Que, cuando la Iglesia se encierra, se pone enferma. Pensad en una habitación cerrada durante un año; cuando entras, hay un olor de humedad, hay tantas cosas que no funcionan... Una Iglesia encerrada es lo mismo que una Iglesia enferma. La Iglesia debe salir de sí misma. ¿Adónde? Hacia las periferias existenciales, sean las que sean, pero salir. Jesús nos dice: “Id por todo el mundo, salid, predicad, dad testimonio del Evangelio”».

El Papa nos invita a salir, a pesar de todos los riesgos. «¿Qué ocurre si uno sale de sí mismo?», se pregunta. E, inmediatamente después, responde: «Puede ocurrir lo que ocurre a todos aquellos que salen de casa y van por la calle: un accidente. Pero yo os digo: prefiero mil veces una Iglesia accidentada que una Iglesia enferma de cerrazón. ¡Salid afuera, salid! Pensad también en lo que dice el Apocalipsis. Dice una cosa muy bonita: que Jesús está a la puerta y llama, llama para entrar en nuestro corazón. Ese es el sentido del Apocalipsis. Pero haceos esta pregunta: ¿cuántas veces Jesús está dentro y llama a la puerta para salir afuera y no lo dejamos salir a causa de nuestras seguridades, porque muchas veces estamos encerrados en estructuras caducas, que solo sirven para esclavizarnos, no para hacernos hijos libres de Dios? En esta “salida” es importante ir al encuentro; esta palabra, para mí es muy importante. Al encuentro de los demás». «El

encuentro es importante –añade el Papa Bergoglio–, porque la fe es un encuentro con Jesús y nosotros tenemos que hacer lo mismo que hace Jesús: encontrarnos con los demás». Vivimos una cultura del enfrentamiento, de la fragmentación, una cultura en la que lo que no me sirve lo tiro, la cultura del descarte. Pero, llegados a este punto, os invito a pensar –y esto forma parte de la crisis– en los ancianos, que son la sabiduría de un pueblo, en los niños... ¡la cultura del descarte! Tenemos que ir a su encuentro y tenemos que crear con nuestra fe una “cultura del encuentro”, de la amistad, una cultura en la que encontremos a los hermanos, en la que podamos hablar también con quienes no piensan como nosotros, incluso con los que tienen otra fe, los que no tienen nuestra misma fe. Todos tienen algo en común con nosotros: son imágenes de Dios, son hijos de Dios. Hay que salir al encuentro de todos, sin negociar nuestra pertenencia».

Recuerda luego Francisco la pobreza, la presencia de los pobres en nuestras ciudades: «Y hay otro punto que es importante: el encuentro con los pobres. Si salimos de nosotros mismos, encontramos la pobreza. Hoy –duele hasta el corazón al decirlo– encontrar a un mendigo muerto de frío no es noticia... Hoy, pensar que tantos niños no tienen que comer no es noticia. ¡Esto es grave, es grave! ¡No podemos quedarnos tan tranquilos! ¡No podemos convertirnos en cristianos almidonados!, ese tipo de cristianos demasiado educados, que hablan de cosas teológicas mientras tranquilamente toman el té. ¡No! Tenemos que convertirnos en cristianos valientes e ir a buscar a aquellos que son, precisamente, la carne de Cristo!».

Ir hacia los pobres significa ir hacia la carne de Cristo. El Papa Bergoglio lo pone como ejemplo citando un caso tomado de su experiencia como confesor. «Cuando yo voy a confesar –todavía no puedo, porque para ir a confesar... de aquí no se puede salir, pero ese es otro problema– cuando yo iba a confesar en mi diócesis anterior, venían algunos y siempre les hacía esta pregunta: “Pero ¿usted da limosna?”. “Sí, padre”. “¡Ah, bien, bien!”. Y le hacía dos preguntas más: “Dígame: y, cuando usted da limosna, ¿mira a los ojos a aquel o aquella a quien se lo da?”. “Ah, pues no sé, no me he dado cuenta...”. Segunda pregunta: “Y, cuando usted da limosna, ¿le da la mano a quien se la da, o le tira la moneda?”. ¡Este es el problema! La carne de Cristo, tocar la carne de Cristo, tomar sobre nosotros mismos el dolor por los pobres. La pobreza, para nosotros, cristianos, no es una categoría sociológica, o filosófica, o cultural: no, es una categoría teológica. Diría más todavía, es quizá la primera categoría, porque ese Dios, el Hijo de Dios, se rebajó, se hizo pobre para caminar con nosotros por nuestro camino. Y esta es nuestra pobreza, la pobreza de la carne de Cristo, la pobreza que nos ha traído el Hijo de Dios al encarnarse».

Así pues, la atención a los pobres no es resultado de posiciones ideológicas, de análisis sociológicos, ni consecuencia de unas opciones políticas o de un proyecto construido en el despacho para cambiar la sociedad. Francisco reconduce este

compromiso a su original raíz evangélica, a las palabras de Jesús. No es algo opcional para los cristianos, sino que tiene que ver con la fe misma.

«Una Iglesia pobre para los pobres –seguía explicando Francisco durante aquella Vigilia de Pentecostés– comienza cuando nos ponemos en camino hacia la carne de Cristo. Si nos encaminamos hacia ella, empezamos a entender algo, a comprender qué es esa pobreza, la pobreza del Señor. Y eso no es fácil. Pero hay un problema que no hace bien a los cristianos: el espíritu del mundo, el espíritu mundano, la mundanidad espiritual. Eso nos lleva a una especie de suficiencia, a vivir el espíritu del mundo y no el de Jesús. Es la pregunta que me hacíais sobre cómo se debe vivir para hacer frente a esta crisis que afecta a la ética pública, al modelo de desarrollo, a la política. Dado que esta es una crisis del hombre, una crisis que destruye al hombre, es una crisis que desnuda al hombre de toda ética. En la vida pública, en la política, si no hay ética, una ética de referencia, entonces todo es posible y todo se puede hacer. Y ya vemos, cuando leemos los periódicos, el inmenso mal que la falta de ética en la vida pública hace a la humanidad entera».

Luego, el Papa trae a colación una vieja anécdota, capaz de describir la realidad actual. «Me gustaría contaros una historia. Ya lo he hecho dos veces esta semana, pero lo haré una tercera vez con vosotros. Es la historia que cuenta un *midrash* bíblico de un rabino del siglo XII, que relata la construcción de la torre de Babel, y dice que para edificarla hacían falta ladrillos. ¿Qué significa eso? Significa andar, remover el barro, traer la paja, prepararlo todo... y luego, al horno. Y cuando el ladrillo estaba hecho, había que subirlo arriba, para construir la torre de Babel. Un ladrillo era un tesoro, por todo el trabajo que hacía falta para hacerlo. Cuando caía un ladrillo, era una tragedia nacional, y el obrero culpable era castigado, tan valioso era un ladrillo que, si se caía, era un drama. Pero, si se caía un obrero, no pasaba nada. Era algo diferente. Esto pasa hoy también: si las inversiones en Bolsa, en los bancos, bajan un poco... qué tragedia... ¿qué vamos a hacer? Pero si se mueren de hambre las personas, si no tienen qué comer, si no tienen salud, ¡no importa! ¡Esta es nuestra crisis actual! Y el testimonio de una Iglesia pobre para los pobres va en contra de esta mentalidad».

2. LOS POBRES Y «EL IMPERIALISMO DEL DINERO»

Una gran parte de los hombres se encuentra injustamente en una situación mísera y calamitosa... Las circunstancias han entregado [a los obreros] solos e indefensos a la inhumanidad y a la desenfrenada avidez de la competencia.

León XIII, Rerum novarum

Por más que fuera elegido «del fin del mundo», Jorge Mario Bergoglio tenía, en el momento de su elección, a sus espaldas, veinte años de ministerio episcopal en una gran ciudad. Lejana, lejanísima de Europa, pero caracterizada por fenómenos, procesos, desafíos y problemas que la hacían estar al «final», pero al mismo tiempo en el «corazón» del mundo. Incluso desde el punto de vista de los grandes desafíos y contradicciones económico-sociales. Aquel gran país suramericano conoció, a comienzos del nuevo milenio, la decadencia de su economía y sus finanzas. Argentina, en diciembre de 2001, sufrió graves desórdenes sociales: fueron numerosísimas las familias que se quedaron con lo puesto. Un día, desde una ventana de la casa arzobispal, Bergoglio, cardenal desde hacía poco, vio cómo la policía cargaba en la Plaza de Mayo contra una mujer. Cogió el teléfono y llamó al ministro del Interior. No le pasaron con él, le hicieron hablar con el secretario de Seguridad. El arzobispo del preguntó si conocía la diferencia entre los *agitprop* y la gente que simplemente pedía que le devolvieran su dinero retenido en los bancos. De la experiencia de aquellos meses habló precisamente Bergoglio en una larga entrevista con Gianni Valente, publicada en la revista *30 Giorni* en enero de 2002. «La imagen de la crisis que el cardenal Jorge Mario Bergoglio tiene siempre ante sus ojos», escribía el periodista en la entradilla de la entrevista, «no es esa imagen ruidosa y enrabiada de la cacerolada en la plaza, sino la imagen íntima y llena de dignidad humillada de las madres y los padres que lloran de noche mientras sus hijos duermen y nadie los ve. “Lloran como cuando eran niños y su madre les consolaba. Solo los pueden consolar ellos: Dios Nuestro Señor y su Madre”. [...] Ante un pueblo estrangulado por los perversos y anónimos mecanismos de la economía especulativa –observaba Valente– también él, que pasa por ser una persona mansa y reservada, llega a utilizar palabras cortantes».

Bergoglio citaba la «Carta al pueblo de Dios» que la Conferencia Episcopal Argentina publicó el 17 de noviembre de 2001 y en la que quedaban descritos muchos aspectos de

esta crisis inédita: «la concepción mágica del Estado, la dilapidación del dinero del pueblo, el liberalismo extremo mediante la tiranía del mercado, la evasión fiscal, la falta de respeto a la Ley, tanto en su observancia como en el modo de dictarla y aplicarla, la pérdida del sentido del trabajo. En una palabra, una corrupción generalizada que mina la cohesión de la nación y nos quita prestigio a los ojos del mundo. Este es el diagnóstico. Y, en el fondo, la raíz de la crisis argentina es de orden moral».

La situación argentina, lejos de ser un incidente, aunque de enormes proporciones, se presentaba sobre todo como una crisis sistemática, la crisis del modelo económico que se había impuesto a lo largo de los dos decenios precedentes. Las palabras del entonces cardenal de Buenos Aires eran explícitas: «Ha habido a lo largo de este tiempo un verdadero terrorismo económico-financiero que ha producido efectos fácilmente constatables, como el aumento de los ricos, el aumento de los pobres y la drástica reducción de la clase media. Y otros menos coyunturales, como el desastre en el campo de la educación. En este momento, en las ciudades y en las áreas residenciales del entorno de Buenos Aires hay dos millones de jóvenes que ni estudian ni trabajan. Ante el bárbaro modo en que se ha llevado a cabo en Argentina la globalización económica, la Iglesia de este país se ha remitido siempre a las indicaciones del magisterio. Nuestros puntos de referencia son, por ejemplo, los criterios expuestos con toda claridad en la alocución de Juan Pablo II *Ecclesia in America*».

«Hace setenta años, en la encíclica *Quadragesimo anno*, escrita poco después de la crisis de la Bolsa del 29, Pío XI había definido como “imperialismo internacional del dinero” el modelo de economía especulativa capaz de empobrecer en un instante a millones de familias».

Era una fórmula olvidada, aquella que fue utilizada por el papa Ratti, la que Bergoglio consideraba actual para describir también la situación de una Argentina hundida en la crisis: «Es una fórmula que jamás pierde actualidad, y contiene una raíz bíblica. Cuando Moisés sube al monte para recibir la Ley de Dios, el pueblo peca de idolatría, fabricando el becerro de oro. También el actual imperialismo del dinero muestra un inequívoco rostro idolátrico. Es curioso comprobar cómo la idolatría camina siempre junto al oro, y donde hay idolatría se borra a Dios y la dignidad del hombre, creado a imagen de Dios. Así, el nuevo imperialismo del dinero se carga incluso el trabajo, que es el medio en el que se expresa la dignidad del hombre, su creatividad, que es la imagen de la creatividad de Dios. La economía especulativa ni siquiera necesita ya del trabajo, no sabe qué hacer con él. Persigue al ídolo del dinero que se produce por sí mismo. Por eso, no se tienen reparos a la hora de convertir en parados a millones de trabajadores».

Es la descripción de una realidad, de procesos en marcha, vividos y experimentados por quien, en aquel momento, era el pastor de la diócesis de Buenos Aires. Bergoglio explicaba cómo la Iglesia miraba a este fenómeno sin caer en el riesgo de la ideología,

pero al mismo tiempo sin acabar por justificar –en nombre de la lucha contra la ideología– modelos profundamente injustos.

«Son importantes, a este propósito –explicaba el futuro papa– los documentos de Puebla. La Conferencia de Obispos Hispanoamericanos celebrada en Puebla marcó un antes y un después. Se logró mirar a Hispanoamérica a través del diálogo con su propia tradición cultural. Y, respecto a los sistemas políticos y económicos, el bien que se deseaba era también el conjunto de los recursos religiosos y espirituales de nuestros pueblos, que se expresan, por ejemplo, en la religiosidad popular, que ya Pablo VI había exaltado en el número 48 de su Carta apostólica *Evangelii nuntiandi*. La experiencia cristiana no es ideológica. Está marcada por una originalidad no negociable, que nace del estupor del encuentro con Jesucristo, de quedarse maravillado ante la persona de Jesucristo. Y esto lo mantiene nuestro pueblo y lo manifiesta a través de la piedad popular. Tanto las ideologías de izquierdas como este imperialismo económico del dinero ahora dominante borran la originalidad cristiana del encuentro con Jesucristo que tantos, en nuestro pueblo, viven todavía desde la sencillez de su fe».

En aquella entrevista, el cardenal Bergoglio afirmaba a propósito del papel desarrollado en la crisis argentina por la comunidad internacional y por los organismos financieros centrales: «No me parece que pongan en el centro de su reflexión al hombre, a pesar de las bonitas palabras. Señalan siempre a los Gobiernos sus rígidas directrices, hablan siempre de ética, de transparencia, pero se me presentan como eticistas sin bondad».

Y, a propósito de la hoja de ruta seguida por la Iglesia ante la crisis económica-financiera, añadía: «Al implicarse en este intento común de salir de la crisis en Argentina se tiene bien presente todo lo que enseña la tradición de la Iglesia, que reconoce la opresión al pobre y el fraude en el salario a los obreros como dos pecados que gritan venganza ante la presencia de Dios. Estas dos fórmulas tradicionales tienen una actualidad total y absoluta en el magisterio del episcopado argentino. Estamos hartos de sistemas que producen pobres para que luego la Iglesia los mantenga».

«A los sectores más necesitados –explicaba Bergoglio– llega únicamente un 40 por ciento de los recursos que el Estado les destina. El resto se pierde por el camino. Hay comisiones. La Iglesia ha abierto ya en las parroquias una red capilar de comedores para niños y para la gente cada vez más numerosa que vive en la calle».

El futuro papa, frente al descrédito en que había caído la clase dirigente de su país, reivindicaba la importancia de la política y del compromiso político. «Hay que reclamar la importancia de la política por más que los políticos la hayan desacreditado porque, como decía Pablo VI, puede ser una de las más altas formas de caridad. En nuestro país, por ejemplo, la mentalidad funcional aneja al modelo económico imperante ha hecho sus experimentos sobre los dos extremos de la vida: los niños y los ancianos, las dos franjas

de edad más afectadas por la crisis, provocando efectos devastadores en el campo de la educación, de la sanidad y de la asistencia social. Y un pueblo que no cuida a sus niños y a sus ancianos no tiene esperanza».

La cercanía del obispo Bergoglio a su gente, especialmente a los más necesitados, a los más débiles, a los pobres, a los enfermos ha sido una característica distintiva de su episcopado. Celebró muchas misas entre los *cartoneros* (los recogedores de cartón de la basura), en las *villas miseria* (los suburbios de barracones de Buenos Aires), entre los parados. Siempre se mostró cercano a la Iglesia que está en la «frontera», y envió a sacerdotes a las *villas miseria* preocupándose por su formación, apoyándolos y sosteniéndolos. Y, sobre todo, visitándolos.

El arzobispo usó palabras muy fuertes para definir algunos aspectos problemáticos de la megalópolis argentina: «En Buenos Aires no ha sido abolida la esclavitud. Aquí hay todavía quien trabaja como trabajaban los esclavos», dijo una vez ante los miembros de la ONG La Alameda, un grupo de activistas contra la trata de mujeres con fines sexuales y contra el trabajo y las condiciones de esclavitud en tantos talleres textiles clandestinos, y entre los trabajadores temporeros que llegaban de los países vecinos para la vendimia o la recogida de la fruta.

Durante la reunión del episcopado iberoamericano en Aparecida, encuentro en el que Bergoglio tuvo un papel significativo, en particular por lo que se refiere a la redacción de su documento final, el entonces cardenal arzobispo de Buenos Aires habló de las desigualdades y de una distribución de la riqueza que produce «una escandalosa injusticia». Era el 16 de mayo de 2007. Tratando la cuestión de la dimensión social, Bergoglio había hablado de «una injusticia escandalosa que hiera la dignidad personal y atenta contra la justicia social». Refiriéndose a la experiencia argentina había observado: «Entre los años 2002 y 2006, en Argentina subieron un 8,7 por ciento los índices de pobreza; hay un 26,9 por ciento que vive en la pobreza, y nos encontramos en la región aparentemente más desigual del mundo, la que más ha crecido y menos ha reducido la miseria. Permanece la injusta distribución de los bienes, que configura una situación de pecado social que clama al cielo y que excluye de la posibilidad de una vida más plena a muchos hermanos. Poderes políticos y planes económicos de diverso signo no dan señales de crear modificaciones significativas para “eliminar las causas estructurales de las disfunciones de la economía mundial” (Benedicto XVI, *Discurso al cuerpo diplomático*, 8 de enero de 2007). En Argentina es urgente impulsar una conducta justa, coherente con la fe que promueva la dignidad humana, el bien común, la inclusión integral, la ciudadanía plena y los derechos de los pobres».

Es relevante, en el pasaje que acabamos de citar, la contradicción a la teoría según la cual el crecimiento económico lleva siempre consigo ocasiones de enriquecimiento para todos. Cuando, en la exhortación *Evangelii gaudium*, el Papa Francisco ponga en

discusión la teoría de la «recaída favorable», lo hará no sobre la base de teorías de signo contrario, sino a causa de una experiencia vivida, observando la situación del pueblo argentino, en un país donde altas tasas de crecimiento han ido acompañadas de un aumento de los índices de pobreza. No podemos olvidar, además, la alusión a la eliminación de las «causas estructurales» de esta situación que el entonces cardenal Bergoglio hacía apoyándose en un discurso del papa Ratzinger.

Estos argumentos fueron repetidos en el 2011 con ocasión del congreso sobre Doctrina Social celebrado en Argentina. En aquella ocasión el cardenal había criticado «una economía que ofrece posibilidades casi ilimitadas en todos los aspectos de la vida a quienes logran verse incluidos en el sistema».

En Bergoglio, durante los veinte años de su episcopado en Argentina, las tomas de posición públicas sobre cuestiones de justicia social y sobre la atención a los pobres se han remitido siempre a su raíz evangélica. Como bien se deduce de esta intervención en vídeo que el entonces arzobispo de Buenos Aires grabó para que fuese emitido durante el encuentro nacional de Cáritas Argentina de 2009.

Bergoglio había empezado con un ejemplo: «En un centro de Cáritas pasan muchas cosas que no tendrían que pasar... Perdonadme si ofendo a alguien, pero no quisiera que fuera así. Quiero haceros entender a todos los peligros de hoy al tratar de llevar adelante la acción caritativa en la Iglesia. En uno de los centros hicieron un homenaje a un colaborador. La fiesta se celebró en uno de los treinta y seis restaurantes de lujo de Puerto Madero en Buenos Aires donde la cena más barata cuesta doscientos cincuenta pesos. Son treinta y seis restaurantes que están a un kilómetro de cualquier tugurio de una de las *villas miseria*. Si tú te metes en el ámbito solidario de Cáritas, tu estilo de vida tiene que cambiar. No te puedes permitir ciertos lujos que antes de tu conversión te permitías. “¡Padre, usted es un comunista!”. ¡Quizá!, pero creo que no. Únicamente interpreto lo que pide la Iglesia. Trabajar en Cáritas exige renunciaciones, exige pobreza espiritual. La solidaridad te debe llevar al gesto visible de la pobreza espiritual. “La Iglesia latinoamericana está llamada a ser sacramento de solidaridad, de amor y de justicia entre los pueblos (Aparecida, 396)”».

El arzobispo Bergoglio insistía en el compromiso personal, en el cambio de vida personal de quien se compromete a ayudar a los pobres: «Cuando vives la caridad de esta manera, es tu propia vida la que está sometida al fuego y tu propia carne la que va cambiando. Eres tú quien se hace pobre, en cierto sentido, y quien enriquece a los demás en cierta manera. El servicio de Cáritas debe llevar a cambiar radicalmente el estilo de vida. Con auténtica vergüenza hemos participado, hace tantos años, en cenas de lujo para recoger dinero para Cáritas. Había subasta de joyas, de cosas caras. ¡Es una equivocación, eso no es Cáritas! Eso es una ONG. Aparecida nos pone frente a las opciones del corazón: o perteneces a una ONG o perteneces a Cáritas. Si formas parte de

Cáritas, déjate cambiar la vida. Cambiarás a la fuerza tu estilo de vida, serás amigo de los pobres, y acabarás siendo pobre también tú, en la modesta austeridad de vida».

El futuro papa se refirió luego a una conocidísima tira de cómics, *Mafalda*, personaje creado por Quino (seudónimo del humorista argentino Joaquín Salvador Lavado Tejón). «En cambio, si quieres hacer el bien desde una ONG», añadió Bergoglio, «tal vez acabes como Susanita, la amiga de Mafalda: “Cuando yo sea mayor organizaré veladas de té con bizcochos y cosas finas para poder comprar polenta, pasta y demás porquerías que comen los pobres”. Una vez que entras en la dinámica de conversión, de cambio de vida, de solidaridad con la carne de tu hermano, cuando no te avergüenzas de él, entonces, se amplía el horizonte y se manifiesta el rostro de Jesús. Y la contemplación en la búsqueda de Dios en el rostro del pobre pasa a ser la contemplación del rostro mismo de Jesús. Pero para esto hace falta rezar mucho».

«Quien trabaja en Cáritas suscita esperanza –seguía explicando el cardenal Bergoglio– porque antes se ha dejado llenar de la esperanza de Cristo, cercano a los débiles y a los pobres. “La Iglesia está llamada a ser abogada de justicia para defender a los pobres frente a tantas desigualdades sociales y económicas que claman al cielo...” (Aparecida, 395). La Doctrina Social de la Iglesia es capaz de suscitar esperanza en medio de las situaciones más difíciles, ya que, si no hay esperanza para los pobres, no la habrá para nadie, tampoco para los ricos. Si no eres capaz de suscitar esperanza para los pobres, tampoco tú la tendrás. Vivirás al día, en la satisfacción cotidiana, llenándote de pequeñas satisfacciones... pero no tendrás horizonte. Serás un cristiano de coyuntura, a la búsqueda de que no te falte de nada».

El futuro papa seguía citando las «estructuras injustas» y el compromiso por cambiarlas; un empeño que no brota de posiciones ideológicas, sino que es el horizonte del cristiano cercano a los pobres. «La opción preferencial por los pobres nos llama a anunciar esta verdad a los responsables para cambiar las estructuras injustas. Llama al mismo tiempo a abrir para ellos un horizonte de esperanza. Tantos hombres y mujeres que trabajan en la sociedad ni conocen siquiera eso que la Iglesia llama justicia social. Con la doctrina social de la Iglesia se abre el horizonte a partir de aquel pobre concreto que has conocido, ayudado y acompañado. Luego empezaste a quererlo. Luego comenzaste a entrar en su vida y él en la tuya; empezaste a incluirlo y le has abierto un horizonte de esperanza. Tú se la das a él y él te la da a ti. La justicia te abre la misión de dar esperanza a los responsables, de cambiar la situación de las estructuras sociales. No hay que olvidar lo que dijo el papa Benedicto XVI: “El servicio de la caridad, como el anuncio de la Palabra y la celebración de los Sacramentos, es expresión irrenunciable de la esencia misma de la Iglesia” (Aparecida, 399). No creas que eres un buen católico porque vas a misa, te confiesas a menudo y haces alguna que otra obra de caridad, colaboras con Cáritas, pero luego vives según el espíritu del mundo. Aparecida nos exige

renunciar a toda mundanidad; es decir, renunciar al espíritu del mundo que no ha querido acoger a Jesús. Es tu renuncia la que hace sitio a un Jesús que se revela maravilloso, un rostro maravilloso escondido en el rostro sucio y herido de tantos hombres y mujeres de este mundo».

También en 2009 Bergoglio pronunció una conferencia sobre el tema de la deuda social, para inaugurar un seminario sobre esta cuestión que se celebró en octubre de aquel año: «El fundamento ético a partir del cual se debe juzgar la deuda social como inmoral, injusta e ilegítima está en el reconocimiento social sobre el grave daño que sus consecuencias generan sobre la vida, sobre el valor de la vida y, por tanto, sobre la dignidad humana.

Su mayor inmoralidad –continuaba Bergoglio, refiriéndose a un pronunciamiento de los obispos argentinos– está en el hecho de que esto sucede en una nación que tiene las condiciones objetivas para evitar o corregir estos daños, pero que desgraciadamente parece optar por agravar ulteriormente las desigualdades. Esta deuda compromete a todos los que tienen la responsabilidad moral o política de tutelar y promover la dignidad de las personas y sus derechos, y a aquellos sectores de la sociedad cuyos derechos son violados.

Los derechos humanos –concluía Bergoglio, citando el documento de Santo Domingo del episcopado iberoamericano– son violados no solo por el terrorismo, por la represión, por los homicidios, sino también por la existencia de condiciones extremas de pobreza y por estructuras económicas injustas que causan grandes desigualdades». Cómo no recordar, finalmente, el contenido de la *Carta para la Cuaresma*, la última de Bergoglio como arzobispo de Buenos Aires; un texto en el que el cardenal exhortaba a generar un «un cambio» en la sociedad argentina, advirtiéndole a sus conciudadanos del riesgo de la rutina de vivir bajo los efectos «demoníacos del imperio del dinero» que tiene como consecuencias «la droga, la corrupción y el tráfico de personas, incluidos los niños», y la «violencia que mata y destruye las familias».

«Poco a poco nos acostumbramos a oír y ver, a través de los medios de comunicación, la crónica negra de la sociedad contemporánea, presentada casi como una perversa exultación, y sin embargo nos acostumbramos y convivimos con la violencia que mata, destruye las familias y crea guerras y conflictos».

«El sufrimiento de los inocentes y de los no violentos no deja de golpearnos; el desprecio a los derechos de las personas y de los pueblos más vulnerables no están tan lejos: el imperio del dinero, con sus demoníacos efectos como la droga, la corrupción, el tráfico de personas, niños incluidos, junto con pobreza material y moral, están a la orden del día». Tras haber asegurado que «la destrucción del trabajo digno, las migraciones dolorosas y la falta de futuro se unen a esta sinfonía», Bergoglio reconoce que «tampoco nuestros errores y pecados como Iglesia se quedan fuera de este cuadro general».

«Hoy estamos invitados de nuevo a emprender un camino pascual hacia la vida, camino que incluye la cruz y la renuncia; que será incómodo, pero no estéril. Estamos invitados a reconocer que algo no va bien en nosotros mismos, en la sociedad y en la Iglesia, a cambiar de dirección, a convertirnos».

Todavía añadía Bergoglio que «los más personales egoísmos justificados, la falta de valores éticos en la sociedad que crea metástasis en las familias, en la convivencia en los barrios, en los pueblos y en la ciudad, nos hablan de nuestras limitaciones, de nuestra debilidad y de nuestra incapacidad de poder cambiar esta larga lista de realidades destructivas».

Reconocía, por último, frente a esta situación, «la trampa de la impotencia que nos lleva a preguntarnos si merece la pena intentar un cambio cuando el mundo sigue su danza carnavalesca, disimulando todo esto aunque sea por un poco más de tiempo». Pero el futuro papa recordaba que, «cuando cae la máscara, aparece la verdad» de las cosas. En una palabra, el arzobispo Bergoglio invitaba a la esperanza, recordando que, más allá de las sonrisas y de las superficiales operaciones de maquillaje, la Cuaresma representa la posibilidad de un cambio real. Y este tiempo litúrgico «no es solo para nosotros, sino también para la transformación de nuestra familia, de nuestra comunidad, de nuestra Iglesia, de nuestra patria y del mundo entero»; una oportunidad «que Dios nos regala para crecer y madurar en el encuentro con el Señor que se nos hace visible en el rostro sufriente de tantos niños sin futuro, en las manos temblorosas de los ancianos olvidados y en las rodillas vacilantes de tantas familias» que afrontan la vida «sin encontrar quién nos sostenga».

3. «LA BURBUJA DE LA INDIFERENCIA», EL SISTEMA ECONÓMICO IDÓLATRA DEL DINERO Y ESE «ALGO QUE NO FUNCIONA»

*Los pueblos del hambre interpelan hoy
de manera dramática a los pueblos de la opulencia.
La Iglesia se estremece con este grito de angustia
y llama a cada uno a responder con amor
a su propio hermano.*

PABLO VI, *Populorum progressio*

El polideportivo Arena, en la localidad de Salina, en Lampedusa, es un «no lugar» que produce escalofríos. Junto a los turistas, los restos de los *boat people*. Francisco ha decidido comenzar sus viajes italianos en esta isla que representa el confín del extremo sur del país. Un viaje que ha decidido en poquísimos tiempo. El Papa ha quedado conmocionado por la enésima noticia de las víctimas de la mar, hombres, mujeres y niños que iban en una patera que se ha hundido antes de poder alcanzar las costas italianas. Así, Bergoglio, el 8 de julio de 2013 quiso acudir a este lugar sin el séquito de políticos nacionales y locales, sin demasiadas autoridades que le acompañaran. Francisco tiene el rostro serio mientras habla bajo un sol inclemente. El capitalismo desenfrenado es como Herodes, que «ha sembrado muerte para defender su propio bienestar, su propia pompa de jabón. Y esto sigue repitiéndose». Palabras que suenan como una advertencia al tercer milenio globalizado. «Pidamos al Señor que borre lo que pueda haber quedado de Herodes en nuestro corazón; pidamos al Señor la gracia de llorar por nuestra indiferencia, por la crueldad que hay en el mundo, en nosotros, y también en todos aquellos que, desde el anonimato, toman medidas socioeconómicas que abren el camino a dramas como este».

«¿Quién ha llorado?», es la pregunta que repite pensando en esos muertos cuya tumba son los abismos del mar. «¿Quién ha llorado hoy en el mundo?». El Pontífice, que quiere una Iglesia pobre para los pobres, pide perdón por la indiferencia hacia tantos hermanos y hermanas. «Te pedimos perdón, Padre, por todos aquellos que se han acomodado y cerrado en su propio bienestar, que lleva a la anestesia del corazón; te pedimos perdón por todos los que con sus decisiones a nivel mundial han creado situaciones que llevan a estos dramas. ¡Perdón, Señor!».

Lampedusa es una isla, pero también es un faro. «Que este ejemplo sirva de faro a todo el mundo, para que tengamos la valentía de acoger a todos los que buscan una vida mejor». Un modelo para ser misioneros en nuestra propia casa. «Emigrantes muertos en el mar, en esas pateras que en lugar de ser una vía de esperanza han sido una vía de muerte», afirma Bergoglio en una de las más intensas homilias de su primer año de pontificado. «He venido aquí a rezar, a realizar un gesto de cercanía, pero también a despertar nuestras conciencias. “Adán, ¿dónde estás?”», es la primera pregunta que Dios dirige al hombre tras el pecado, “¿Dónde estás, Adán?”. Y Adán es un hombre desorientado que ha perdido su sitio en la Creación porque cree que ya es poderoso, que puede dominarlo todo, ser Dios. Y la armonía se rompe, el hombre se equivoca y eso se repite una y otra vez también en la relación con el otro, que ya no es el hermano al que querer, sino simplemente ese otro que perturba mi vida, mi bienestar. Y Dios –prosigue el Papa Francisco– plantea la siguiente pregunta: “Caín, ¿dónde está tu hermano?”. El sueño de ser poderoso, de ser grande como Dios, más aún, de ser Dios, lleva a una cadena de errores que es una cadena de muerte. Lleva a derramar la sangre del hermano».

Lo de Lampedusa es una peregrinación por el mar, la primera salida oficial de Francisco de Roma, su viaje iniciático es un *blitz* entre los pobres que supera, y en cierto modo desorienta, a la maquinaria curial, que inaugura un pontificado *on the road*. Apenas una semana antes, el anuncio del viaje había llegado a la Sala Stampa del Vaticano, sin mediaciones de la Secretaría de Estado, Francisco había confirmado directamente al arzobispo de Agrigento, Francesco Montenegro, que aceptaba la invitación del párroco de la isla, don Stefano Nastasi. En el programa, ni rastro de presencia de autoridades oficiales del Estado italiano o de la Conferencia Episcopal Italiana. El primer papa que visita Lampedusa, Francisco, realizó un viaje relámpago para recordar a los muchos que desde África a Lampedusa pierden la vida en el mar, víctimas de la guerra y de intermediarios mafiosos; para animar a los habitantes de la isla a la solidaridad y hacer un llamamiento a la responsabilidad de todos, para que se atienda a los emigrantes.

«Un gesto significativo que sacude a las instituciones de su indiferencia respecto a las tragedias del mar», comentó poco después del anuncio del viaje el «ministro» vaticano de inmigración, Antonio María Beglió. Dos meses antes de volar a Lampedusa, Francisco había lanzado un llamamiento a gobernantes, legisladores y a la comunidad internacional para que pensarán en «iniciativas eficaces para los prófugos y nuevas disposiciones para defender su dignidad, mejorar su condición de vida y hacer frente a los desafíos que producen nuevas formas de persecución, de opresión y de esclavitud».

«El impulso para concretar el proyecto de un gesto a favor de los emigrantes y prófugos le había surgido del “reciente naufragio de una embarcación”, a mediados de junio de 2013, algo que había “afectado profundamente al Pontífice”. La visita fue

sobria. Los pescadores acompañaron al Papa con sus barcas hasta alta mar, donde fue lanzada una corona de flores en recuerdo de tantas víctimas».

Luego, la misa en el polideportivo. Y la parada en la parroquia de San Gerlando. Con su mera presencia, más aún que con sus palabras, Francisco enfocó los reflectores hacia los escenarios de dramas cotidianos, de historias trágicas, pero también de esperanza y de solidaridad. «El hecho mismo de ir a Lampedusa como primer viaje de pontificado dice más que cualquier palabra», subrayaba *L'Osservatore Romano*.

En la época global, aparentemente ya sin muros geopolíticos, Bergoglio ha visitado el puesto avanzado de la caridad. La primera línea del frente en una guerra para la supervivencia, combatida cada noche sobre las olas del mar; una peregrinación a la isla que, únicamente en 2011, tras la explosión de la primavera árabe, vio cómo desembarcaban en sus propias costas cincuenta mil personas. El presidente de la Fundación Migrantes, don Giancarlo Perego, subraya que el Papa, yendo a Lampedusa, confirmó «la opción preferencial de la Iglesia por los pobres». Fue el último naufragio lo que impulsó al Papa hacia la puerta de entrada en Europa. Un viaje que vale por una encíclica. En la isla de las lágrimas, Francisco ha puesto a todos, exactamente a todos ante sus responsabilidades. Ha hablado como obispo, ha interpelado a las conciencias indiferentes y se ha informado de los pequeños detalles cotidianos de la vida de los emigrados en los centros de acogida.

Una visita breve, de apenas cuatro horas, pero cargada de significados. El Papa Bergoglio ha pedido el perdón de Dios por el modo como ha sido ignorada esta «matanza de los inocentes»: veinticinco mil muertos en cinco años.

Conmovido por los relatos de los supervivientes en los naufragios, el Papa, hijo de emigrantes, interrumpió su homilía en el estadio e improvisando condenó a los mafiosos y traficantes por la explotación de los cien millones de personas que cada año se ven obligados en el planeta a dejar la propia casa por motivos políticos o económicos, o por guerras y conflictos. Se dirigió a «quienes se han acomodado y cerrado en su propio bienestar, en la anestesia del corazón». Pasó por delante del cementerio de los *boat people* y exhortó a tener el «coraje de acoger a los que buscan una vida mejor». Revestido con los ornamentos violeta (en señal de penitencia) y con las referencias bíblicas a Herodes y a las interpelaciones de Dios a Adán y Caín, el Pontífice ha estigmatizado la fractura en la «relación» a causa de «mi bienestar». Ha descrito los errores de una «cadena de muerte que derrama la sangre del hermano». La «globalización de la indiferencia» nos hace a todos ser como «el Innominado» de Manzoni y reduce la existencia a una «hermosa burbuja».

Así, «vemos al hermano medio muerto a la orilla del camino y pensamos “pobrecillo” y seguimos caminando». La que alza muros de egoísmo es «una sociedad que ha olvidado la experiencia del llanto, del compartir» y, efectivamente, «¿alguien ha llorado

en el mundo por estos hermanos?»).

Bergoglio ha hablado claramente: «Dios nos juzgará sobre la base de cómo hemos tratado a los emigrantes». Por lo demás, también san Francisco fue un clandestino: después de haberse convertido, peregrinando a Siria, subió a escondidas a un barco. Su primer viaje fuera de Roma fue un «traslado laboral» que parece una encíclica social. Quedarán impresas para siempre las palabras de Francisco a los habitantes de Lampedusa: «Muchos de entre nosotros, yo también me incluyo, andamos desorientados, no estamos ya atentos al mundo en que vivimos, no cuidamos, no custodiamos lo que Dios ha creado para todos, y ya no somos ni siquiera capaces de cuidarnos los unos a los otros. Y, cuando esta desorientación asume proporciones mundiales, se llega a tragedias como esta que estamos sufriendo».

«En la literatura española», recuerda Jorge Mario Bergoglio, «hay una comedia de Lope de Vega que narra cómo los habitantes de la ciudad de Fuenteovejuna matan al gobernador porque es un tirano, y lo hacen de manera que no se sepa quién ha sido el autor de la ejecución. Y cuando el juez del rey pregunta: “¿Quién mató al gobernador?”, todos responden: “¡Fuenteovejuna, Señor!”. ¡Todos y nadie! También hoy brota con fuerza esta pregunta: ¿Quién es el responsable de la sangre de estos hermanos y hermanas? ¡Nadie! Todos nosotros respondemos así: yo no he sido, yo no tengo nada que ver, serán otros, pero yo, desde luego, no. Pero Dios nos pregunta a cada uno de nosotros: “¿Dónde está la sangre de tu hermano que grita hasta mí?”».

De manera que «la cultura del bienestar, que nos lleva a pensar en nosotros mismos, nos hace insensibles a los gritos de los demás, nos hace vivir en pompas de jabón, que son bonitas, pero no son nada, son la ilusión de lo fútil, de lo provisional, que lleva a la indiferencia respecto a los demás; más aún, lleva a la globalización de la indiferencia. En este mundo hemos pasado de la globalización a la globalización de la indiferencia. Nos hemos acostumbrado al sufrimiento del otro, no nos afecta, no nos importa, no es asunto nuestro».

El 22 de septiembre de 2013, Francisco llega a Cerdeña, la isla marcada por el desempleo. Se pone en la cabeza el casco de los obreros de Alcoa y repite la invocación: «Trabajo, trabajo», que se eleva en la voz de los 350.000 fieles que a lo largo de todo el día le aclaman como portavoz del malestar de la isla, mientras que obsequian con silbidos y protestas a políticos y autoridades. Habla del trabajo, fuente de dignidad y vida, contra los grupos de poder que desinteresándose del bien común han dado origen a la crisis económica global. Trabajo para todos, pero que sea digno, no de esclavos, que defiendan el descanso y lo creado. «Trabajo» es la consigna del Papa en su viaje a Cagliari, acuciado por la dramática situación económica de la isla, cuyo índice de pobreza relativa es el doble respecto al nacional italiano. La mitad de los jóvenes no tiene trabajo y las peticiones de ayuda a los centros de Cáritas aumentan de manera exponencial y se

refieren a la comida o al dinero para pagar bombonas para calentarse. «Francisco no nos quita el papel a los sindicalistas, sino que más bien refuerza nuestras batallas sobre Alcoa al igual que en otras muchas empresas», comenta el secretario de la CISL, Raffaele Bonanni. «Ahora ya nadie podrá decir que no lo sabe. El Papa tiene la experiencia de las injusticias sociales en Iberoamérica y su análisis económico es impecable. Si no se interviene sobre las causas (servicios, burocracia, infraestructuras, costes de energía), no se sale de la crisis: Francisco sigue siendo la única autoridad mundial que contrasta la monstruosa deriva que transforma el trabajo en mercancía y siembra ruinas en las democracias nacionales».

Tenía ya en la agenda hacer un llamamiento a favor del trabajo, para una solución a la crisis que no sea meramente asistencial, sino que vuelva a dar energía y esperanza a las personas; pero fue cuando el Papa Bergoglio escuchó los tres testimonios (de un obrero en paro desde 2009, un empresario de cooperativa y un pastor) cuando el grito de alarma le salió del corazón. Cuando Francesco Mattana, parado desde 2008, citó el nombre de dos compañeros muertos en el lugar de trabajo, Francisco se conmovió. Dejó a un lado el texto que tenía escrito, e improvisó. No como un «empleado de la Iglesia», que dice: «¡Ánimo!» y se vuelve a casa, sino como «pastor y hermano» que quiere participar y luchar «juntos, por un sistema justo» para «ir hacia adelante juntos a favor del trabajo y de la dignidad», contra un «sistema económico» que idolatra el dinero y descarta a las personas, a los jóvenes y a los ancianos y desecha a quien piensa que no sirve para nada.

«Esta visita», explica el Papa, «comienza precisamente con vosotros, que formáis el mundo del trabajo. Con este encuentro deseo, sobre todo, expresaros mi cercanía, especialmente en las situaciones de sufrimiento: a tantos jóvenes sin trabajo, a las personas despedidas y en paro o en situación de precariedad, a los empresarios y comerciantes que sudan para poder seguir adelante».

Francisco recuerda que la experiencia del paro, de la crisis, «yo no la he conocido, pero mi familia, sí: mi padre, de joven, se fue a Argentina lleno de ilusiones a “hacer las Américas”, y sufrió la terrible crisis de los años 30. ¡Lo perdieron todo, no había trabajo! Y yo, de niño, oía hablar de aquellos tiempos en casa... Yo no lo vi, todavía no había nacido, pero he sentido muy dentro, en mi casa, este sufrimiento. He oído hablar de este sufrimiento, ¡sé bien de lo que estoy hablando!».

Pero la palabra del Papa es de esperanza y de ánimo: «Tengo que deciros: ¡ánimo!, pero también soy consciente de que por mi parte debo hacer cuanto esté en mi mano para que esta palabra no sea una hermosa palabra de paso; no sea únicamente una sonrisa de un cordial empleado de la Iglesia que viene a deciros “¡ánimo!”; ¡no, no quiero eso! Yo quisiera que este ánimo venga desde dentro y me impulse a hacer como Pastor todo lo que pueda, y también como hombre. Tenemos que afrontar con solidaridad, entre

vosotros –también entre nosotros– todos con solidaridad e inteligencia este desafío histórico».

El Papa recordó luego que Cagliari es la segunda ciudad italiana que visitaba. Y en ambos casos se trataba de islas. En la primera, Lampedusa, «he visto el sufrimiento de tanta gente que busca, con riesgo de su vida, la dignidad, el pan, la salud: el mundo de los refugiados. Y he visto la respuesta que aquella ciudad que –siendo una isla– no ha querido aislarse y recibe a todos, los hace suyos; nos da un ejemplo de acogida: sufrimiento y respuesta positiva. Aquí, en esta segunda ciudad, segunda isla que visito, también encuentro sufrimiento. Un sufrimiento que uno de vosotros ha dicho que “te debilita y acaba por robarte la esperanza”. Un sufrimiento –la falta de trabajo– que te lleva –perdonad si soy demasiado duro, pero digo la verdad– a sentirte sin dignidad. ¡Donde no hay trabajo falta la dignidad! Y este no es solo un problema de Cerdeña – aunque aquí es muy fuerte–, no es un problema solo de Italia, o de algunos países de Europa; es la consecuencia de una opción mundial, de un sistema económico que lleva a esta tragedia. Un sistema económico que tiene en su centro un ídolo que se llama dinero».

Lo dice así, de manera sencilla y directa. Esta situación es el resultado de una «opción mundial» de un sistema que idolatra el dinero. Es el abuso de poder de las finanzas bajo el cual vive el mundo desde hace ya decenios.

Pero, advierte Francisco, «Dios ha querido que en el centro del mundo no haya un ídolo, sino un hombre, un hombre o una mujer que con su propio trabajo saque adelante al mundo, pero ahora, en este sistema sin ética, lo que hay en el centro es un ídolo, y el mundo se ha convertido en idólatra de este dios-dinero. ¡Lo que manda es el dinero, mandan todas esas cosas que le sirven a ese ídolo! ¿Y qué es lo que pasa? Que para defender a este ídolo se amontonan todos en el centro y se olvidan de los extremos, se olvidan de los ancianos porque en este mundo no hay sitio para ellos. Algunos hablan de esta costumbre de “eutanasia clandestina”, de no atenderlos, de no tenerlos en cuenta... “Sí, no nos preocupemos”. Y se olvidan de los jóvenes que no encuentran el trabajo y su dignidad».

Un mundo en el que los jóvenes, nada menos que dos generaciones de jóvenes, no tienen trabajo, es un mundo que «no tiene futuro». ¿Por qué? «Porque no tienen dignidad. Es difícil tener dignidad sin trabajar. Este es vuestro sufrimiento. Esta es la súplica que vosotros gritabais, ¡trabajo, trabajo, trabajo! Es una súplica necesaria. Trabajo quiere decir dignidad, trabajo quiere decir llevar el pan a casa, trabajo quiere decir amar. Para defender este sistema económico idólatra se instaura la “cultura del descarte”: se descarta a los abuelos y se descarta a los jóvenes. Y nosotros tenemos que decir “no” a esta “cultura del descarte”. Nosotros debemos decir: “¡Queremos un sistema justo, un sistema que nos haga avanzar a todos! Tenemos que decir: ¡no queremos este

sistema económico globalizado que tanto daño nos hace!”. En el centro deben estar el hombre y la mujer, como Dios manda, y no el dinero».

No se trata, pues, únicamente del pecado de cada uno, de la falta de ética de cada cual, de la idolatría por el dinero de cada uno. «No queremos este sistema» que pone en el centro el dinero y no al hombre, dice el Papa, remitiéndose a los pronunciamientos de la doctrina social de la Iglesia.

«A todos, a todos vosotros», añade Francisco, «los que tenéis trabajo y los que no los tenéis, os digo: ¡No os dejéis robar la esperanza! Quizá la esperanza es como las brasas bajo la ceniza; ayudémonos con solidaridad, soplando en las cenizas, para que el fuego vuelva. Pero la esperanza nos lleva hacia adelante. No es optimismo, es otra cosa. Pero la esperanza no es de uno, la formamos todos. Tenemos que sostenerla entre todos, nosotros, vosotros, que estamos lejos. La esperanza es una cosa vuestra y nuestra. ¡Es cosa de todos! Por eso os digo: ¡No os dejéis robar la esperanza!».

El Papa Bergoglio dirige esta invitación a los trabajadores que le escuchan: «Pero seamos listos, porque el Señor nos dice que los ídolos son más listos que nosotros. El Señor nos invita a tener la astucia de la serpiente junto a la bondad de la paloma. Tengamos esta astucia, y llamemos a las cosas por su nombre. En este momento, en nuestro sistema económico, en nuestro sistema de propuesta globalizada de vida, tenemos en el centro un ídolo, y esto no se puede hacer. Luchemos todos juntos para que en el centro, al menos de nuestra vida, estén el hombre y la mujer, la familia, todos nosotros, para que la esperanza pueda abrirse camino... ¡No os dejéis robar la esperanza!».

Y Francisco concluye su discurso improvisando una oración que le brota del corazón:

«Señor, a Ti no te faltó el trabajo. Fuiste carpintero, eras feliz.

Señor, nos falta el trabajo.

Los ídolos quieren robarnos la dignidad. Los sistemas injustos quieren robarnos la esperanza.

Señor, no nos dejes solos. Ayúdanos a ayudarnos entre nosotros; que nos olvidemos un poco de nuestro egoísmo y sintamos en nuestro corazón el “nosotros”, nosotros, pueblo que quiere ir hacia adelante.

Señor Jesús, a Ti no te faltó el trabajo, danos trabajo y enséñanos a luchar por el trabajo y bendícenos a todos nosotros...».

Palabras importantes sobre la solidaridad. Francisco las pronunció también el 25 de mayo de 2013, al recibir en audiencia a los participantes en el Encuentro Internacional promovido por la fundación Centesimus Annus Pro Pontifice. «El paro es un fenómeno –el de la falta y la pérdida del trabajo– que está extendiéndose como una mancha de

aceite por amplias zonas de Occidente y que está extendiendo de manera preocupante las fronteras de la pobreza. Y no hay peor pobreza material, me apremia subrayarlo, que la que no permite ganarse el pan y que priva de la dignidad del trabajo».

«A estas alturas», añade el Papa Bergoglio, «este “algo que no funciona” no afecta únicamente al sur del mundo, sino a todo el planeta. Surge, pues, la exigencia de “repensar la solidaridad” entendida no solo como asistencia a los más pobres, sino como una nueva concepción global de todo el sistema, como búsqueda de caminos para reformarlo y corregirlo de manera coherente con los derechos fundamentales del hombre, de todos los hombres».

Francisco explica a continuación el significado profundo de la solidaridad. «A esta palabra, “solidaridad”, no muy bien vista en el mundo económico –como si fuese una palabra mala–, es necesario volverle a dar su merecida ciudadanía social. La solidaridad no es una actitud más, no es una limosna social, sino un valor social. Y nos exige su ciudadanía». Leyendo finalmente más a fondo las motivaciones de la crisis de los últimos años, Francisco dice: «La crisis actual no es solo económica y financiera, sino que hunde sus raíces en una crisis ética y antropológica. Secundar a los ídolos del poder, del provecho, del dinero, por encima del valor de la persona humana, se ha convertido en norma fundamental de funcionamiento y en criterio decisivo de organización. Nos hemos olvidado y todavía nos olvidamos de que, por encima de los negocios, de la lógica y de los parámetros del mercado, está el ser humano. Y hay algo que se debe al hombre en cuanto tal, en virtud de su dignidad profunda: ofrecerle la posibilidad de vivir dignamente y de participar activamente en el bien común».

Hay que recordar, además, el llamamiento lanzado desde Río de Janeiro, con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud, que vio cómo el Papa Francisco volvía a Iberoamérica pocos meses después de su elección, en la última semana de julio de 2013. «Quisiera hacer un llamamiento», dice el Pontífice el 25 de julio, durante su visita a la *favela* de Varginha, «a quien tiene más recursos, a las autoridades públicas y a todos los hombres de buena voluntad comprometidos con la justicia social. ¡No os canséis de trabajar por un mundo más justo y solidario! ¡Nadie puede permanecer insensible a las desigualdades que todavía existen en el mundo! Cada uno debe saber ofrecer, según sus propias posibilidades y responsabilidades, su contribución, para acabar con tantas injusticias sociales».

No es, pues, «la cultura del egoísmo», explica Francisco, «del individualismo, que a menudo regula nuestra sociedad, la que construye y lleva a un mundo más habitable; no es esa, sino la cultura de la solidaridad, que consiste en ver en el otro no a un competidor o a un número, sino a un hermano”. ¡Y todos nosotros somos hermanos!».

El Papa Bergoglio, citando el documento final de la reunión de los obispos iberoamericanos en Aparecida, añadió: «Me gustaría decir también que la Iglesia,

abogada de la justicia y defensora de los pobres, contra las desigualdades sociales y económicas e intolerables que claman al cielo, desea ofrecer su colaboración a toda iniciativa que pueda significar un verdadero desarrollo de todo hombre y de todo el hombre».

Y terminó diciendo que, «ciertamente, es necesario dar pan a quien no tiene hambre, es un acto de justicia. Pero hay un hambre más profunda: el hambre de una felicidad que solo Dios puede saciar: hambre de dignidad».

La explotación de los pobres, los sistemas económicos injustos, ¿son solo un problema que afecta al corazón del hombre, y a su mala gestión de los medios «neutros» de la economía y de las finanzas o existe algo más difuso, más vasto, más estructural?

El 1 de mayo de 2013, día de la fiesta de San José obrero y de todos los trabajadores, en su homilía de la misa matutina en Santa Marta, Francisco dice: «Algunos sistemas políticos, económicos y sociales, en diversas partes del mundo, han basado su organización en la explotación; es decir, han optado por no pagar lo justo y por tratar de lograr el máximo beneficio a toda costa, aprovechándose del trabajo de los demás, sin preocuparse lo más mínimo, por otra parte, de su dignidad. ¡Esto va contra Dios!».

Casi un año después, el 20 de marzo de 2014, al recibir en audiencia a los directivos y obreros de aceros TERNI el Papa se pregunta: «¿Qué podemos decir frente al gravísimo problema del paro que afecta a diversos países europeos? Es la consecuencia de un sistema económico que ya no es capaz de crear trabajo, porque ha puesto en el centro a un ídolo que se llama dinero. Por lo tanto, los diversos sujetos políticos, tanto sociales como económicos, están llamados a favorecer una estructuración diferente, basada en la justicia y en la solidaridad».

4. «ESTA ECONOMÍA MATA»

*La tradición cristiana siempre ha entendido
el derecho a la propiedad privada
en el marco del más amplio contexto
del derecho común de todos
a usar los bienes de la creación entera
como subordinado al derecho del uso común,
al destino universal de los bienes.*

JUAN PABLO II, *Laborem exercens*

La *Evangelii gaudium*, exhortación dedicada a la evangelización, es el primer verdadero documento programático de Francisco. Podríamos decir incluso que programático sin un verdadero programa, porque Bergoglio no trata de bajar de las alturas de las directrices de reforma o indicar estrategias, sino más bien de iniciar procesos sin cerrarlos ni definirlos. Podía ser una exhortación apostólica postsinodal que recogiese las indicaciones del sínodo sobre la Evangelización, pero Francisco lo ha convertido en un documento clave de su pontificado, la hoja de ruta que sugiere las «vías para el camino de la Iglesia en los próximos años»; casi la profecía de una profunda renovación propuesta a todos los cristianos. Se trata de un texto operativo destinado a sacudir a todas las instancias y dinámicas de las comunidades eclesiales, con la invitación apremiante a emanciparse de todo lo que de algún modo vele la misión de anunciar el corazón del Evangelio a los hombres de hoy, tales como son, y no como se querría que fuesen o como deberían ser. Al comienzo de todo está la alegría del Evangelio.

«La alegría del Evangelio», se lee en las primeras líneas del documento, «llena el corazón y la vida entera de aquellos que se encuentran con Jesús. Los que se dejan salvar por él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría». Mientras «el gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y opresora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota de todo corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada». Muchos creyentes caen también en este riesgo, observa el Papa, «y se transforman en personas resentidas, descontentas, sin vida». Mientras, «cuando alguno da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya le esperaba con sus brazos abiertos».

Evangelii gaudium no es y no quiere ser un documento de doctrina social. El Papa mismo afirma en el texto: «Este no es un documento social. Y, para reflexionar sobre esas diversas temáticas, disponemos de un instrumento muy adecuado en el *Compendio*

de la Doctrina Social de la Iglesia cuyo uso y estudio os recomiendo vivamente».

Los breves párrafos dedicados a la pobreza, a la injusticia social, a la falta de equidad y a la idolatría del dinero no representan, pues, un tratado sistemático y específico, sino que se insertan en el más amplio contexto de un texto que tiene, lo repetimos, la finalidad de reclamar a la Iglesia al corazón de su misión. En numerosos puntos de la exhortación, el Papa Francisco, reafirmando lo dicho por Pablo VI en la *Octogesima adveniens* (1971), recuerda que la Iglesia ya no está en condiciones de decir una palabra válida y adecuada sobre todas y cada una de las diversas y complejas situaciones que se presentan en las diferentes partes del mundo. Y, por ello, se remite no solo a cuanto ya fue publicado por los papas precedentes, sino también a los documentos de los episcopados regionales y nacionales de todos los continentes, a los cuales el propio Francisco se refiere en numerosas ocasiones, citándolos «con una amplitud y una variedad», ha observado el jesuita Gian Paolo Salvini en el comentario a la *Evangelii gaudium* realizado por los jesuitas de *La Civiltà Cattolica* (ediciones Ancora), decididamente insólitos. «Los males actuales de nuestro mundo –prosigue el padre Salvini– son denunciados con claridad e incluso con dureza, pero con el propósito de hacer entender mejor el marco en el que la Iglesia tiene hoy que evangelizar, y se habla de ellos en tono positivo, constructivo, tendente a animar y no a demoler, a no hacer perder jamás “la alegría de la evangelización”».

Y sin embargo, como veremos, son precisamente las pocas páginas de la exhortación que contiene las palabras de Francisco sobre la economía las que han atraído mucha atención y también ásperas críticas.

«No es tarea del Papa», escribe Francisco en el texto programático de su pontificado, «ofrecer un análisis detallado y completo sobre la realidad contemporánea, pero exhorto a todas las comunidades a que mantengan una “capacidad siempre vigilante de estudiar los signos de los tiempos”. Se trata de una responsabilidad grave, ya que algunas realidades del presente, si no encuentran buenas soluciones, pueden desatar procesos de deshumanización de los que luego es difícil volver atrás». En «todas las comunidades», quiere decir, ante todo, los laicos, aquellos que no quieren renunciar a comprometerse con el cambio de la realidad.

«Es oportuno aclarar», continúa Francisco, «lo que puede ser un fruto del Reino y también lo que daña al proyecto de Dios. Esto implica no solo reconocer e interpretar las mociones del espíritu bueno y del espíritu malo, sino –y aquí está lo decisivo– elegir las del espíritu bueno y rechazar las del espíritu malo. Doy por presupuestos los diversos análisis que han ofrecido otros documentos del magisterio universal, al igual que las propuestas de los episcopados regionales y nacionales». Es otro pasaje importante: *Evangelii gaudium* no es un documento de doctrina social, pero la presupone por completo y le adjunta los varios documentos de las conferencias episcopales regionales y

nacionales más pertinentes a problemas específicos y a las situaciones de las realidades locales.

«En esta exhortación», explica el Papa Bergoglio, «intento solo detenerme brevemente, con una mirada pastoral, sobre algunos aspectos de la realidad que pueden frenar o debilitar las dinámicas de la renovación misionera de la Iglesia, bien porque afectan a la vida y a la dignidad del pueblo de Dios, bien porque inciden también sobre sujetos que forman parte de manera más directa de las instituciones eclesiales y llevan a cabo tareas de evangelización». No es, pues, un tratado sistemático, sino únicamente una especie de *flash* en conexión con el tema propio del documento, que es la evangelización.

Francisco describe, pues, algunos «desafíos del mundo actual» y observa: «La humanidad vive en este momento un viraje histórico que podemos ver en los progresos que se llevan a cabo en diversos campos. Hay que alabar los éxitos que contribuyen al bienestar de las personas, por ejemplo, en el ámbito de la salud, de la educación y de la comunicación». La visión del Papa es realista, y en modo alguno pretende disminuir los progresos que se han llevado a cabo.

«De todos modos no podemos olvidar –añade– que la mayor parte de los hombres y mujeres de nuestro tiempo viven una cotidiana precariedad con funestas consecuencias. Aumentan algunas patologías. El temor y la desesperación se adueñan del corazón de numerosas personas, incluso en los llamados países ricos. La alegría de vivir se apaga frecuentemente, crecen la falta de respeto y la violencia, la inequidad se hace cada vez más evidente». Hay que destacar aquí la palabra que utiliza Francisco: «Inequidad», un término, ha observado el padre Salvini, «de sabor socioeconómico», en lugar de servirse de la palabra «iniquidad», que tiene una significación moral.

«Es necesario luchar para vivir y, a menudo –continúa Bergoglio–, para vivir con poca dignidad. Este cambio de época ha sido causado por vaivenes enormes que, por calidad, cantidad, velocidad y acumulación, se realizan en el progreso científico, en las innovaciones tecnológicas y en sus rápidas aplicaciones a diversos ámbitos de la naturaleza y de la vida. Vivimos en la era del conocimiento y de la información, fuentes de nuevas formas de un poder muy a menudo anónimo».

«Igual que el mandamiento “No matarás” pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana», afirma el Papa Francisco, en el pasaje del documento más polémico, «hoy tenemos que decir no a una economía de la exclusión y de la desigualdad. Esta economía mata. No es posible que no sea noticia el hecho de que muera a causa de la sed un anciano humillado y que vive en la calle mientras que sí es noticia la bajada de dos puntos en la bolsa. A esto se le llama exclusión. No se puede tolerar el hecho de que se tiren alimentos mientras hay gente que se muere de hambre. A esto se le llama inequidad. Hoy todo entra en el juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, en la que el poderoso se come al débil. Como consecuencia de esta situación, observa el

Papa Francisco, grandes masas de población se ven excluidas y marginadas: parados sin perspectivas, sin vías de salida. Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y tirar. Hemos iniciado la cultura del “descarte” que, encima, es promovida. No se trata ya, sencillamente, del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda golpeada, en su misma raíz, la pertenencia a la sociedad en la que se vive, desde el momento en que en ella no se vive en los bajos fondos, en la periferia, o fuera del poder, sino que más bien se está fuera. Los excluidos no son “explotados”, sino desechos, basura».

Recogiendo un tema muy querido por la literatura comprometida iberoamericana, el padre Salvini hace notar en su comentario a la exhortación: «El Papa Francisco ya no denuncia, como hacía la *Rerum novarum* en tiempos de León XIII, la explotación de los trabajadores, sino la exclusión de muchos individuos de la sociedad activa, del trabajo, de las perspectivas de futuro, cosa que les hace sentir inútiles; subraya además el hecho de que la persona es consumida y luego tirada, creando, además, una “cultura del descarte”».

Vale la pena recordar también –como hace notar en un comentario a las páginas económicas de la exhortación (*Evangelii gaudium: el texto nos interpela*, Gregorian&Biblical Press, 2014) otro jesuita, el padre Diego Alonso-Lasheras, también en español, la lengua del texto original– que «expresiones como *No a una economía de la exclusión* o *No a un dinero que gobierna en lugar de servir* no se deben entender como un rechazo absoluto y total de la economía o del dinero: si fuera así, habría usado el artículo determinado *La* o *El*, lo cual habría significado condenas más generales, categóricas y totales. Es lo que ocurre, efectivamente, con la expresión *No a la nueva idolatría del dinero*; la idolatría del dinero o de cualquier otra realidad creada es inaceptable para un cristiano [...]. El uso del artículo indeterminado *Una* y *Uno* denota, precisamente, que existen posibles alternativas aceptables. El Papa no rechaza la economía o el dinero en bloque, sino un modo particular de hacer economía o un modo particular de utilizar el dinero».

En el siguiente párrafo de la *Evangelii gaudium* (n. 54), el Pontífice plantea el único ejemplo «técnico» bien definido, cuando se refiere a la teoría de la «recaída favorable». «En este contexto algunos defienden todavía las teorías de la “recaída favorable” que presuponen que todo crecimiento económico favorecido por el libre mercado consigue por sí mismo una mayor equidad e inclusión social en el mundo».

Se trata de una teoría basada en las optimistas tesis que afectaron al crecimiento durante los años 50 y 60 y según la cual los frutos del crecimiento llegan a beneficiar también a los segmentos más necesitados de la población gracias a las fuerzas del mercado: una mayor demanda de mano de obra, y aumentos en la productividad y en los salarios. En suma, el crecimiento fluiría automáticamente desde la cumbre de la pirámide

social hacia abajo, sin necesidad de intervenciones estatales a favor de una más justa distribución de los ingresos. Sobre esta teoría es sobre la que se funda la estrategia económica de los años 90.

«Esta opinión», hace notar Francisco, «que jamás ha sido confirmada por los hechos», expresa una confianza ingenua y de bulto en la bondad de quienes tienen el poder económico y en los mecanismos sacralizados del sistema económico imperante. Mientras tanto, los excluidos siguen esperando. Para poder mantener un estilo de vida que excluya a los demás, o para poder entusiasmar con este ideal egoísta, se ha desarrollado una globalización de la indiferencia». La globalización de la indiferencia fue el término acuñado con ocasión de la rápida visita a Lampedusa para conmemorar a los emigrantes muertos en el mar y atraer la atención sobre esas tragedias que siguen repitiéndose.

«Casi sin darnos cuenta –escribe el Papa Bergoglio en la exhortación– nos hacemos incapaces de experimentar compasión ante el grito de dolor de los demás, dejamos de llorar ante el drama de los otros, y ni nos interesa siquiera preocuparnos por ellos, como si todo eso fuese una responsabilidad extraña a nosotros y que no nos atañe. La cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas estas vidas rotas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos perturba». La incapacidad de llorar, de conmovernos, de advertir como una herida en la carne también los dramas de los hermanos y hermanas que viven a miles de kilómetros de nosotros, o bajo nuestras mismas ventanas: esta es la «globalización de la indiferencia» que Francisco denuncia pidiendo que reaccionemos a esta «anestesia» de las conciencias.

En el párrafo 55 de la *Evangelii gaudium*, Francisco dice «no» a la idolatría del dinero que caracteriza a las sociedades desarrolladas y que es consecuencia de ese imperialismo del dinero valientemente denunciado ochenta y dos años antes por el papa Pío XI en la encíclica *Quadragesimo anno*.

«Una de las causas de esta situación», explica el Papa Bergoglio refiriéndose a la crisis actual, «se encuentra en la relación que hemos establecido con el dinero, dado que aceptamos pacíficamente su predominio sobre nosotros y sobre nuestras sociedades. La crisis financiera que atravesamos nos hace olvidar que en su origen hay una profunda crisis antropológica, la negación de la primacía del ser humano. Hemos creado nuevos ídolos, la adoración del viejo becerro de oro (*Ex 32, 1-35*), ha encontrado una nueva y despiadada versión en el fetichismo del dinero y en la dictadura de una economía sin rostro y sin una finalidad verdaderamente humana. La crisis mundial que envuelve las finanzas y la economía manifiesta sus propios desequilibrios y, sobre todo, la grave falta de una orientación antropológica que reduce al ser humano a una sola de sus necesidades: el consumo». Así pues, no solo hay una crisis financiera, económica, de los

mercados, de las bolsas, de las finanzas especulativas... sino, ante todo y antes de nada, una crisis del hombre, sometido al consumismo, que se deja reducir a una única de sus necesidades.

«Mientras las ganancias de unos pocos crecen exponencialmente –escribe Francisco en la exhortación–, la mayoría está cada vez más distante del bienestar de esta minoría feliz. Tal desequilibrio procede de ideologías que defienden la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera. Por eso niegan el derecho de control por parte de los Estados, encargados de vigilar la tutela del bien común. Se invoca una total libertad de mercados y se tacha de estatismo a cualquier voluntad de los estados de encargarse del bien común y, por tanto, de tutelar a las personas “descartadas” por una “economía que mata”». En estas pocas líneas, Francisco reclama la tarea insustituible de la política al servicio del bien común de los ciudadanos, de quienes no pueden más. La globalización no puede impedir a los Estados, a las naciones, a los cuerpos intermedios echar el resto para construir un sistema, si no equitativo, al menos con una menor tasa de inequidad.

«Se instaura –continúa el análisis del Papa Francisco– una nueva tiranía invisible, virtual a veces, que impone, de manera unilateral e implacable sus leyes y sus reglas. La deuda y sus intereses alejan cada vez más a los países de posibilidades practicables de su economía y a los ciudadanos de su real poder adquisitivo. A todo ello se añade, además, una corrupción capilar y una evasión fiscal egoísta que han alcanzado ya dimensiones mundiales». Corrupción y evasión fiscal «egoísta» son fenómenos bien conocidos también en Italia o, mejor dicho, particularmente en Italia, donde casi no pasa una semana sin que se descubran nuevos casos a todos los niveles, y donde la clase política ofrece muy a menudo un espectáculo, por decir poco, indecente. Un país donde la carga fiscal es imponente, también a causa de la enorme evasión.

«La sed de poder y tener –escribe Francisco– no conoce límites. En este sistema, que tiende a fagocitarlo todo, con la finalidad de aumentar los beneficios, cualquier cosa que sea frágil, como el medio ambiente, se queda sin defensa en comparación con los intereses del mercado divinizado, transformados en norma absoluta». Significativa esta alusión al medio ambiente, que entra en la lista de las «fragilidades indefensas» frente al «mercado divinizado».

De modo que el Papa afirma su «no» a un dinero que gobierna en lugar de servir. Al dinero que de medio pasa a convertirse en fin. Como dice también un proverbio popular, el dinero es un óptimo servidor pero un pésimo dueño. «Tras esta actitud», hace notar el Pontífice en el párrafo 57 del documento, «se esconden el rechazo de la ética y el rechazo de Dios. A la ética se la mira por costumbre con un cierto desprecio altanero, se la considera contraproducente, demasiado humana, porque relativiza el dinero y el poder. Se la ve como una amenaza, ya que condena la manipulación y la degradación de la

persona. En resumidas cuentas, la ética remite a un Dios que espera una respuesta comprometida, que se sitúa fuera de las categorías del mercado. Para estas, si son absolutizadas, Dios es incontrolable, no manipulable, peligroso incluso, por cuanto que llama al ser humano a su plena realización y a la independencia de cualquier tipo de esclavitud. La ética –una ética no ideologizada– permite crear un equilibrio y un orden social más humano. En tal sentido, exhorto a los expertos financieros y a los gobernantes de los diversos países a reflexionar sobre las palabras de un sabio de la antigüedad: “No compartir los propios bienes con los pobres significa robarles y privarles de la vida, los bienes que poseemos no son nuestros, sino suyos”». El sabio citado por Francisco es san Juan Crisóstomo, que hacía esta afirmación en su Homilía *sobre Lázaro*. «Una reforma financiera que no ignore la ética –escribe el Papa Bergoglio– exigirá un vigoroso cambio de actitud por parte de dirigentes políticos; exhorto a afrontar este desafío con determinación y con largueza de miras, sin ignorar, naturalmente, lo específico de todo contexto. ¡El dinero debe servir, y no gobernar! El Papa ama a todos, ricos y pobres, pero tiene la obligación, en nombre de Cristo, de recordar que los ricos deben ayudar a los pobres, respetarlos y promoverlos. Os exhorto a la solidaridad desinteresada y a una vuelta de la economía y de las finanzas a favor del ser humano». Se trata de un llamamiento bien preciso a quienes tienen responsabilidades políticas; una llamada a aceptar menos pasivamente, como si fuesen ineluctables, ciertos mecanismos y ciertos procesos de la «economía que mata». Es una invitación a los políticos y a la política para que reencuentren el justo protagonismo y el sentido de su misión específica, que es la de hacerse cargo de todos y construir sociedades en las que nadie se vea obligado a quedarse atrás. Ciertamente, para que esta invitación y esta esperanza del Pontífice puedan convertirse en realidad, serían necesarios hombres políticos capaces de tener una visión, de iniciar procesos, y no únicamente hombres y mujeres preocupados por su pensión o por su reelección, incapaces de poner en práctica reformas positivas aunque no sean ellos quienes acaben gozando directamente de sus frutos electorales. Un ejemplo de manual ligado a la situación italiana tiene que ver con la absoluta incapacidad de pensar políticas favorables a las familias, con una adecuada fiscalidad en proporción al número de hijos, y la absoluta incapacidad de estudiar a la larga adecuadas políticas que favorezcan la natalidad, como ya han hecho desde hace décadas otros países, por ejemplo, Francia.

Así pues, Francisco dice «no a la desigualdad que genera violencia» y en el párrafo 59 de la *Evangelii gaudium* afronta el tema de la seguridad en nuestras sociedades: «Hoy se reclama desde muchas partes una mayor seguridad –observa– pero hasta que se eliminen las exclusiones y desigualdades en la sociedad y entre los diversos pueblos será imposible erradicar la violencia. Se acusa de violencia a los pobres y a las poblaciones más débiles, pero sin una igualdad de oportunidades las diversas formas de agresión y de

guerra encontrarán un terreno abonado que antes o después provocará la explosión. Cuando la sociedad –local, nacional o mundial– abandona en la periferia a una parte de sí misma, no habrá programas políticos ni fuerzas del orden o de la inteligencia que puedan asegurar ilimitadamente la tranquilidad.

Esto no ocurre –hace notar todavía el papa– únicamente porque la desigualdad provoque la reacción violenta de todos aquellos que son excluidos del sistema, sino más bien porque el sistema social y económico es injusto de raíz. Igual que el bien tiende a comunicarse, el mal en el que se consiente, es decir, la injusticia, tiende a expandir su fuerza nociva y a desencajar silenciosamente las bases de cualquier sistema político y social, por sólido que este pueda parecer. Si toda acción tiene consecuencias, un mal anidado en las estructuras de la sociedad contiene siempre un potencial de disolución y de muerte».

El mal no se alberga únicamente en los corazones. Hay un mal que anida también en las estructuras sociales. «Es el mal cristalizado en las estructuras sociales injustas – subraya el Papa Francisco– a partir del cual no se puede esperar un futuro mejor. Estamos lejos del llamado “final de la Historia”, ya que las condiciones de un desarrollo sostenible y pacífico no están todavía adecuadamente implantadas y realizadas». Es una de las afirmaciones más duras del documento, que remite a una de las distorsiones ya denunciadas por Juan Pablo II en su encíclica *Sollicitudo rei socialis* cuando hablaba de las «estructuras de pecado».

En el párrafo siguiente de la exhortación, el Papa Bergoglio reflexiona sobre el consumismo: «Los mecanismos de la economía actual promueven una exasperación del consumo, pero resulta que el consumismo desenfrenado, unido a la inequidad, daña doblemente el tejido social. Así, la disparidad social genera antes o después una violencia que la carrera de armamentos no resuelve ni resolverá jamás. Sirve, únicamente, para tratar de engañar a quienes reclaman una mayor seguridad, como si hoy no supiéramos que las armas y la represión violenta, en lugar de aportar soluciones, crean nuevos y peores conflictos. Algunos se complacen sencillamente culpando a los pobres y a los países pobres de los propios males con generalizaciones indebidas, y pretenden encontrar la solución en una “educación” que los tranquilice y los convierta en seres domesticados e inofensivos. Esto es aún más irritante si los excluidos ven cómo crece este cáncer social que es la corrupción, profundamente arraigada en muchos países –en los gobiernos, en las empresas y en las instituciones–, sea cual sea la ideología política de los gobernantes».

En un pasaje sucesivo, Francisco reflexiona también sobre la estructura de las ciudades y sobre los problemas de las grandes urbes, bien conocidos por él, en la megalópolis argentina de la que fue arzobispo. «La ciudad produce una especie de permanente ambivalencia, porque, mientras ofrece a sus ciudadanos posibilidades

infinitas, surgen también numerosas dificultades para el pleno desarrollo de la vida de muchos». Y, así, «las casas y los barrios son construidos más para aislar y proteger que para unir e integrar».

Al final de esta reflexión, no muy larga –y, repetimos, ni analítica ni específica– en cuanto que no era ciertamente esta la finalidad del documento, el Papa Bergoglio cita el famoso discurso con el que Juan XXIII abrió el Concilio Vaticano II apartándose de los «profetas de desventuras» y explicando que «los males de nuestro mundo –y los de la Iglesia– no deberían ser excusas para reducir nuestro compromiso y nuestro fervor. Considerémoslos como retos para crecer». Diciendo un «no» decidido al pesimismo estéril, observa el padre Gianpaolo Salvini, en su comentario a la *Evangelii gaudium*, «el Papa recuerda que una de las tentaciones más serias que apagan el fervor y la audacia es el sentido de derrota, que nos transforma en pesimistas descontentos. Un reto importante es demostrar que la solución jamás consistirá en la huida de una relación personal y comprometida con Dios que al mismo tiempo nos comprometa con los demás».

Algunas páginas más adelante (párrafos 202-204), la exhortación *Evangelii gaudium* vuelve sobre el tema, apuntando a la economía y a la distribución de los ingresos. «La necesidad de resolver las causas estructurales de la pobreza no puede esperar –explica Francisco– no solo por una exigencia pragmática de obtener resultados y de ordenar la sociedad, sino para curarla de una enfermedad que le vuelve frágil e indigna, y que solo podrá llevarla a nuevas crisis. Los planes asistenciales que hacen frente a ciertas urgencias se deberían considerar solo como respuestas provisionales. Hasta que se resuelvan radicalmente los problemas de los pobres, renunciando a la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera y atacando las causas estructurales de la inequidad, no se resolverán los problemas del mundo y, en definitiva, ningún problema. La inequidad es la raíz de los males sociales».

Es necesario, por tanto, «atacar» las causas estructurales de la «inequidad», es necesario poner en tela de juicio la autonomía «absoluta de los mercados» y la especulación financiera consideradas dogmáticamente intocables, hasta el punto de doblar a su favor las decisiones políticas de los estados.

«La dignidad de toda persona humana es el bien común –prosigue el Papa Bergoglio–, existen cuestiones que deberían estructurar toda la política económica, pero a veces parecen apéndices añadidos desde fuera para completar un discurso político sin perspectivas ni programas de verdadero desarrollo integral. ¡Cuántas palabras se han vuelto incómodas para este sistema! Molesta que se hable de ética, molesta que se hable de solidaridad mundial, molesta que se hable de distribución de bienes, molesta que se hable de defender los puestos de trabajo, molesta que se hable de la dignidad de los débiles, molesta que se hable de un Dios que exige un compromiso con la justicia. Otras veces ocurre que estas palabras se convierten en objeto de una manipulación oportunista

que las deshonra».

Apenas pasarán unos días desde la publicación de estos párrafos y Francisco tendrá la segunda prueba de cuánto puede llegar a molestar hablar de solidaridad mundial, distribución de los bienes y sistemas puestos en tela de juicio. Le tildarán, groseramente, de «marxista», o bien le dirán que entiende poco de economía porque no incienza la absoluta libertad del mercado, demostrando así que han recibido claramente el mensaje del Pontífice argentino, que en otro de los pasajes de la exhortación afirma: «No podemos volver a confiar en las fuerzas ciegas y en la mano invisible del mercado. El crecimiento en igualdad exige algo más que el crecimiento económico, aunque lo presuponga, pide decisiones, programas, mecanismos y procesos específicamente orientados a una mejor distribución de los ingresos, a la creación de oportunidades de trabajo, a una promoción integral de los pobres que supere el mero asistencialismo».

En el documento papal se hace referencia también a fundamentos del comportamiento cristiano ante los problemas del mundo, la pobreza, las desigualdades. El mensaje evangélico está, de hecho, caracterizado por un contenido social ineludible porque «en el corazón mismo del Evangelio están la vida comunitaria y el compromiso con los demás». En el cristianismo es, por tanto, fundamental la dignidad infinita de toda persona humana, una dignidad conferida por Dios con la creación del hombre «a su imagen y semejanza». Y la redención obrada por Jesús tiene un significado social, porque «Dios en Cristo no redime solo al individuo, sino también a las relaciones sociales entre los hombres». Francisco, repitiendo afirmaciones manifestadas en diversas ocasiones en el magisterio, recuerda: «Desde el corazón del Evangelio reconocemos la íntima conexión entre evangelización y promoción humana, que debe, necesariamente, expresarse y desarrollarse en toda la acción evangelizadora». La promoción humana está íntimamente conectada con la evangelización, porque se evangeliza a través de la atención a las necesidades, la cercanía, la proximidad, la participación del sufrimiento, el compromiso por el respeto a la dignidad de todo ser humano. Ligada a esta afirmación está la insistencia en el hecho de que el «protocolo» en función del cual los cristianos serán juzgados –como dijo Jesús– se encuentra en el capítulo 25 del Evangelio de Mateo. Todo lo que hacemos por los demás tiene una dimensión trascendente. «Como la Iglesia es misionera por naturaleza, surge así, de esta naturaleza –escribe el Papa en la exhortación– la caridad efectiva por el prójimo, la compasión que comprende, asiste y promueve».

Pero Francisco explica bien, a este propósito, que el compromiso para el cristiano no se reduce solo a gestos personales hacia los pobres o los necesitados: se le pide un compromiso que concierne a todos los aspectos de la naturaleza y de la vida humana. Por eso Francisco pone estos ejemplos concretos, hablando de la inserción social de los pobres, de la paz y del diálogo social.

Por lo que concierne a la inserción social de los pobres, el Papa explica que permanecer indiferentes ante el grito de los pobres, mostrarse insensibles, nos deja fuera del proyecto de Dios. Se nos pide una nueva mentalidad, no simplemente la generosidad de un hecho aislado. «Necesitamos crecer en una solidaridad que “debe permitir a todos los pueblos llegar con sus fuerzas a ser artífices de su propio destino”, así como “todo ser humano está llamado a desarrollarse”», precisa Francisco citando la encíclica *Populorum progressio* de Pablo VI. Los bienes nos han sido confiados para que los custodiemos y los hagamos crecer, pero de tal modo que sirvan al bien común y restituyendo al pobre lo que le corresponde.

Un ejemplo es el de la comida, de la cantidad de comida que se tira en las sociedades desarrolladas. Debería escandalizarnos saber que hay comida suficiente para todos y que el hambre se debe sobre todo a la mala distribución de la propia comida y de la renta necesaria para conseguirla. Y no es que haya que asegurar solo la comida, sino el bienestar en todos sus aspectos, para que la vida sea digna. El Papa Bergoglio pide que esta atención se convierta en una prioridad; y a los que son tímidos y temen una instrumentalización les recuerda: «No nos preocupemos solo de no caer en errores doctrinales, sino en ser fieles a este camino luminoso de vida y de sabiduría», hecho de servicio a los pobres. Por lo demás, a san Pablo, que le preguntaba a los apóstoles si estaba corriendo o había corrido en vano, «el criterio de autenticidad que los apóstoles le indicaron», observa el padre Salvini en su comentario a la exhortación, «fue que no se olvidase de los pobres. No se debe excluir que, al escribir este pensamiento, el Papa Francisco estuviera pensando en lo que uno de sus cardenales electores, también él latinoamericano, le había dicho una vez elegido: “No te olvides de los pobres”. Es un criterio que se debe tener presente en el contexto actual, en el que se tiende a desarrollar un nuevo paganismo individualista».

Por eso Francisco repite también en la *Evangelii gaudium* que todo el camino de la experiencia cristiana está marcado por los pobres: «La opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica». Y esta opción pertenece a la tradición más auténtica de la Iglesia. «Por eso –explica el Papa– deseo una Iglesia pobre para los pobres. Estos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, con su propio sufrimiento conocen a Cristo sufriente».

Lo que Francisco pide a través de algunas páginas de *Evangelii gaudium* es, por tanto, remover las causas estructurales de la pobreza, renunciando a la autonomía absoluta de los mercados y a la especulación financiera. No se puede permitir que el mercado se gobierne a sí mismo.

Francisco precisa que no quiere de ninguna manera «proponer un populismo irresponsable» y añade: «Si alguien se siente ofendido por mis palabras, le digo que las pronuncio con afecto y con la mejor de las intenciones, lejos de cualquier interés o

ideología política. Mi palabra no es la de un enemigo ni un opositor». Invoca una «corresponsabilidad» por el bien de todos, es decir, del mundo entero. «Es necesaria una forma de interacción», comenta el padre Salvini, «que, salvando la soberanía de las naciones, asegure el bienestar económico de todos los países, y no solo de unos pocos. En particular, el Papa querría que se atendiera a las nuevas fragilidades, que determinan nuevos tipos de pobreza».

No faltan ejemplos al respecto, basta pensar en los emigrantes, en las víctimas de la trata de personas y en las nuevas esclavitudes, en las mujeres, en los *nasciturus*, «que son los más indefensos e inocentes de todos», y en el mismo medio ambiente.

En la exhortación se recuerda el deber de participar en la vida política, pero se afirma que «convertirse en pueblo» es algo más y requiere un proceso constante en el cual cada nueva generación debe verse implicada. El padre Salvini sintetiza los cuatro principios que reclama el Papa, tan apreciados por él, que «ayudan a resolver algunas tensiones bipolares que se descubren en cada realidad social».

Son principios que Francisco considera elementos que llevan al camino de la paz. El primero: «El tiempo es superior al espacio». Pide «la necesidad de conceder tiempo a los procesos de manera que puedan desarrollarse adecuadamente, sin preocuparse por los resultados inmediatos. Es necesario, en la actividad sociopolítica, dar el tiempo necesario a los procesos más que ocupar espacios de poder».

El segundo: «La unidad prevalece sobre el conflicto». Los conflictos «no son evitables, pero se aceptan, soportan y gestionan resolviéndolos de tal manera que se transformen en un anillo de conexión con un nuevo proceso de paz. De este modo es posible desarrollar una comunión en las diferencias, que no significa anular las diferencias, sino resolverlas en un plano superior que conserva las valiosas potencialidades de las actitudes contrapuestas. Cristo ha unificado o recapitulado todo en sí, y el signo de esta unidad es la paz».

El tercero: «La realidad es más importante que la idea». «La realidad simplemente es, la idea se elabora», escribe Francisco en la *Evangelii gaudium*. Las ideas son instrumentos para captar, comprender y dirigir la realidad, pero «es peligroso», observa el padre Salvini en el comentario a la exhortación, «vivir en el mundo solo de la palabra, de la imagen, cuando no del sofisma. A menudo, las propuestas de los políticos parecen lógicas y claras, pero no son acogidas porque los autores se han situado en el mundo de las puras ideas y reducen la política a la retórica. Por algo la Palabra de Dios, Jesús, se ha encarnado, se ha transformado en realidad sensible, y esto no ha de perderse nunca de vista como elemento fundamental de la evangelización».

El cuarto principio: «El todo es mayor que la parte». Puede darse, y muy a menudo se da, una «tensión entre la globalización y la localización». Pero es necesario evitar, sigue explicando el padre Salvini explicitando el pensamiento de Francisco, «que se

pierda o bien en un universalismo abstracto y globalizante, o bien en un museo folclórico de eremitas localistas que repiten siempre las mismas cosas y que no ven la belleza que Dios difunde fuera de sus propias fronteras. El todo es mayor que la parte, y es también superior a la simple suma de las diversas partes. Se trabaja en lo pequeño, pero sin perder de vista la perspectiva más amplia. La imagen que el Papa propone, y que ya se ha hecho popular, no es la de la esfera, en la cual todos los puntos son iguales, sino la del poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades y que en él mantienen su originalidad».

5. LOS ATAQUES CONTRA «EL PAPA MARXISTA»

Y lo que, en primer lugar, hiere los ojos es que en nuestro tiempo no solo hay concentración de riqueza, sino una enorme acumulación de poder, una despótica posesión de la economía en manos de unos pocos, que, a menudo, ni siquiera son propietarios, sino únicamente depositarios y administradores del capital, del que, sin embargo, disponen a su placer y capricho.

Pío XI, *Quadragesimo anno*

Las palabras del Papa sobre el hecho de que, «mientras las ganancias de unos pocos (...) crecen exponencialmente, las de la mayoría se distancian cada vez más del bienestar de esa feliz minoría», y que «tal desequilibrio procede de ideologías que defienden la absoluta autonomía de los mercados y la especulación financiera» han provocado muchas reacciones negativas. También entre los que se declaran fervientes católicos.

«Algunos», ha observado el padre Diego Alonso-Lasheras, «han tratado de aguar las palabras del Papa sobre los temas económicos citando al Papa mismo cuando afirma que su intención no es la de hacer un análisis profundo de la realidad contemporánea, en este caso de la realidad económica. Otros han tratado de disminuir la importancia de las palabras del Papa afirmando que se trataba de una exhortación apostólica y, por tanto, de un documento con un valor magisterial menor que el de una encíclica». Entre estos hay que señalar al cardenal curial estadounidense Raymond Leo Burke, quien afirmó, en una entrevista televisada, refiriéndose en general a todos los contenidos de la *Evangelii gaudium*: «Me parece que el Santo Padre ha hecho una declaración muy clara cuando ha dicho, al principio, que se trata de una serie de reflexiones. Él no busca que formen parte del magisterio pontificio (...). Se trata de sugerencias, él ha hablado de líneas directrices (...). Yo no creo que estén destinadas a formar parte del magisterio pontificio; al menos esa es mi impresión». Y ha habido también quienes han afirmado explícitamente que el Papa no entiende de economía.

Pero empecemos por los ataques «externos» más clamorosos. Francisco es «un marxista», y la Iglesia católica sería «hipócrita» si criticara el capitalismo que la financia. Esta es la descompuesta invectiva lanzada, con su acostumbrada agresividad verbal, por el comentarista radiofónico americano Rush Limbaugh contra las páginas que la

exhortación dedica a la cuestión social. Las palabras de Limbaugh fueron recogidas y reproducidas en todo el mundo y a todos (o casi todos) les resulta evidente su grosería; pero sería un error minusvalorarlas porque representan la punta del iceberg de un resentimiento contra el Papa Bergoglio mucho más amplio, que engloba a todo el mundo conservador estadounidense.

Es significativo el título de un reportaje radiofónico llamado *It's sad how wrong Pope Francis is (unless it's a deliberate mistranslation by Leftist)*, es decir: «Es triste cómo se equivoca el Papa Francisco (a menos que se trate de una deliberada mala traducción manipulada por los izquierdistas)». El Papa se equivoca, y se equivoca de medio a medio cuando escribe lo que ha escrito, a menos que —es la única salida que le concede Limbaugh— la que llegó a los Estados Unidos haya sido una traducción manipulada de la exhortación apostólica considerada como el documento programático del pontificado bergogliano. El más popular comentarista de la extrema derecha no usó tonos precisamente conciliadores: «Es triste, increíble. El Papa ha escrito, en parte, sobre los males intrínsecos del capitalismo. Es triste porque da a entender que no sabe de qué está hablando, cuando se trata de capitalismo y socialismo». Limbaugh describe la *Evangelii gaudium* como un asalto «a la nueva tiranía del capitalismo» y un ataque a la «idolatría del dinero», para criticarla luego así: «Yo he estado varias veces en el Vaticano; no existiría sin toneladas de dinero. Pero, aparte de eso, alguien le ha escrito eso, o se lo ha hecho llegar. Es puro marxismo lo que sale de la boca del Papa. ¿Capitalismo sin límites? Eso no existe en ningún sitio. El capitalismo sin límites es una frase socialista para describir a los Estados Unidos. Sin límites, no regulado». Tras haber señalado los males del socialismo y los beneficios del capitalismo, incluida la teoría de la «recaída favorable», Limbaugh ha dicho sentirse «asombrado y estupefacto» por las palabras de Francisco: «La Iglesia católica americana tiene un presupuesto anual de 160.000 millones de dólares. Creo que es más de lo que la General Electric ingresa en un año. La Iglesia es el principal propietario inmobiliario de Manhattan. Quiero decir: tienen dinero a espuestas. No podrían actuar como lo hacen sin un montón de dinero». No merece la pena detenerse aquí a calificar la identidad de tal «acusador» de Francisco, ni en sus peripecias; pero no debemos olvidar que sus retransmisiones cuentan con casi unos veinte millones de oyentes y que Limbaugh tiene un contrato de cuatrocientos millones de dólares por dirigir su programa.

Otro ataque explícito al Papa Bergoglio ha llegado por parte de Jonathan Moseley, exponente del Tea Party, quien ha llegado a escribir en el *World Net Daily* que «Jesús está llorando en el Paraíso por las palabras del Papa». Jesucristo en persona (con quien, evidentemente, el Tea Party mantiene comunicación directa) habría rechazado, por tanto, la teoría de la redistribución. ¿El motivo? La respuesta que dio el Nazareno a quien le preguntaba si era justo que un hermano compartiera con otros familiares la herencia

recibida: «Jesús hablaba al individuo, nunca al Estado, ni a la política de un Gobierno. Era un capitalista, que predicaba la responsabilidad personal, no un socialista».

Además de las palabras de Limbaugh y de Moseley hay que señalar los artículos críticos contra el documento publicados por *Forbes*, la revista financiero-económica americana, según la cual lo que pesa sobre la manera de pensar del Papa argentino sería su ascendente peronista, una especie de búsqueda de una «tercera vía» entre capitalismo y socialismo, las sugerencias de la Teología de la Liberación y su cercanía a las tesis del premio Nobel Joseph Stiglitz.

Preocupado, o más bien desconcertado, se ha declarado también por algunas páginas de la exhortación, un capitalista declaradamente católico, Kenneth Langone, uno de los más importantes hombres americanos de negocios que posee un patrimonio estimado en dos mil millones de dólares. Langone es un creyente comprometido en obras de beneficencia, sostenedor de las iniciativas de la Iglesia estadounidense, que en 2007 fue nombrado por Benedicto XVI Caballero de la orden pontificia de san Gregorio Magno. El magnate católico ha dicho que consideraba las críticas de Francisco al capitalismo «un elemento de exclusión» respecto a los grandes capitalistas católicos de las finanzas americanas que podrían dejar de financiar a la propia Iglesia católica.

Cabe registrar asimismo las reacciones de Sarah Palin, que ha tachado de «liberal» al obispo de Roma, y de John McCain, ex candidato republicano a la presidencia de los EE. UU., que ha dicho que no le gustaba en absoluto la visión económica de Francisco. En un programa dedicado a comentarios y análisis de la Fox News, ha declarado que «el Papa Francisco es el Obama de la Iglesia católica», afirmación que, para la Fox, no equivale ciertamente a un cumplido. El republicano católico Peter King ha dicho que el Papa no entiende el sentido «emancipatorio» de la economía americana de libre mercado, que es la que, en su opinión, más ayuda a los pobres a elevar sus condiciones de vida. Mientras que otro republicano católico, considerado un posible pretendiente a la Casa Blanca, en 2016, Paul Ryan, ha explicado que el Papa Bergoglio no comprende la situación, dado que proviene de «la Argentina en la que no hay un verdadero capitalismo, sino su versión familiar, sin un sistema real de libre empresa, como en América». Esta argumentación, como vamos a ver enseguida, ha sido recogida y comentada por un autorizado exponente del catolicismo conservador estadounidense.

Las críticas al Papa «marxista» marcan, pues, el final de una era. Es verdad, como veremos en un próximo capítulo, que también algunas páginas de la encíclica social ratzingeriana *Caritas in veritate* habían sido sometidas a las críticas de los medios conservadores norteamericanos, pero no es menos cierto que las reacciones descompuestas contra los párrafos sociales de la *Evangelii gaudium* se parecen bastante al imprevisto despertar de un sueño: el que había hecho pensar a algunos influyentes círculos intelectuales que podían teorizar sobre la indisoluble alianza entre la Iglesia y su

jerarquía, entre el pensamiento católico y un cierto mundo capitalista. Se había tratado de construir y demostrar esta alianza a través de un sabio y guiado *slalom* entre los documentos de la doctrina social de la Iglesia, eligiendo determinadas páginas y censurando otras; una alianza que fue propugnada, de manera particular, en el primer decenio del pontificado de Juan Pablo II, con ocasión de la lucha en común contra el totalitarismo comunista representado por el Imperio soviético y sus aliados. La batalla por la libertad religiosa, combatida por el Papa venido de tras el telón de acero, su apoyo al sindicato polaco Solidaridad y la objetiva convergencia con algunos de los objetivos de la presidencia de Ronald Reagan, así como algunos pasajes de la encíclica wojtyliana *Centesimus annus* escrita en 1991, inmediatamente después de la caída del muro de Berlín y del final de los regímenes del socialismo real, habían hecho pensar (y teorizar) a algunos círculos intelectuales que la Iglesia católica se había casado indisolublemente —y la doctrina de la indisolubilidad matrimonial es indudablemente católica— con un determinado sistema económico-financiero. Este sistema no solo sería considerado como el mejor (o el más aceptable) de todos los mundos posibles, sino también el más «cristiano», a su manera, el más respetuoso con la libertad del hombre, con su capacidad emprendedora; en suma, un connubio que tiene sus intelectuales teorizadores a los que ciertamente no les desagrada que la Iglesia haga e invite a la caridad, pero que no soportan la posibilidad de poner en tela de juicio estructuras y sistemas. Y hasta consideran impropio el mero hecho de plantear preguntas a este respecto y acusan a todo aquel que lo haga de que no entiende ni palabra de economía.

No es posible dejar de advertir cómo, en las últimas décadas, incluso los más significativos nombramientos episcopales estadounidenses han privilegiado, en cierto modo, a los candidatos que mejor se adecuaban a este sistema de pensamiento: menos propensos a intervenir públicamente sobre cuestiones sociales —consecuencias de la globalización y de la crisis financiera, nuevas pobrezas, inmigración clandestina, dignidad del trabajo, bienestar— y concentrados, en cambio, solamente en cuestiones como la lucha contra el aborto y la oposición al reconocimiento de las uniones homosexuales.

En este sentido, es impropio pensar que el verdadero punto de fricción, tras la elección de Francisco, no sea tanto (o no sea únicamente) la menor insistencia de las intervenciones papales sobre los llamados «principios no negociables», por otra parte, proclamados indudablemente también en la *Evangelii gaudium*, cuanto más bien un cierto mensaje social y las palabras sobre la pobreza del primer pontífice proveniente de América Latina; mensaje que, aun estando en perfecta sintonía con el magisterio de la doctrina social de la Iglesia, resuena francamente rompedor, no a causa de sus contenidos, sino más bien a causa del olvido en el que tales contenidos habían caído en los últimos tiempos, al menos en algunos determinados ambientes católicos.

Se tiene, de hecho, la sensación de que incluso las páginas más lúcidas y proféticas

de la *Quadragesimo anno* de Pío XI, escrita hace casi cien años, poco después de la crisis de Wall Street, pero tan perfectamente adaptables a la más reciente crisis económico-financiera, se habrían considerado demasiado avanzadas o imprudentes hasta dentro de ciertos palacios vaticanos. De hecho, no es infrecuente encontrar un cierto fastidio por la insistencia sobre cuestiones sociales, justificado también hoy con dos motivaciones. La primera es el riesgo de la ideología, la instrumentalización de la fe para usos políticos, tal y como ha ocurrido con algunas corrientes de la Teología de la Liberación. La segunda es la prioridad dada a la evangelización, es decir, al anuncio de la novedad cristiana sobre el que se debe o se debería concentrar la actividad de la Iglesia, de sus pastores, como si la evangelización no pasara a través de una cercanía a los hombres y mujeres en sus reales condiciones de vida y, por tanto, no llevase consigo, como reflejo inmediato, el compromiso a favor de la promoción humana. Pero este fastidio generalizado al hablar de la pobreza y de los pobres, de sistemas económicos «sin equidad», para justificarse, acaba por llevar al olvido ya no párrafos, sino páginas enteras del magisterio social.

Hemos citado al principio las críticas más duras y directas provenientes de los Estados Unidos contra la exhortación del Papa Francisco. Algunas semanas después de la publicación de la *Evangelii gaudium*, una crítica más atenta, articulada y razonada llegó de la mano de Michael Novak, autor del libro *The Spirit of Democratic Capitalism* (Simon & Schuster, 1982), que consagra el encuentro entre católicos y republicanos en aquella alianza religiosa pero también política, patrocinada en los años ochenta por el presidente Reagan, contra el comunismo mundial. El artículo fue publicado en el *Corriere della Sera* el 12 de diciembre de 2013, con el título «Le parole di Francesco che l'America non ha capito». «Al leer la nueva exhortación apostólica del Papa Francisco, tras los desconcertantes equívocos suscitados por los comentarios del *Guardian* y de Reuters en el Reino Unido (ambos con simpatías de izquierdas), y releýndola con la particular sensibilidad sobre el lenguaje que puede tener un oído americano, también yo me quedé impresionado, en principio, por el sectarismo y la falta de fundamento de cinco o seis frases del Pontífice. Pero volviendo a analizar el texto completo en la traducción inglesa a través de la mirada del aquel profesor-obispo-papa nacido y crecido en Argentina –escribe Novak– empecé a notar una cierta simpatía hacia las expresiones utilizadas por el Papa Francisco».

Novak recuerda que tuvo ocasión de estudiar los primeros escritos de Juan Pablo II: «Desde 1940 a 1978, que fue cuando se trasladó al Vaticano, Juan Pablo II carecía absolutamente del conocimiento de la economía capitalista y de los sistemas de gobierno demócratas y republicanos. Para llegar a entender los conceptos sujetos a aquella forma de economía política, el papa polaco tuvo que escuchar mucho y tuvo que aprender a expresarse con un lenguaje completamente diferente».

Estas palabras permiten entender una convicción: también Francisco, como Juan Pablo II, aprenderá, pues, a hablar como se debe de «economía capitalista». El filósofo católico americano, al recordar que enseñó «durante varios meses tanto en Argentina como en Chile, a finales de los años setenta», explica que leyó toda la exhortación «con un oído capaz de entender los ecos económicos y políticos de la vida cotidiana de aquel país suramericano».

«En Argentina –prosigue Novak– tuve ocasión de observar una diferencia mucho más marcada entre la clase media acomodada y los estratos más empobrecidos de lo que pude comprobar siempre en América, y me di cuenta de que a aquellos pobres les quedaban más bien pocos caminos para salir de la miseria. En los Estados Unidos, la inmensa mayoría de los ricos y de la clase media está constituida por emigrantes e hijos de emigrantes que llegaron a nuestras costas carentes de medios, sin conocer el idioma, con una escolarización mínima, capaces de desempeñar únicamente los trabajos más humildes. Pero ante ellos se abría un inmenso abanico de oportunidades para afirmarse en la vida. Como ha asegurado el economista peruano Hernando de Soto, los Estados Unidos se caracterizaban por una fuerte legalidad y por unos claros derechos de propiedad sobre los cuales pudieron construir los emigrantes su futuro con toda seguridad durante sucesivas generaciones».

«Casi todas las personas cercanas a mí han conocido la pobreza y privaciones durante los primeros años de vida. Nuestros abuelos –añade Novak– encontraron trabajo en las industrias textiles o en las acerías, fueron almacenistas, jardineros, trabajadores manuales, monos azules de todo tipo, sin forma alguna de cobertura sanitaria, sin subsidios familiares, sin viviendas populares. Nada de nada. Y sin embargo trabajaron muy duramente y en cierto modo lograron que sus hijos pudieran ir a la escuela y a la universidad. Hoy sus hijos son médicos, abogados, profesores, editores y pequeños empresarios de un rincón a otro del país».

Explica el filósofo que, en su investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones (en 1776), Adam Smith comparaba la historia económica de América Latina con la de América del Norte, «poniendo de relieve cómo en Suramérica seguían vigentes todavía muchas instituciones de la Europa feudal –grandes latifundios, plantaciones, braceros agrícolas. Solo en las regiones sureñas de los Estados Unidos se había perpetuado una situación análoga. En toda América Latina, durante casi dos siglos, los poderes y privilegios económicos eran otorgados por los funcionarios del gobierno colonial, que residían en España o en Portugal.

»Pero, si en el norte la rebelión de las colonias inglesas había generado desconfianza por lo general hacia la monarquía y la aristocracia, dado que sus representantes se habían revelado absolutamente indignos de confianza en la gestión o tutela del bien común, en cambio, en América Latina se desarrolló una mentalidad diametralmente opuesta. Allí –

observa Novak– se había seguido confiando a las instituciones del Estado la gestión del bien común, a pesar de los innumerables casos de funcionarios desleales y deshonestos, de los largos períodos de dictadura y del uso desvergonzado de los recursos económicos para el enriquecimiento personal de los sucesivos jefes de Gobierno. En América Latina quien gozaba de escasa confianza no era el Estado, sino el sector privado pluralista».

El artículo continúa con una presentación de lo ocurrido, en cambio, en los Estados Unidos donde «se difundió la propiedad privada (excepto bajo la inicua institución de la esclavitud) que favoreció el crecimiento de una infinidad de pequeñas y medianas empresas y la proliferación de muchísimas haciendas agrícolas. Smith veía la creación de riqueza en América del Norte como un impulso desde abajo, desde los recursos económicos acumulados por los estratos más pobres de la población, donde gracias a la virtud del ahorro y de la frugalidad se hicieron sabias inversiones en las infraestructuras del país, como canales y ferrocarriles, y en otras grandes sociedades y empresas».

Según Novak, Juan Pablo II «supo reconocer este gran cambio social» ocurrido en los Estados Unidos en la encíclica *Centesimus annus* (1991), que en su párrafo 32 dice así: «Pero existe otra forma de propiedad, especialmente en nuestro tiempo, y reviste una importancia no inferior a la de la tierra: es la propiedad del conocimiento, del saber, de la técnica. Sobre este tipo de propiedad se basa la riqueza de las naciones industrializadas mucho más que sobre la de sus recursos naturales». El resto del párrafo recoge con extrema precisión las causas de la riqueza, el papel de la persona humana y de las asociaciones en su contribución a la solidaridad mundial, que se manifiestan a través de la globalización. Juan Pablo II entendió inmediatamente que hoy «el factor decisivo es cada vez más el hombre mismo, es decir, su capacidad de conocimiento que se revela a través del saber científico, su capacidad de organización solidaria, su capacidad de intuir y satisfacer las necesidades del otro».

Cita luego el filósofo católico norteamericano el párrafo 42 de la misma encíclica, en el que el papa Wojtyla «define brevemente su capitalismo ideal, como sistema económico que brota de la creatividad, bajo la égida de la legalidad, y cuyo centro es ético y religioso». Pero ya en su primera encíclica *Laborem exercens* (1981), al rechazar directamente el lenguaje de la ortodoxia marxista sobre el trabajo, el papa había dado luz verde a la «Teología de la Creación» como superación de la «Teología de la Liberación».

En los años sucesivos, en opinión de Novak, Wojtyla afrontó el concepto de «capital humano», elaborando «poco a poco su visión de la economía que mejor se adapta a la persona humana –lejos de la perfección (en este valle de lágrimas), pero mejor que cualquier otra alternativa, comunista o tradicional– y la sugirió como “el modelo que es necesario proponer a los países del Tercer Mundo, que buscan la vía del verdadero progreso económico y civil”».

No perdamos el recorrido realizado hasta aquí por el filósofo americano, propugnador

de la «santa alianza» entre catolicismo y capitalismo. A su parecer, la Iglesia llevó a cabo un itinerario de acercamiento durante el pontificado de Juan Pablo II. Y para avalarlo habría determinadas motivaciones históricas.

«Al comienzo del siglo XX –añade Novak– Argentina era uno de los quince mayores países industrializados del mundo y su riqueza provenía cada vez más de las invenciones modernas que de la actividad agrícola. Luego, una idea devastadora de economía política, que en aquellos años se difundió como una epidemia desde Europa –el populismo fascista que pretendía el máximo control de la economía–, intervino para ralentizar dramáticamente el crecimiento económico y político de Argentina. La inestabilidad del Gobierno y de las instituciones hizo vacilar la creatividad económica. La inflación alcanzó puntas inauditas. (En los primeros años ochenta me llevé a casa desde Argentina un billete de un millón de pesos que apenas valía dos céntimos de dólar).

»Durante de tres generaciones –prosigue el filósofo– una parte verdaderamente exigua de las riquezas naturales del país y muy escasas ocasiones de avance y progreso se derramaron en los tazones vacíos de los pobres, relegados a la cola de la escala social. Las ocasiones de mejora eran (y siguen siendo) bastante raras. Hoy, el destino de los pobres en Argentina es estático, inmutable. Los pobres reciben escasísima formación personal para poder transformarse en actores autónomos, dotados de creatividad e iniciativa (...). Las energías humanas son envilecidas y anuladas por la dependencia de los subsidios de pobreza. Como consecuencia, el parón difundido en toda la sociedad presenta poquísimas oportunidades para que los pobres puedan salir de su miseria».

Para Novak, si el Papa Francisco, en la *Evangelii gaudium*, se refiere a esta situación, su análisis se basa en la realidad de los hechos. En muchos países de América Latina «los dirigentes de las grandes empresas son a menudo los nietos de los grandes latifundistas del pasado. Algunos de ellos son hombres de largueza de miras, ricos de inventiva y de iniciativa personal, capaces de construir vastos imperios. Y, sin embargo, todavía hoy, es difícil pensar en un solo objeto de uso común que haya sido inventado por un suramericano».

Así pues, y por sintetizar un tanto brutalmente: el Papa Bergoglio puede tener razón, siempre que sus palabras se reduzcan a Argentina o, como mucho, a América Latina. Trasladarlas a un contexto global y aplicarlas también a los Estados Unidos –he aquí el verdadero punto de la discordia– no es apropiado.

Michael Novak considera que «algunas graves críticas que se han hecho contra este texto» resultan «tan apasionadas e ilusas que desmienten la normal serenidad y generosidad de espíritu que caracterizan al Papa Francisco». Y, naturalmente, sobre estas críticas se han lanzado medios como Reuters y el *Guardian*. Recordemos, entre ellas, «las teorías de la recaída favorable», «la tiranía invisible», «la idolatría del dinero», «la desigualdad» y la necesidad de un «retorno de la economía y de las finanzas a una ética

a favor del ser humano».

Pero, entonces, ¿por qué, se pregunta el filósofo, haciendo suya una observación de Mary Anastasia O'Grady, «una de las más atentas observadoras de América Latina», la inmensa mayoría de los pobres y desesperados «se concentra en aquellos países en los que el Estado se ha arrogado un papel determinante en la economía? Desde Max Weber en adelante, el pensamiento social católico ha sido acusado de ser la causa de la pobreza en muchas naciones católicas. Y precisamente sobre esta vertiente el Papa Francisco inadvertidamente refuerza la tesis de Weber».

Novak considera deseable que algún historiador de la economía introduzca «en el contexto apropiado alguna de estas acusaciones graves y provocadoras», y explique «a qué quiere aludir en cada caso el autor, con el fin de contrarrestar el uso instrumental que se hace de ello en los medios de comunicación actuales». En la continuación de su largo artículo, el filósofo católico americano aporta como ejemplo las palabras papales sobre la teoría de la «recaída favorable», contestando la traducción inglesa de la palabra española *derrame* con la expresión *trickle-down* que «supone un significado netamente diferente y confiere un tono duro y airado a todo el pasaje», dado que «solo aquellos hostiles al capitalismo, a la reforma de Reagan y la política de los republicanos tras el desastre económico de los años de Carter, recurrían a la expresión despectiva *trickle-down* justamente para ridiculizar lo sucedido durante los años de Reagan, o sea, una fuerte movilidad social ascendente».

La observación, en la *Evangelii gaudium*, según la cual el aspecto positivo de la recaída favorable jamás ha sido confirmado por los hechos, es, según Novak, comprensible «en Argentina y en otros sistemas estáticos, carentes de todo mecanismo de movilidad social». Pero en los Estados Unidos, donde «generaciones enteras demuestran la eficacia de la movilidad social, la afirmación del Papa no se corresponde en nada con la verdad». Tanto más en cuanto que, según afirma más adelante el filósofo, «a pesar de sus defectos más llamativos, especialmente en la industria del entretenimiento –música pop, imágenes atrevidas, tendencias discutibles– el sistema americano se ha mostrado más “inclusivo” respecto a los pobres que el de cualquier otra nación de la tierra».

Escribe Novak finalmente que ha apreciado «particularmente» dos aspectos de la exhortación: uno, la afirmación de que «el cosmos entero, y la vida humana en su conjunto, brotan de la vida interior del Creador, de la *caritas*, ese amor creador que lo acoge todo y todo lo ilumina y que es Dios». Y otro, la atención prestada «al mayor deber práctico de nuestra generación: romper las últimas cadenas de la pobreza».

Ciertamente Novak reafirma que «las plegarias de los creyentes durante los servicios dominicales no tienen sentido alguno si no van acompañadas y selladas con acciones prácticas cotidianas a favor de los pobres. Quien no ayuda a los pobres no ama a Dios».

Y, por tanto, la *Evangelii gaudium* no pretende «ofrecer una enseñanza cargada de argumentos doctrinales, eso es competencia de una encíclica. Más bien, hace las funciones de una homilía, en una ocasión distendida en la que el Pontífice presenta su visión pastoral como una invitación dirigida a los fieles». Mientras tanto, en el futuro, augura el filósofo estadounidense, el Papa Francisco «tendrá ocasiones de desarrollar su pensamiento sobre la economía política y para señalar el modo más eficaz de ayudar a los pobres a salir de la miseria, de las restricciones y privaciones. Estoy seguro de que consejeros y colaboradores están ya trabajando en ello y auguro que tomarán como punto de partida las conclusiones que Juan Pablo II escribió, acaso con cierta repulsa, en el párrafo 42 de la *Centesimus annus*, basándose en la experiencia concreta, para señalar un camino ponderado».

Nótense aquí dos afirmaciones bien precisas. Ante todo, la reducción del documento papal a simple «homilía». Luego, el auspicio de que Bergoglio siga las huellas de Wojtyła y, antes de escribir nuevas páginas sobre temas sociales, acuda a «consejeros y colaboradores» en sintonía con ciertos ambientes y *think tank* del otro lado del océano.

He aquí, teorizado y argumentado, el «dogma»: la Iglesia, que hable sobre los pobres y la caridad, que nos recuerde que debemos dar limosna, que haga llamamientos éticos y combata sus batallas en defensa de la vida y contra la deriva de ciertas costumbres en las decadentes sociedades occidentales, que nos recuerde que debemos tratar de ser buenos y honrados; pero que no se atreva siquiera a plantear una pregunta sobre el sistema actual del capitalismo, ese sistema que, sin tener ya más contactos con la economía real, constata el supremo poder de las finanzas.

Por decirlo con las palabras de la encíclica *Quadragesimo anno* de Pío XI (otro papa que, evidentemente, no tenía adecuados consejeros y colaboradores): «Últimas consecuencias del espíritu individualista en la vida económica son las que vosotros mismos, venerables hermanos y amados hijos, veis y deploráis: la libre competencia se ha autodestruido; la libertad de mercado ha sido sustituida por la hegemonía económica; al afán de lucro le ha seguido el desenfrenado deseo del predominio y, así, toda la economía se ha hecho horriblemente dura, inexorable, cruel. A ello se añaden los daños gravísimos que provienen de la deplorable confusión de las injerencias y servicios propios de la autoridad pública con los de la economía misma: como, por citar uno solo entre los más importantes, el abajamiento de la dignidad del Estado que se hace siervo y dócil instrumento de las pasiones y ambiciones humanas, cuando debería asentarse como soberano y árbitro de las realidades, libre de toda pasión partidista y tendente únicamente a la búsqueda del bien común y de la justicia. Luego, en el ámbito de las relaciones internacionales, de una misma fuente brotó una doble corriente: por una parte, el nacionalismo, o también el imperialismo económico; por otra, no menos funesta y execrable, el internacionalismo bancario o imperialismo internacional del dinero, para el

que la patria es allí donde se está bien».

Palabras escritas en 1931, pero profundamente actuales también hoy. Tal vez, sobre todo hoy. ¿Existe, pues, la posibilidad de poner en tela de juicio –no para abatirlo, sino para tratar de modificarlo– el sistema? «Cuando doy de comer a un pobre», decía Hélder Cámara, obispo de Recife, «todos me llaman santo. Pero cuando pregunto por qué los pobres no tienen qué comer, entonces todos me llaman comunista». Al Papa se le tacha de «marxista», o bien, más educadamente, se dice que entiende poco de economía.

«El resentimiento de Novak», ha escrito en un comentario publicado en la web *Il Sussidiario* el filósofo Máximo Borghesi, «es comprensible. Elevado a la fama como si fuera el Weber católico, el que en el lugar de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* de Weber ponía la ética “católica” como fundamento verdadero del capitalismo “democrático”, se encuentra ahora con un pontificado de aquel sistema que él, desde hace tiempo, ha contribuido a legitimar y a proteger de toda posible acusación».

A Novak, explica Borghesi, no le ha gustado «sobre todo la idea de que el modelo capitalista no sea confirmado por los hechos como fuente generalizada de bienestar». Una crítica, añade el filósofo, que «demuestra, en su nerviosismo, hasta qué punto la *Evangelii gaudium* ha dado en la diana (...). Acostumbrados, desde el 89, a una legitimación sin peros ni condiciones de la globalización capitalista, celebrada como “fin de la Historia” y como panacea de todos los males, toda crítica supone una posición cripto-comunista. La *Evangelii gaudium* rompe el muro del silencio mafioso y lanza una poderosa pedrada al estanque de las ideas. Lo había intentado también Benedicto XVI con su *Caritas in veritate*, una encíclica que contenía grandes novedades, óptimas sugerencias críticas. En comparación con ella la exhortación apostólica aparece como más resuelta, coge el toro por los cuernos y no tiene miedo de gritarle al mundo los límites, evidentes para todos tras la hecatombe financiera del 2008, de un modelo económico que, confiado a sí mismo, corre el peligro de arrasar el mundo entero».

«¡Cuántas palabras han resultado incómodas para este sistema...! Ya no podemos confiar en las fuerzas ciegas ni en la mano invisible del mercado», ha escrito Francisco. La esfera económica no puede reivindicar una autonomía absoluta, ni mucho menos una prioridad sobre la esfera política, que hoy aparece, como veremos, casi al servicio de los mercados financieros. Hace falta, pues, un retorno a la primacía de la política, pero un retorno tal que tenga como horizonte el bien común social.

«Una cosa es segura –ha observado Borghesi–: raramente un texto del magisterio social de la Iglesia ha hablado con más fuerza. Impresiona, en la exhortación de Francisco, el tono, el paso desde el análisis descriptivo a la interpelación a la primera persona, la implicación directa del Pontífice, el desdén frente a un mundo que tendría en principio todos los medios posibles para aliviar el sufrimiento y la marginación de millones de seres humanos y no lo hace. “El Papa ama a todos, ricos y pobres, pero tiene

la obligación de recordar, en nombre de Cristo, que los ricos tienen que ayudar a los pobres, respetarlos y promoverlos”. He aquí una provocación que, por lo que parece, ni a *Forbes* ni a Novak les ha gustado nada».

El mensaje de la *Evangelii gaudium*, a pesar de que el documento está dedicado a la evangelización y no a cuestiones sociales, ha preocupado también al mundo de los bancos y de los negocios. El 2 de diciembre de 2003, en un memorando, el economista James Glassman, de JP Morgan, aun sin nombrar al Papa, defiende la economía de mercado y su «eficiencia» a la hora de salvar a mucha gente de la pobreza.

«Quien está preocupado por la pobreza global –escribe Glassman– debe tener una actitud más agradecida, cada día, en vez de lamentarse. Las lamentaciones que se oyen a menudo sobre la incapacidad de los sistemas económicos para afrontar la plaga de la pobreza ignoran algunos hechos fundamentales».

El memorando de JP Morgan recuerda que «la pobreza no es un fenómeno moderno». Luego explica que «las economías de los países avanzados se están recuperando todavía de profundas recesiones y pronto volverán a su plena potencialidad». Este es el motivo por el que las políticas adoptadas por los bancos centrales siguen siendo tan acomodaticias. Quien se ha visto sacudido por la recesión conseguirá reponerse gracias a la recuperación continua de los países avanzados. (Pero, prescindiendo de si se es o no religioso, no es este el cuadro que la verdadera realidad está ofreciendo).

El tercer factor que recuerda la nota de Glassman es que «no obstante los problemas cíclicos de las economías avanzadas, como promedio, el tenor de vida global viaja sobre máximos absolutos... En otras palabras, los sistemas económicos que se basan en los mercados están haciendo mucho más por acabar con la pobreza que cualquier esfuerzo del pasado». Los mercados ayudan, los mercados están haciendo mucho; es más, están haciendo muchísimo. Hay que tener confianza en los mercados y no quejarse tanto ni hacer interpelaciones inoportunas. Hay que creer en el dogma.

Una crítica en la misma longitud de onda le llegó al Papa, el 23 de diciembre de 2013, por parte de John Gapper, conocido editorialista del *Financial Times*, el cual, comentando la exhortación, afirmó que Francisco «se equivoca sobre la cuestión de la desigualdad» económica en el mundo. En la mira del comentarista del acreditado diario económico-financiero está el párrafo 56 de la *Evangelii gaudium* contra las ideologías que defienden la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera. «Es un ataque al capitalismo financiero y al llamado uno por ciento de la población», es decir, a los ricos, ha escrito Gapper, que admite: «La brecha entre ricos y pobres ha aumentado en Occidente, pero en los últimos años la desigualdad económica ha disminuido a escala global». Citando el Gini Index sobre la desigualdad mundial, el editorialista del *Financial Times* observa que «en China, India, Brasil y en otros países emergentes en los que vive

la inmensa mayoría de la población mundial, la desigualdad ha disminuido gracias al “capitalismo globalizado”».

«No solo la distribución de la renta se ha igualado –escribe Gapper–, sino que el capitalismo está consiguiendo mayor credibilidad». La *Evangelii gaudium* no sería otra cosa que la expresión del malestar de las «clases medias de Occidente» afectadas por la crisis financiera y por la recesión.

Para el editorialista del *Financial Times* la crisis de 2008 es únicamente un accidente de ruta, un factor imprevisible. De nada sirve cambiar el sistema, el modelo. De nuevo el dogma.

Contrastar los datos sobre la pobreza global, subrayando los progresos en los países emergentes –ha observado Alessandro Corneli en un artículo publicado en *Global Research and Report Group*–, evita al *Financial Times* «responder a la verdadera cuestión que plantea el Papa: la filosofía que sustenta este mecanismo económico y que hace aumentar la distancia entre los más ricos y los más pobres, como ha admitido recientemente el propio Barack Obama al recordar que, mientras en el pasado los *top manager* recibían una renta veinte o treinta veces superior a la de un trabajador medio, hoy reciben 273 veces más».

Los juicios críticos expresados por ciertos ambientes capitalistas no carecen de ecos dentro de la Iglesia. El cardenal Franc Rodé, ex Prefecto de la Congregación para los Religiosos, concedió una entrevista, a finales de septiembre de 2013, a la agencia nacional de prensa eslovena en la que criticaba al Papa Francisco. Para el cardenal esloveno, el Pontífice sería «demasiado de izquierdas». «Sin sombra de duda –dijo Rodé– el Papa es un genio de la comunicación. Se entiende muy bien con la multitud, con los medios, con los fieles». «Otra gran ventaja es que se hace simpático», añadió. «Por otra parte, sus opiniones relativas al capitalismo y a la justicia social son excesivamente de izquierdas. Se ve hasta qué punto el Papa está marcado por el ambiente del que proviene. En América del Sur hay grandes diferencias sociales y grandes debates sobre esta situación que se repiten cada día. El caso es que esta gente habla mucho, pero resuelve pocos problemas».

Rodé, que vivió muchos años en Argentina, en los tiempos en que Eslovenia formaba parte de la Yugoslavia comunista, en la época en que era arzobispo en Liubliana, dirigió a la Iglesia eslovena hacia un preciso modelo capitalista; un modelo que, sin embargo, ha obtenido resultados desastrosos: una diócesis del país, la de Maribor, ha sufrido el *crack* financiero a causa de inversiones equivocadas que comprendían sociedades financieras y embarazosas participaciones en un canal televisivo a través del cual se emitían también contenidos pornográficos. La Santa Sede tuvo que intervenir, ya en tiempos del papa Ratzinger.

Especialmente iluminador, para entender lo mucho que molesta a ciertos ambientes

una mayor atención de la Iglesia a las cuestiones sociales, es lo sucedido con ocasión del nombramiento del nuevo arzobispo de Chicago por el Papa Francisco. El 20 de septiembre de 2014 era anunciado el nombre del sucesor del cardenal Francis George a la cabeza de la importante diócesis estadounidense capital del Estado de Illinois: Blase Joseph Cupich, nacido en 1949, obispo desde 1998 primero en Rapid City, en Dakota del Sur, y desde 2010 en Spokane, en el Estado de Washington: un *outsider* que, la víspera, no era tenido en cuenta entre los favoritos.

En los meses precedentes precisamente Cupich había relanzado, con ocasión de una reunión de la Conferencia episcopal americana, una frase del Nuncio apostólico en Washington, a propósito de la indicación de Francisco a la Iglesia norteamericana: «Basta de obispos ideólogos y guerreros culturales». En 2011, el obispo había invitado a sus sacerdotes y seminaristas a que no organizaran y no participaran en concentraciones y manifestaciones de oración a las puertas de las clínicas en las que se practican abortos. Había recordado la polarización política sobre este tema haciendo notar que las decisiones sobre el aborto no se toman ordinariamente ante las clínicas, sino «en torno a la mesa de la cocina o en los salones de estar de las casas en las que hay, a menudo, una hermana, una hija, una pariente, una amiga sometida a presión y abandonada por el padre de la criatura». Y, por tanto, ahí era donde los sacerdotes debían intervenir.

En abril de 2012 se había hecho notar en la prensa estadounidense la moderación con la que Cupich había reaccionado a la reforma sanitaria de Obama, confirmando el juicio sobre los aspectos negativos compartido por el episcopado, pero sin elevar el tono de la confrontación, como habían hecho algunos de sus hermanos en el episcopado. El caso evidentemente tan raro, en el panorama eclesial y mediático norteamericano, había sido noticia enseguida, obviamente. En un post de su blog, Bryan Connes, director de la revista *U. S. Catholic*, definió a Cupich como «el obispo que puede hablar sin gritar», apreciación que, según el interesado, «funciona mejor a la larga», mientras que las réplicas cáusticas y el estilo batallador hacen más efecto de inmediato.

Cupich había defendido también los párrafos sociales de la *Evangelii gaudium* de las críticas de los ultraliberales conservadores americanos, recordando a estos últimos el valor de la solidaridad global entre los pueblos, y denunciando lo poco coherentes que eran sus posiciones con la doctrina social de la Iglesia. No se debe olvidar que, cuando era obispo de Rapid City, el Comité provida se había convertido en el Comité a favor de la justicia social: no había cesado de difundir su mensaje contrario al aborto, pero había ampliado el espectro de sus intervenciones, oponiéndose a la pena de muerte, pidiendo una reforma de la inmigración e interesándose por los pobres.

En su *Carta desde Roma* escrita tras el nombramiento de Cupich, Kishore Jayabalan, director del Instituto Acton en la capital italiana (el Acton Institute es un *think tank* católico estadounidense que se dedica a la difusión de los principios de la sociedad y de la

libre economía) transparentaba cierto malhumor por el cambio de ruta en los nombramientos al vértice de las grandes diócesis norteamericanas.

«Queridos amigos del Instituto Acton, con el reciente nombramiento de S. E. monseñor Blase Cupich como próximo arzobispo de Chicago, estamos probablemente a punto de entrar en la fase más reciente de las polémicas sobre la presunta incompatibilidad entre capitalismo y catolicismo, al estilo Windy City. En honor de Sean Connery, nos aseguraremos de no llevarnos un cuchillo a este tiroteo».

Uno de los motivos que induce a Jayabalan a pensar así ha sido «la participación de monseñor Cupich en una conferencia, el mes de junio de 2014, en la Catholic University of America, en Washington DC. El título de esta conferencia, *Erroneus autonomy: the Catholic case against Libertarianism* (La autonomía equivocada: el caso del catolicismo contra el libertinaje) nos dice todo lo que hay que saber sobre las conclusiones aportadas allí. Los vídeos no revelan cuántas personas han participado, pero se celebró en el mismo período de Acton University, donde tuvimos a mil personas provenientes de todo el mundo que trataron de unir la moralidad a los mercados de manera constructiva».

Un segundo motivo de preocupación para el director del Acton Institute de Roma es «el retrato de Cupich como un nuevo tipo de líder –el “obispo de Francisco”– que evita las guerras culturales sobre el aborto, el matrimonio entre personas del mismo sexo y otras cuestiones controvertidas –todas ellas ligadas a las enseñanzas de la Iglesia sobre sexualidad– para concentrarse, en cambio, sobre cuestiones aparentemente no tan controvertidas como la inmigración, el paro juvenil o por qué “esta economía mata” (sería Rodney King en el púlpito). Muchos religiosos de izquierdas están esperando la derrota de ideólogos odiosos como Paul Ryan y el Acton Institute que tienen la valentía de promover la libertad económica como un recorrido hacia el bienestar material y quizá también espiritual, y que podrán también cometer el pecado mortal de votar al partido republicano».

No se pierdan la cita de la frase de la *Evangelii gaudium* y el pasaje sobre «los religiosos de izquierdas». Evidentemente, para un cierto *think tank*, hasta la simple evocación de temas como la pobreza y la justicia social en términos que no exalten las salidas felices y progresivas del capitalismo, suenan alarmantes.

«Esta recurrente hostilidad al libre mercado –continúa Jayabalan– puede asombrar a aquellos que, entre nosotros, han –y sobre todo a aquellos que no han– gozado de los beneficios de la libertad, de la innovación y de la creación de riqueza. No dejemos que el mito del “socialismo real” descansa en paz junto a la encíclica *Centesimus annus* (1991) de san Juan Pablo II. Juan Pablo II ciertamente no idolatraba la economía de mercado y advirtió que esta únicamente tendría éxito en la medida en que respetase los principios morales y éticos que no provienen del sector de la economía. Los escándalos financieros y comerciales del mundo nos recuerdan constantemente esta verdad; pero a un cierto

punto debemos considerar esta hostilidad contra los mercados como el equivalente ideológico de algunos libertarios respecto al Estado».

Cierto que el director del Instituto Acton, de Roma, admite que las actitudes de Cupich son más difusas que las del arzobispo de Tegucigalpa (Honduras), Óscar Rodríguez Maradiaga, presidente de Caritas Internationalis, considerado irrecuperable para la confianza en el capitalismo y en sus indiscutibles dogmas.

«A decir verdad –se lee en la *Carta desde Roma* de Jayabalan– el texto de monseñor Cupich sobre el libertarismo no es tan definitivo como las declaraciones del cardenal Óscar Rodríguez Maradiaga. He escuchado personalmente las argumentaciones del cardenal en diversas ocasiones y sus ideas parecen no cambiar jamás, al margen de las evidencias de lo contrario. Su eminencia no tiene paciencia para reformar o mejorar el “ídolo” de las economías de mercado; quiere destruirlas y sustituirlas solo por el amor (¡tratad de pagar las facturas con amor!); en cambio Cupich afirma que los libertarios simplemente no creen en la solidaridad y aplican la economía a todo ámbito de la vida. Cupich, naturalmente, es norteamericano y Rodríguez es de Honduras, y por tanto las diferencias en el modo de percibir la realidad entre el norte y el sur de América son seguramente los factores que determinan más su valoración del capitalismo. Pero creo que hay algo que va más allá de las connotaciones geográficas o incluso culturales».

Este algo que va «más allá» se refiere, según Jayabalan, a la aceptación de la idea de que «el pensamiento económico resulta inevitablemente el único modo de mirar el mundo y excluye todo lo demás; se trata de una nueva forma de determinismo materialista expuesto por Marx y sus secuaces. Mientras a menudo los religiosos que critican el capitalismo se presentan como pastores sencillos y como aliados de los oprimidos, “el mundo sufre por falta de pensamiento, nosotros convocamos a los hombres de reflexión y de pensamiento”, como explicó el papa Pablo VI en su encíclica sobre el desarrollo (*Populorum progressio*, n. 85). El problema está en el rechazo de ver la economía por lo que es, o al menos por lo que era antes de que los matemáticos tomasen el mando, a saber, una ciencia sobre todo humana».

«No espero que los obispos tengan doctorados en ciencias económicas –escribe el director del Instituto Acton de Roma–, pero un cierto aprecio de las nuevas oportunidades ofrecidas por el libre mercado sería muy bien aceptado por aquellos entre nosotros que quieren ver economías en crecimiento para lograr que las personas salgan de la pobreza. ¿Tan malo sería oír decir a un obispo que los altos niveles de tasación y regulación hacen la pobreza más probable, y no menos? ¿Resultaría imposible para un obispo decir que la libertad de comprar y vender bienes y servicios lícitos no significa que tengan la libertad de maltratar a nuestras mujeres o de explotarnos unos a otros con fines sexuales? ¿Tan difícil sería convencer a la grey de que puede gestionar empresas con éxito sin poner en peligro sus almas eternas?».

Es, como veremos, la reproposición del paradigma que –simplificando– tiende a atribuir a las intervenciones de los Estados, al bienestar y a los impuestos los problemas económicos-financieros; problemas que quedarían resueltos simplemente con que hubiera más libre mercado.

Como de costumbre, son los obispos quienes hablan de estas cosas de modo que no se entiende o apenas se entiende. Necesitarían ser instruidos en esto. «Para ser pastores verdaderamente eficaces –sentencia Jayabalan– los obispos deben ser más que “pastorales” en el sentido más sencillo de la palabra. En cuanto miembros de un sector altamente cualificado de la Iglesia y de la población en general, tienen la responsabilidad de entender los desafíos intelectuales que plantea la sociedad moderna, en la que la autoridad, la tradición y el orden resultan mucho menos atractivos que conceptos como libertad o igualdad. La alternativa es permitir que arraiguen nociones más radicales de la autonomía, poniendo a la Iglesia en una situación de desventaja todavía mayor. Por desgracia, estos retos intelectuales exigen pensar más seriamente en actividades banales de comercio, cosa que la mayor parte de los teólogos y de los filósofos quisiera hacer».

«Gracias a Dios –concluye el director del Acton Institute de Roma– la supervivencia de la Iglesia no depende del refinamiento intelectual, así que no tengo ni la menor duda de que la Iglesia sobrevivirá a este último ataque de un pensamiento económico desinformado y de la hirviente retórica que reina entre sus líderes. Como dice un colega mío de Acton, lo más importante es la santidad personal y probablemente algunos de nuestros obispos serán enviados a la parte del cielo destinada a la “economía equivocada”. Esto no estaría mal incluso si, mientras, muchos otros no hubieran tenido que sufrir contemporáneamente todas las consecuencias de esa economía equivocada (pobreza, paro, dilapidación de recursos, mayor frustración y envidia, y, sí, también el paro juvenil). Supongamos que los líderes religiosos están actuando guiados por una sincera preocupación por los pobres; entonces, ¿por qué los obispos sostienen puntos de vista que hacen daño clarísimamente a aquellos a los que están tratando de ayudar? Quizá, como observó el poeta francés Charles Péguy: “Nunca se sabrá qué actividades de la vida han estado motivadas por el miedo a no parecer suficientemente progresistas”».

No hay nada más que decir. A Cupich le bastó su participación en un acontecimiento en el que se discutía la autonomía absoluta de los mercados y su defensa de los párrafos sociales de la *Evangelii gaudium* para merecerse esa sarcástica réplica. Pobre Papa y pobres obispos, que hablan de pobreza y de capitalismo, de justicia social y de idolatría del dinero, sin saber nada. Estudien economía, déjense aconsejar: entenderán que se tienen que ocupar solo de algunos temas, como la lucha contra los matrimonios gays. No se atrevan a perturbar al manipulador desempolvando viejos y obsoletos conceptos de la doctrina social de la Iglesia que parecen empapados de teorías socialistas.

Es interesante, para concluir, citar también una respuesta que el cardenal Francis George, arzobispo de Chicago y predecesor de Cupich, dio durante de una entrevista a propósito del magisterio social de Francisco, haciendo notar cómo hasta ahora, para el actual Pontífice, únicamente los pobres habían estado en el centro de sus intereses y preocupaciones.

«Hay una diferencia entre cada papa y aquellos que aceptarían nuestro sistema económico sin espíritu crítico. Las críticas más relevantes de cualquier teoría económica se encuentran en la doctrina social de la Iglesia católica: el destino universal de todos los bienes materiales, las condiciones de los pobres como medida de un sistema económico justo, la necesidad de una cierta reglamentación de los mercados para que el rendimiento del capital no se aparte completamente del aumento de los salarios, la hipoteca social de la propiedad privada, etc.».

«Tanto el papa Juan Pablo II como el papa Benedicto XVI –ha observado el cardenal George– han contribuido a progresos sofisticados en la enseñanza de la Iglesia sobre materia económica. Han sabido hacer frente a los desafíos técnicos de la *supply-side economics*, la producción de la riqueza, de manera que un mayor bienestar pueda ser repartido, la creación de un orden económico basado en el “don”. El Papa Francisco, hasta ahora, únicamente con los pobres en el centro de sus intereses, se ha concentrado en la distribución. Esta es una crítica frecuente a los líderes religiosos: entienden la distribución, pero no la producción. Como objeción a un sistema económico que todavía está lejos de aquello por lo que el Evangelio nos anima a trabajar, las afirmaciones del Papa Francisco parecen verdaderas; como juicios de teoría económica general, habría mucho que decir».

«Parece que el Papa hable de la experiencia y del análisis de los suramericanos –ha añadido el purpurado norteamericano– que creen que algunos son ricos porque otros deliberadamente han sido abandonados a la pobreza, que el sistema del neoliberalismo recoja el capitalismo de manera integral. Sigue siendo cierto que ningún católico puede ver la actividad de nuestra economía sin ser crítico».

Nótese la reproposición, aunque hecha con palabras prudentes y respetuosas, del «cliché» del Papa que habla como «suramericano», utilizado en ambientes eclesiales y mediáticos del otro lado del océano pero también en Europa y en Italia, para tratar de descafeinar el mensaje.

6. UNAS FINANZAS QUE SE AUTOALIMENTAN

*Las fáciles ganancias
que un mercado desamparado de toda ley
ofrece a cualquiera, incitan a muchísimos al cambio
y tráfico de mercancías, los cuales, sin otra mira
que lograr pronto las mayores ganancias
con el menor esfuerzo, en una especulación desenfrenada,
tan pronto suben como bajan, según su capricho y codicia,
los precios de las mercancías, desconcertando
las prudentes previsiones de los fabricantes.*

Pío XI, *Quadragesimo anno*

¿De verdad el Papa y más en general la Doctrina Social de la Iglesia se equivocan?
¿De verdad son excesivas o en todo caso no se corresponden con la realidad las
preocupaciones expresadas en la *Evangelii gaudium*? ¿De verdad que serían necesarios
buenos consejeros económicos a la hora de redactar las encíclicas para hacerlas aparecer
como menos contrarias a ciertas formas de capitalismo?

«No resulta fácil –observa el jesuita Diego Alonso-Lasheras– decir a los familiares de
los más de 1.138 muertos en el Roma Plaza de Daca en Bangladesh, el 24 de abril de
2013, que ciertas maneras de hacer economía no matan». El edificio en la periferia de la
capital de Bangladesh era la sede de centenares de pequeñas haciendas textiles para las
cuales trabajaban miles de obreros con sueldos de hambre por cuenta de grandes marcas
internacionales, entre las cuales se encontraban también algunas empresas italianas. A
casi dos años vista de aquella tragedia, los familiares de las víctimas esperan todavía un
adecuado resarcimiento. Igualmente difícil resulta no admitir que muchas personas
quedan excluidas de los ciclos económicos y viven en condiciones indignas.

El 28 de octubre de 2014 fue presentado un informe, *UNICEF-Innocenti Report
Card 12-Hijos de la recesión*, que atestigua la existencia de más de 76 millones de niños
en estado de pobreza en los países ricos. Es un dato que va en aumento en 23 países de
los 41 del área OCDE y de la Unión Europea. En Italia, los niños pobres han aumentado
en más de 600.000 respecto al 2008. Según el informe, en más de la mitad de los países
ricos, la pobreza afecta a uno de cada cinco niños, mientras que en algunos países la
situación es todavía más grave. «El 16 % de los niños italianos vive en condiciones de
grave privación material», ha declarado Giacomo Guerrera, presidente de UNICEF Italia.

«En Italia, el porcentaje de jóvenes entre los 15 y 24 años que ni estudia ni trabaja ni sigue cursos de formación [*Non engaged in Education, Employment or Training*, de donde procede el acrónimo NEET, N. d. A.] ha aumentado en casi seis puntos desde 2008 alcanzando el 22,2 %, la tasa más alta de la Unión Europea, es decir, más de un millón de jóvenes que viven en ese limbo». Las cosas no van mejor al otro lado del Atlántico. Según UNICEF, efectivamente, los EE. UU. han visto aumentar la pobreza infantil extrema más aún durante esta recesión que en la de 1982, y las medidas adoptadas no han sido tan eficaces para los pobres sin trabajo. Desde el comienzo de la crisis, a tenor de lo que informa dicho documento, «la pobreza infantil ha aumentado en 34 de los 50 estados». Para el director del Departamento de Estadística, Investigación y Análisis de UNICEF, Jeffrey O'Maley, se trata de «un gran retroceso el que ha tenido lugar en países ricos con consecuencias que tendrán repercusiones a largo plazo para los niños y sus comunidades».

Resulta también arduo no reconocer los numerosos ejemplos de personas que han caído en la «idolatría del dinero» a costa del sufrimiento de muchos: que la crisis financiera tiene una dimensión moral no es una idea original del Papa, sino que es algo acreditado también por cualquiera que se ocupe de economía, tal y como atestigua una investigación del Max Planck Sciences Po Center on Coping with Instability in Market Societies, titulada *Moral Categories in Financial Crisis*. Esto no significa, obviamente, que todos aquellos que tienen responsabilidades en el ámbito económico sean idólatras, pero «ciertamente –subraya el padre Alonso-Lasheras– entre ellos se pueden encontrar ejemplos que ilustran los males que el Papa denuncia».

En 2011, el Pontificio Consejo Justicia y Paz publicaba una nota titulada *Per una riforma del sistema finanziario e monetario internazionale nelle prospettive di un'autorità pubblica a competenza universale*. Se recordaba en ese documento cómo en 2007 el Fondo Monetario Internacional, en su informe anual, había reconocido la estrecha conexión entre un proceso de globalización no adecuadamente gestionado, por una parte, y las fuertes desigualdades a nivel mundial, por otra. El Pontificio Consejo reconocía que «el proceso de globalización con sus aspectos positivos está en la base del gran desarrollo de la economía mundial del siglo XX». Entre 1900 y 2000, la población mundial casi se cuadruplicó y la riqueza producida a escala mundial aumentó en una medida mucho más rápida; y, por consiguiente, el promedio de la renta per cápita aumentó fuertemente. Al mismo tiempo, sin embargo, no creció la justa distribución de la riqueza. Es más, en muchos casos empeoró.

Al impulso en esta «dirección extremadamente problemática incluso para la paz» contribuyó –se lee en el documento– un liberalismo económico sin reglas y sin controles. «Se trata de una ideología, de una forma de “apriorismo económico” que pretende tomar de la teoría las leyes de financiación del mercado y las llamadas leyes del desarrollo

capitalista exacerbando alguno de sus aspectos. Una ideología económica que establezca a priori las leyes de financiación del mercado y del desarrollo económico, sin confrontarse con la realidad, corre el peligro de convertirse en un instrumento subordinado a los intereses de los países que de hecho gozan de una posición ventajosa económica y financieramente».

En la base misma de las desigualdades y distorsiones del desarrollo capitalista está, según el documento del Pontificio Consejo Justicia y Paz, «en gran parte, además de la ideología del liberalismo económico, la ideología utilitarista, o sea, ese planteamiento teórico-práctico según el cual “la utilidad personal lleva al bien de la comunidad”». En los años veinte del pasado siglo, algunos economistas ya «habían puesto en guardia ante el excesivo crédito dado, en ausencia de reglas y controles, a aquellas teorías que hoy se han convertido en ideologías y praxis dominantes a escala internacional». Un efecto «devastador de estas ideologías» es la crisis en la cual el mundo se encuentra inmerso todavía hoy.

¿Preocupaciones excesivas también estas? ¿Teorías no demostradas? El pensamiento neoliberal sostiene que los mercados, si se les deja actuar libremente, son naturalmente eficientes, y se dotan de mecanismos de autorregulación. Las intervenciones públicas para ayudar a la demanda y a la producción, según esta manera de pensar, falsearían el mecanismo autorreglamentado del mercado y generarían muchos problemas. La tesis según la cual la culpa de la crisis hay que atribuírsela no al mercado especulativo, sino a las viejas formas de estatismo, surge de manera muy clara también como juicio sobre la crisis económico-financiera que comenzó en 2008. A este propósito es revelador el documento publicado por el sector europeo de investigación de la JP Morgan en junio de 2013, firmado por Leigh Phillips: «En los primeros días de la crisis se pensaba que los problemas nacionales eran en gran parte económicos: demasiada deuda soberana, bancaria y familiar, desalineamiento de las tasas de cambio, rigideces estructurales; pero con el paso del tiempo ha quedado perfectamente claro que también hay problemas de naturaleza política. En los países del sur [de Europa, N. d. A.], las constituciones y las formas políticas aplicadas a consecuencia de la caída del fascismo tienen una serie de características que parecen inadaptables a una mayor integración en la región». Estas constituciones «tienden a mostrar una fuerte influencia socialista, que refleja la fuerza política que los partidos de izquierda habían ganado tras la derrota del fascismo».

Así pues, «los sistemas políticos de la periferia muestran [...] las siguientes características: una clase dirigente débil, estados centrales débiles en comparación con determinadas regiones, tutela constitucional de los derechos del trabajo, sistemas de formación del consenso que favorecen mecanismos clientelares y el derecho de protesta en caso de cambios políticos desagradables del *statu quo*. Las carencias de esta herencia política se han hecho evidentes en la crisis».

Ahora bien, sin querer defender lo indefendible de nuestras clases políticas, resulta verdaderamente sorprendente que aquellos mercados financieros que contribuyeron a la crisis, y que siguen alimentando la burbuja, se quejen de las constituciones porque tutelan a los trabajadores reconociendo su derecho de protesta. Según los ambientes de los que JP Morgan es representante, para salir de la crisis habría que reducir el gasto público de los Estados, hacer recortes en el bienestar y, tal vez, quitar derechos a los trabajadores. ¿Pero las cosas están verdaderamente así? ¿Realmente esta es la «receta» correcta? ¿Por qué no se pide, en cambio, cómo ha sido y es posible que los mercados financieros «droguen» la economía endeudando a las personas, gracias al desarrollo de una verdadera y propia ingeniería financiera y de instrumentos y productos que han permitido un crecimiento hipertrofiado de la masa de dinero y de deuda?

Se lo pregunta Andrea Baranes en el libro *Dobbiamo restituire fiducia ai mercati. Falso!* (Laterza, 2014), explicando el mecanismo de las mutuas *subprime* que fue lo que causó la crisis en los EE. UU. y luego en el mundo entero.

¿Es posible plantearse al menos algunas preguntas, por ejemplo, sobre el sistema de los «derivados», es decir, sobre aquellos contratos financieros nacidos como seguros contra los riesgos que ofrecen el derecho o la posibilidad de comprar, vender o cambiar cualquier cosa (llamado «subyacente»), en una fecha precisa futura y que en el 99 % de los casos no concluyen con la entrega de esa cualquier cosa, sino que son únicamente apuestas sobre su precio futuro?

Lo «derivado» puede cambiar de valor, porque cambia el valor de lo «subyacente»; por ejemplo, del grano, pero también por motivos únicamente financieros. Por ejemplo, un «derivado» del grano puede aumentar de valor porque hay una subida momentánea de las Bolsas o porque un gran inversor decide entrar en el mercado de los «derivados», o porque una oleada especulativa lleva al alza de los valores de los «derivados». Estos factores financieros influyen sobre el precio de los «derivados», los cuales influyen a su vez sobre el de los «subyacentes», es decir, en nuestro caso, sobre el grano. Esto significa que el mercado de las materias primas sigue las indicaciones del mercado de los «derivados». El precio del grano no aumenta o disminuye a causa de una carestía o de acontecimientos atmosféricos, etc. Sino que sufre la influencia del de los «derivados» del grano, que se han convertido en los bienes principales que se negocian en los mercados financieros. Así, la economía real, o sea, las vidas de quienes cultivan, producen, venden y compran grano, acaba por convertirse en un instrumento al servicio de las finanzas, y no al revés. ¿Estamos seguros de que este sistema no acabe en realidad por violar aquellas leyes del libre mercado y de la competencia sobre las que los propios mercados financieros dicen regirse?

«Hoy, el precio del grano –escribe Baranes– o de cualquier otro producto está ligado solo parcialmente a la demanda (pedidos de pan y pasta) y a la oferta (producciones).

Factores de naturaleza especulativa influyen sobre el precio y están a disposición únicamente de poquísimos agentes financieros, violando las leyes del presupuesto de libre mercado y de la competencia. Los impactos acaban recayendo tanto sobre los productores como sobre los consumidores, que se encuentran al albur de los precios que varían independientemente de la marcha de la oferta y de la demanda. Los derivados son un ejemplo rampante de cómo el sistema financiero llega hoy incluso a obstaculizar y falsear los principios de la economía de mercado sobre los que se debería basar y a cuyo servicio debería estar».

Es lo que ha sucedido, por ejemplo, después de 2008, con la explosión de la crisis financiera. Enormes capitales han huido de los productos financieros tradicionales, como las acciones y las obligaciones, en busca de inversiones más seguras, como las del oro y otras materias primas. La repentina llegada de ingentes capitales ha aumentado la demanda y, por tanto, han aumentado también los precios. En un año, entre 2008 y 2009, el precio del grano y del maíz se ha duplicado en los mercados internacionales, para luego bajar notablemente y más tarde volver a subir, y no únicamente a causa de hechos «reales» (como, por ejemplo, el subidón de la demanda por parte de China). Obviamente las consecuencias de estos bruscos cambios de los mercados se hacen notar en la vida concreta de millones de personas, que no son las poquísimas que ganan fortunas apostando en pocas fracciones de segundos sobre el precio del grano, sino que son hombres y mujeres cuyas existencias son puestas en peligro por el hecho de que el grano y el maíz cuestan hoy el doble que ayer.

¿Nos podemos preguntar, solo preguntar, si esta hipertrofia de una finanza que se convierte a sí misma en un fin no es uno de los elementos verdaderamente críticos de la coyuntura actual? ¿Nos podemos preguntar si no sería deseable una intervención correctiva para evitar impactos devastadores sobre el sistema de la economía real y de la empresa? ¿Es lícito preguntarse si estos instrumentos deben adaptarse a las necesidades esenciales de los pueblos, o si son los pueblos los que tienen que adaptarse a las exigencias de los mercados financieros y de los capitales que persiguen horizontes de cortísimo alcance y la maximización del beneficio como fin en sí mismo? ¿Es tan inconveniente advertir cómo, con la recesión, se hace cada vez más arriesgado para los bancos prestar dinero a familias y empresas (y ante los ojos de todos está lo difícil que se ha hecho firmar un seguro), mientras que es mucho más sencillo y también más seguro invertir en los mercados financieros?

«Por una parte –escribe a continuación Baranes– se intensifica la falta de acceso al crédito, agudizando la recesión; por otra, cada vez más capitales afluyen a los mercados financieros alimentando la burbuja. Cuanto más aumenta la disgregación, más conveniente y aparentemente más seguro se hace seguir derivando capitales de la economía productiva a las finanzas. La burbuja se autoalimenta». ¿Es cierto? ¿Es falso?

Y, si hay un fondo de verdad, ¿por qué no se puede exigir una corrección del sistema?

No son secretos los datos que se refieren al continuo crecimiento de las finanzas especulativas. En junio de 2013 el diario económico italiano *Il Sole 24 Ore* titulaba: «Le banche tornano a fabbricare titoli “tossici”» (Los bancos siguen fabricando títulos tóxicos) y señalaba el artículo de Morya Longo que «los mercados financieros valen hoy casi 740 billones de dólares: casi 20 billones más que en 2007. Diez veces más que el PIB mundial. En resumen: el gigante de las finanzas especulativas, incontenible, está de vuelta. Es más, jamás se había ido. Aquel monstruo que en 2007 se merendó la economía real vuelve a rugir». Los grandes bancos de negocios están «volviendo a reunir los CDO sintéticos [...] por un motivo desolador: ya que son de alto riesgo y ofrecen buenos rendimientos, los inversores han vuelto a pedirlos [...]. Todo parece como en 2007».

El premio Nobel de Economía Paul Krugman ha escrito en un artículo publicado en el *New York Times* el 13 de junio de 2013: «Ciertamente, en estos días muchas grandes fortunas no provienen de la construcción de algo, sino únicamente de adivinar anticipadamente qué harán otros inversores dentro de unos días, o simplemente dentro de unos segundos».

Como se puede ver, existe el riesgo de que la misma especulación provoque aquellas oscilaciones del mercado de las que sacará tajada más adelante: cuantas más apuestas giren en torno a determinado título, un país concreto, o una empresa determinada, más riesgo de enloquecer corren los precios correspondientes. «Y, si los precios enloquecen – escribe Baranes –, las posibilidades de provecho a corto plazo aumentan. El aumento de las oscilaciones y de la inestabilidad volverá a traer a nuevos especuladores... El actual sistema financiero es intrínsecamente inestable».

Para dar mínimamente una idea de lo vasta que es hoy la *financiarización*, se puede recordar que el total de bienes y servicios importados y exportados en el mundo asciende a 20 billones de dólares al año, mientras que las transacciones entre divisas superaron los 4.000 millones de dólares diarios. Esto significa que circula más dinero en cinco días por los mercados financieros que en un año entero en la economía real.

Es para preguntarse: ¿la *financiarización* de la economía que ha llevado a la crisis es una degeneración del capitalismo, el resultado de comportamientos individuales incorrectos, de burbujas especulativas y de errores en las políticas estatales? ¿O bien nos encontramos ante una transformación del capitalismo en el momento en que la expansión de la producción de bienes ya no basta para sostener determinados beneficios?

El premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz afirmaba en 2010: «La economía global necesitaba que los consumos, en constante crecimiento, siguieran aumentando. Pero ¿cómo habría sido posible si la renta estaba en pleno estancamiento desde hacía años? Los americanos habían inventado una solución ingeniosa: coger dinero en préstamo y

consumir como si sus rentas estuviesen en crecimiento».

La crisis de los seguros «tóxicos» de 2008, con el continuo endeudamiento por parte de personas incapaces de devolver los préstamos podría ser, sin embargo, no la causa, sino el síntoma explosivo de un malestar más profundo, ligado a las desigualdades en la distribución de la riqueza. Robert B. Reich, ex secretario de Trabajo de los EE. UU., en su libro *Aftershock. Il futuro dell'economia dopo la crisi* (Fazi, 2011), afirma que «la causa principal de muchas de nuestras dificultades, tanto en Italia como en EE. UU., ha sido la creciente desigualdad en la distribución de rentas y riquezas. A lo largo de diversos decenios, en ambos países, han sido los ciudadanos más ricos los que más han disfrutado de los beneficios del crecimiento económico. Entre las economías avanzadas, Italia está en los niveles más altos en lo que se refiere a la desigualdad de las rentas, apenas un poco por detrás de EE. UU. y Gran Bretaña. La creciente desigualdad ha conseguido que la amplia clase media de nuestras naciones perdiera el poder adquisitivo necesario para sostener la demanda agregada y hacer funcionar la economía».

Frente a todo esto, ¿de verdad es tan exagerado que el Papa y parte de la Iglesia católica alerten sobre la idolatría del dinero? El ya citado documento del Pontificio Consejo Justicia y Paz, sobre la base de un acercamiento al problema «de tipo ético», consideraba oportuno reflexionar sobre la posibilidad de introducir «medidas de tasación de las transacciones financieras, mediante cuotas alícuotas justas, pero moduladas con cargas proporcionales a la complejidad de las operaciones, sobre todo, de las que se llevan a cabo en el mercado “secundario”. Esta tasación –se lee en el documento– sería muy útil para promover el desarrollo global y sostenible, de acuerdo con los principios de la justicia social y de la solidaridad, y podría contribuir a la formación de una reserva mundial, para sostener las economías de los países golpeados por la crisis, así como el resaneamiento de su sistema monetario y financiero».

El Pontificio Consejo juzgaba, además, oportuno reflexionar sobre posibles «formas de recapitalización de los bancos, incluso con fondos públicos, pero condicionando el apoyo a comportamientos “virtuosos” y destinados a desarrollar la economía real». Y auspiciaba también una «definición del ámbito de las actividades de crédito ordinario y de *investment banking*». Tal distinción permitiría una disciplina más eficaz de los «bancos en la sombra» carentes de controles y de limitaciones.

Así pues, ¿quién tiene la razón? ¿Samuel Gregg, director de investigación del Instituto Acton, cuando pide menos Estado y más sector privado para ayudar a los pobres? En una entrevista publicada el pasado agosto en el periódico digital *La Nuova Bussola Quotidiana*, Gregg afirmaba: «Se prefiere centrarse en el tema de la desigualdad o en el de la pobreza. Pero yo creo que las peores formas de desigualdad y de pobreza económica tienen su origen precisamente en la colisión entre el Estado y el mundo de los negocios. Para romper este nexo hace falta estimular la libre competencia, el libre

mercado y la actividad emprendedora y trasladar los incentivos del sector público al privado... Quizá nosotros, dentro de la Iglesia católica, no hemos prestado suficiente atención al fenómeno de la disminución de la pobreza y, sobre todo, a lo que la genera, que no es la intervención del Estado, sino la competencia y el mercado».

¿De verdad es esta la receta justa que, de manera más o menos amable, le es sugerida a la Iglesia católica, pidiéndole que se convierta definitivamente a este capitalismo y deje de lado algunas páginas incómodas de su doctrina social? ¿O, más bien, es no solo lícito sino también necesario ir haciendo que crezca una conciencia social compartida respecto a estos problemas, invitando a la clase política a que cumpla su función y recupere el papel que le corresponde en la tutela del bien común, especialmente, el de quien está en dificultad?

El lector nos perdonará esa incursión por algunas cuestiones específicas de economía y finanzas; pero, leyendo o releendo ciertas críticas que han sido hechas a las páginas sociales de la *Evangelii gaudium*, se tiene la sensación de que Francisco, el primer papa latinoamericano, al reproponer con eficacia la doctrina social de la Iglesia, haya acertado de pleno, haciendo sonar la alarma de cuantos temen que ciertas cuestiones tengan que volver a ser objeto de debate. Por lo demás, no hacía falta ciertamente el texto de la exhortación para encontrar en el magisterio ordinario del Papa Francisco alusiones y apuntes de este tipo. Así ocurrió, por ejemplo, el 16 de mayo de 2013, en el discurso del Papa a los embajadores de Kirguistán, Antigua y Barbuda, Luxemburgo y Bostwana. «Hemos creado nuevos ídolos. La adoración del viejo becerro de oro ha encontrado una nueva y despiadada imagen en el fetichismo del dinero y en la dictadura de una economía sin rostro ni finalidad realmente humanos. La crisis mundial que afecta a las finanzas y a la economía parece iluminar sus deformidades y sobre todo su carencia de perspectiva antropológica, que reduce al hombre a una sola de sus exigencias: el consumo. Y peor todavía, el ser humano hoy es considerado él mismo como un bien de consumo que se puede usar y tirar. Hemos comenzado la cultura del descarte. Esta deriva se detecta a escala individual y social, y ¡es favorecida!».

«En este contexto –proseguía el Papa Bergoglio– la solidaridad, que es el tesoro de los pobres, es considerada, a menudo, contraproducente, contraria a la racionalidad financiera y económica. Mientras la renta de una minoría aumenta de manera exponencial, la de la mayoría se debilita. Este desequilibrio proviene de ideologías que promueven la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera, negando así el derecho de control de los Estados que, sin embargo, tienen el encargo de favorecer el bien común».

Para Francisco, la autonomía total de los mercados es una forma de tiranía: «Se instaura una nueva tiranía invisible, a veces virtual, que unilateralmente y sin remedio posible impone sus leyes y sus reglas. Además, el endeudamiento y el crédito alejan a los

países de la economía real y a los ciudadanos de su real poder adquisitivo. A ello se añaden, sobre todo, una corrupción tentacular y una evasión fiscal egoísta que han alcanzado dimensiones mundiales. La voluntad de posesión y de dominio se ha hecho ilimitada».

Francisco concluía su argumentación auspiciando la realización de una «reforma financiera que sea ética y que produzca, a su vez, una reforma económica saludable para todos. Esta, sin embargo, requeriría un valiente cambio de actitud de los dirigentes políticos».

Otro ejemplo significativo y absolutamente claro en sus contenidos está en todo lo que el obispo de Roma dijo, el 20 de junio de 2013, al recibir en audiencia a los participantes en la trigésimo octava sesión de la FAO, la Organización de las Naciones Unidas para la alimentación y la agricultura: «La persona y la dignidad humana –interpeló– corren el riesgo de convertirse en una abstracción frente a cuestiones como el uso de la fuerza, de la guerra, la desnutrición, la marginación, la violencia, la violación de las libertades fundamentales o la especulación financiera, que en este momento condiciona el precio de los alimentos, tratándolos como a cualquier otra mercancía y olvidándose de su destino primario».

«Nuestra tarea –añadió Francisco– consiste en volver a proponer, en el actual contexto internacional, a la persona y la dignidad humana no como simples reclamos, sino como auténticos pilares sobre los que construir reglas compartidas y estructuras que, superando el pragmatismo o el mero dato técnico, sean capaces de eliminar las divisiones y de llenar los vacíos existentes».

Desde esta perspectiva y siguiendo esta dirección, concluía el Pontífice, «es necesario contrastar los miopes intereses económicos y las lógicas de poder de unos pocos que excluyen a la mayoría de la población mundial y generan pobreza y marginación con efectos disgregadores sobre la sociedad, del mismo modo que es necesario combatir la corrupción que produce privilegios para algunos e injusticias para todos los demás».

No hay que olvidar, por último, lo que a este propósito ha seguido a la *Evangelii gaudium*, como, por ejemplo, este pasaje del Mensaje para la Jornada mundial por la Paz, del 1 de enero de 2014, cuando Francisco hace notar: «Las graves crisis financieras y económica contemporáneas –que se derivan del progresivo alejamiento de Dios y del prójimo por parte del hombre, en la ávida búsqueda de riquezas materiales, por un lado, y en el empobrecimiento de las relaciones interpersonales y comunitarias, por otro– han impulsado a muchos a buscar la satisfacción, la felicidad y la seguridad en el consumo y en las ganancias más allá de toda lógica de una sana economía».

«La concatenación de las crisis económicas –observa finalmente el Papa Bergoglio– debe llevarnos a oportunas reflexiones sobre la necesidad de cambiar los modelos de

desarrollo económico y los estilos de vida. La crisis actual, a pesar de sus funestas consecuencias para la vida de las personas, puede ser también una ocasión propicia para recuperar las virtudes de la prudencia, de la templanza, de la justicia y de la fortaleza. Ellas nos pueden ayudar a superar los momentos difíciles y a redescubrir los vínculos fraternos que nos unen a los unos con los otros, en la serena y profunda confianza de que el hombre tiene la necesidad y es capaz de algo más que de la maximización del propio interés individual. Tales virtudes son necesarias, sobre todo, para construir y mantener una sociedad a medida de la dignidad humana».

7. LAS CRÍTICAS DE LOS TEOCON AMERICANOS... AL PAPA RATZINGER

*Esta acumulación de poder y de recursos,
nota casi característica de la economía contemporánea,
es el fruto natural de la limitada libertad
de los competidores, de la que han sobrevivido
solo los más poderosos, lo que con frecuencia
es tanto como decir los más violentos
y los más desprovistos de conciencia.*

Pío XI, *Quadragesimo anno*

Tras haber recogido algunas de las acusaciones más clamorosas contra el Papa Bergoglio, no sería correcto, sin embargo, olvidar un detalle importante: que críticas de los ambientes neocon y teocon del otro lado del océano ya las hubo también contra Benedicto XVI, no hace tantos años. El 20 de junio de 2009, el papa Ratzinger firmaba su tercera encíclica, *Caritas in veritate*, dedicada a cuestiones sociales: más de cien páginas de puesta al día de la *Populorum progressio* de Pablo VI y, sobre todo, de la *Centesimus annus* de Juan Pablo II. Desde 1991 a 2009 el mundo cambió y se sentía la necesidad de una nueva reflexión en este campo. La encíclica, cuya publicación había sido retrasada para permitir insertar en ella alguna reflexión sobre la crisis económico-financiera, se desarrolla en cien páginas que, en síntesis radical, piden que el desarrollo económico de los países se lleve a cabo siguiendo tres directrices inseparables entre sí: responsabilidad, solidaridad y subsidiariedad.

Además de un vasto consenso, había despuntado también alguna que otra crítica contra el texto ratzingeriano. En general, según algunos, ciertos argumentos eran presentados de manera ambivalente, sin tomar una posición clara. Por ejemplo y por lo que se refiere a la globalización, había quien subrayaba que es posible «advertir grandes problemas de injusticia en el desarrollo de los pueblos», pero también que «el desarrollo ha sido y sigue siendo un factor positivo que ha sacado de la miseria a millones de personas». Casualmente, argumentaciones semejantes a las que hoy se lanzan contra el sucesor de Benedicto.

Las críticas más duras le llegaban al papa Ratzinger por los párrafos en los que habla

del mercado y de la globalización. Y, significativamente, vienen de la «derecha», es decir, de aquellos que tienen una idea bien precisa y especialmente positiva sobre los mercados y la globalización. Los pasajes objeto de mayores críticas son los siguientes:

Escribe Benedicto XVI: «El mercado que se ha hecho global ha estimulado sobre todo, por parte de los países ricos, la búsqueda de áreas en las que deslocalizar las producciones de bajo coste (...). Consiguientemente, el mercado ha estimulado nuevas formas de competencia entre los Estados, con el fin de atraer centros productivos de empresas extranjeras, mediante diversos instrumentos, entre ellos una fiscalidad favorable y una desregulación del mundo del trabajo. Estos procesos han traído consigo la reducción de las redes de seguridad social». Y añade: «El conjunto de cambios sociales y económicos hace que las organizaciones sindicales experimenten mayores dificultades para desarrollar su tarea». Y, más adelante: «El contexto global en que se desarrolla el trabajo requiere también que las organizaciones sindicales nacionales (...) vuelvan su mirada asimismo hacia los no inscritos y, en particular, hacia los trabajadores de los países en vías de desarrollo».

Están también las palabras dedicadas al comercio exterior: «Hay que valorar seriamente el daño que la transferencia al exterior de capitales, con ventajas exclusivamente personales, puede producir a la propia nación», mientras, «no hay motivo para negar que un cierto capital puede hacer el bien, si es invertido en el extranjero más que en la patria».

El 5 de agosto de 2009, menos de un mes después de la promulgación de la encíclica, es el ya citado Michael Novak –junto al desaparecido Ricard John Neuhaus y a George Weigel, uno de los portaestandartes del catolicismo neoconservador norteamericano– quien hace pública su opinión en el diario italiano *Liberal*. Las ideas de Novak son bien conocidas. Desde hace años propone su «capitalismo democrático» como el sistema político y económico más compatible con el cristianismo y sobre todo con el catolicismo. Novak siempre se ha presentado ante el mundo católico como un adversario de la Teología de la Liberación, considerada de corte claramente marxista, tratando de convencer a los católicos de que acepten de cabo a rabo el «capitalismo de mercado», teoría que él ha considerado siempre que se puede identificar dentro de los textos papales, sobre todo de las encíclicas, pero sobrevolando sobre las condenas –no menos papales– de aquellos mecanismos de la deuda y monopolización con los que tienen que convivir diversos países en vías de desarrollo. No fue casual que, en un comentario a la encíclica de Juan Pablo II *Centesimus annus*, aparecido en «National Review», Novak escribiese que, «en el Concilio Vaticano II, Roma aceptó la idea americana de libertad religiosa y, en la *Centesimus annus*, Roma asimiló la idea americana de libertad económica».

Así que, en 2009, Novak toma la palabra para exponer sus pegas contra la encíclica

ratzingeriana. Y ya desde el título que *Liberal* pone a sus reflexiones se comprende lo que quiere decir y dónde y cómo quiere atacar su crítica: «Mucha *Caritas* y no tanta *Veritas*. La nueva encíclica de Benedicto XVI entre justas intuiciones e (involuntarias) omisiones».

Al principio, Novak es prudente. Se entiende que le gustaría atacar de manera más explícita el texto papal, pero en las primeras líneas se mantiene cauto. Luego, poco a poco, empieza a salir al descubierto. Escribe: «El trabajo de redacción [de la encíclica. N. del A.] resulta un tanto decadente». Y añade: «Por lo que a mí se refiere, prefiero la parte inicial de la *Caritas*». También porque «apoyar a un papa que habla de la caridad tan maravillosamente me llena de profunda satisfacción». Luego, llega el ataque a fondo: «Pero, con toda sinceridad, si sometiéramos cada párrafo de la *Caritas in Veritate* a la luz de las verdades empíricas que se derivan de los acontecimientos que han caracterizado la economía política desde 1967, descubriremos que tanto la *Caritas* como la *Veritas* no resultan estar tan presentes. En el caso concreto, los beneficios para los pobres aportados por la difusión de las iniciativas y de los mercados económicos (para algunos, el término *Capitalismo* resulta demasiado “desagradable”) deberían haber sido tenidos más en cuenta. Por ejemplo, en 1970, la esperanza de vida de los hombres y mujeres de Bangladesh estaba en torno a los 44,6 años, y en 2005 había subido hasta los 63 años. Pensad qué alegría y qué fuerza la de tal conquista para las familias. De manera semejante, la tasa de mortalidad infantil (los muertos cada mil recién nacidos) en Bangladesh era de 152, o sea, del 15,2 por ciento, mientras que en 2005 el promedio había bajado a solo 57,2 muertes, algo menos del seis por ciento; otra vez hay que considerar de cuántas penalidades se vieron liberados padres y madres y la inmensa alegría que brotó de todo ello. Ciertamente queda mucho por hacer si se quieren elevar los estándares de los bengalíes, pero los progresos registrados en los últimos treinta años no tienen precedentes en la historia mundial. Hay también muchas otras omisiones de hechos, insinuaciones discutibles y errores involuntarios a lo largo del texto de la encíclica. Todo defecto de *veritas* perjudica a la *caritas*. Este es el poderoso y maravilloso nexo de esta encíclica».

En resumen, el texto de Benedicto XVI, según el parecer del estudioso americano, habría sido demasiado reticente. No habría reconocido, con el debido énfasis y con el espacio necesario, la importancia del capitalismo en la promoción de los pobres.

Pero no es solo Novak quien se distancia de la encíclica social de Benedicto XVI. Uno de los principales biógrafos del papa Wojtyła –y también de Joseph Ratzinger–, el teólogo estadounidense George Weigel, había hecho lo mismo. El 7 de julio de 2009, Weigel firmó en *National Review* un artículo titulado «*Caritas in veritate* in Gold and Red». Según este consejero del Ethics and Public Policy Center, la *Caritas in veritate* es una «criatura híbrida» (la compara con un ornotorrico) ya que en ella se pueden

identificar y subrayar en «amarillo oro» los párrafos atribuibles al pensamiento auténtico de Benedicto XVI y se pueden subrayar «en rojo» las partes «incorrectas», las elaboradas por el Pontificio Consejo Justicia y Paz, que estarían contagiadas del incurable tercermundismo *naif* de impronta conciliar.

Weigel critica así el trabajo que, según él, fue realizado en la elaboración de la encíclica: «El Pontificio Consejo Justicia y Paz, que se cree el custodio curial de la llama de la auténtica enseñanza social católica, preparó un esquema, un borrador para pasárselo como es debido al papa Juan Pablo II, quien ya había tenido una fea experiencia con el pensamiento convencionalmente izquierdista y no muy original de la Comisión Justicia y Paz, durante la preparación de la encíclica social de 1987, *Sollicitudo rei socialis*. Juan Pablo II compartió la propuesta del proyecto con aquellos a los que creía merecedores de su confianza: un intelectual destacado, que había mantenido ya largos coloquios con el papa, le dijo que el proyecto era inaceptable, en cuanto que, sencillamente, no reflejaba cómo funcionaba la economía global del mundo tras la Guerra Fría. Así, Juan Pablo II superó el borrador de Justicia y Paz y creó una encíclica que era una conmemoración de la *Rerum novarum*. Porque la *Centesimus annus* no solo reasumía hábilmente la estructura intelectual de la doctrina social católica de León XIII, sino que proponía una sólida trayectoria para el ulterior desarrollo de este único cuerpo de pensamiento, subrayando la prioridad de la cultura en una sociedad triplemente libre (libertad económica, política democrática, vibrante cultura moral pública). Al subrayar la creatividad humana como fuente de riqueza para las naciones, *Centesimus annus* visualizaba también una lectura empíricamente mucho más aguda de los signos económicos de los tiempos que la que ofrecían las posiciones defectuosas de Justicia y Paz. Además, *Centesimus annus* descartaba la idea de una “tercera vía católica”, que en cierto modo estuviese “entre”, o “más allá”, o “sobre” el capitalismo y el socialismo –sueño preferido por católicos que van desde G. K. Chesterton a John A. Ryan e Ivan Ilich».

En suma, para Weigel, el papa Wojtyla había indicado definitivamente a la Iglesia católica que el sistema capitalista, tal como lo conocemos, era el mejor, el más adecuado, el más «católico». Y respecto a esta perspectiva y a esta (instrumental) lectura que debía sancionar la indisoluble alianza entre Iglesia y mercado liberalizador, la encíclica de Benedicto XVI parecía un paso atrás.

Así es como Weigel trata de desestructurar, en 2009, el texto magisterial, aislando lo que él considera que es el auténtico pensamiento de Ratzinger de las partes debidas a sus colaboradores del Pontificio Consejo Justicia y Paz.

Sostiene Weigel: «Están los pasajes que pueden ser subrayados en rojo, los fragmentos que reflejan las ideas y reflexiones de Justicia y Paz y que Benedicto creyó evidentemente que eran aceptables». Weigel explica que los textos sobre «gratuidad» y

«don» se inscribirían ciertamente bien en un contexto espiritual, pero menos bien en un contexto socioeconómico. Los textos sobre la autoridad política mundial podían estar justificados en tiempos de Juan XXIII; hoy lo estarían un poco menos.

Concluye Weigel: «Si tales madrigueras excavadas en el tronco intelectual e institucional de la mano del Consejo Pontificio Justicia y Paz permiten imaginar la *Caritas in veritate* como el planteamiento de la doctrina social de la Iglesia en un curso completamente nuevo, definido ya por la *Populorum progressio* (tal y como dijo un consultor de Justicia y Paz), sepan que deberán quedar desoídas sus expectativas. La incoherencia de las secciones de la nueva encíclica realizadas por Justicia y Paz es tan profunda, y el lenguaje, en algunos casos, tan impenetrable, que lo que los defensores de la *Populorum progressio* pueden imaginar parecido a un nuevo toque de trompeta se parece mucho más a un desentonado trino».

Así pues, dos destacados exponentes del catolicismo conservador norteamericano se habían distanciado abiertamente de la encíclica del papa Ratzinger, porque, si en la wojtyliana *Centesimus annus* el capitalismo se había dejado pasar, en cierto modo, «sin aduana», el documento de Benedicto XVI se mantiene más cauto; es más, ofrece nuevas críticas. Y esto resulta algo inaceptable para los dos intelectuales estadounidenses. Probablemente no se esperaban un texto de este tipo, y sobre todo no se lo esperaban del papa Ratzinger. De ahí, pues, el intento de atribuir la encíclica a una especie de complot del Pontificio Consejo Justicia y Paz, dirigido en aquel momento por el cardenal Renato Rafael Martino: «La venganza de Justicia y Paz», un complot, a decir verdad, muy por demostrar.

Hoy ya nadie recuerda estas críticas a Benedicto XVI, en el momento en que el papa alemán se había atrevido a salir del esquema preconstituido y del proyecto orgánico de lectura de su propio pontificado que los ambientes ratzingerianos habían construido. Hoy, de hecho, está mucho más en boga la contraposición instrumental entre el papa Ratzinger y su sucesor: una contraposición basada no tanto sobre elementos de discontinuidad – siempre naturalmente presentes entre un pontificado y otro– cuanto como más bien sobre la intolerancia que ciertos ambientes, incluso dentro del mundo católico, manifiestan respecto al testimonio y al magisterio de Francisco.

Por volver a las críticas contra la encíclica social ratzingeriana, algunos meses después de las que habían llegado por parte de los intelectuales del otro lado del océano, llegó la respuesta precisamente del cardenal Martino, uno de los principales sospechosos para Novak y Weigel: «Las críticas expresadas desde algunos ambientes norteamericanos a la encíclica de Benedicto XVI no me sorprenden gran cosa... La Iglesia, como deja bien claro el *Compendio de la Doctrina Social*, no olvida y no puede olvidar que los progresos científicos y tecnológicos, así como la mundialización de los mercados, que pueden ser fuente de desarrollo y de progreso, exponen, sin embargo, a los trabajadores

al riesgo de ser explotados por los engranajes de la economía y de la búsqueda desenfrenada de productividad. La Iglesia no olvida y no puede olvidar que el mismo derecho a la propiedad privada está subordinado al principio del destino universal de los bienes; un principio, este, que se refiere también a los bienes propios del mundo financiero, técnico, intelectual, personal. Los mecanismos del sistema económico deben estar al servicio del hombre, no al servicio del beneficio ilícito ni de la especulación. Me parece que las críticas provenientes de determinados ambientes estadounidenses terminan por transparentar la voluntad de querer hacer decir al papa lo que esos ambientes querrían que dijera, en apoyo de sus legítimas posiciones, olvidando o censurando lo que afirma el magisterio de la Iglesia que no está en línea con las citadas posiciones, por ejemplo, sobre la globalización, sobre el mercado o sobre la defensa y salvaguarda de lo creado».

Estos párrafos dedicados a la encíclica *Caritas in veritate* del papa Ratzinger demuestran lo constante que es el intento de hacer decir a la Iglesia católica lo que se quisiera que dijese, haciendo que bendiga sistemas económicos y visiones del mundo. Frente a todo lo sucedido en 2009, ¿cómo es posible asombrarse de las puyas lanzadas contra Francisco, que, al contrario que su predecesor, tiene el «agravante» –a los ojos de ciertos *think tanks* del capitalismo– de provenir de la América Latina y de hablar con frecuencia de los pobres?

8. ¿UN BIENESTAR CON EL QUE HAY QUE TERMINAR?

*El bien común exige el bienestar social...
El desarrollo es el resumen de todos los deberes sociales.
Ciertamente corresponde a la autoridad decidir,
en nombre del bien común,
entre los diversos intereses particulares;
pero debe facilitar a cada uno lo que necesita
para llevar una vida verdaderamente humana:
alimento, vestido, salud, trabajo, educación y cultura,
información adecuada, derecho a fundar una familia, etc.*

Catecismo de la Iglesia católica, n.1908

«El Estado social de Derecho no debe ser desmantelado, ni tampoco, especialmente, el derecho fundamental al trabajo». En su discurso a los participantes en la asamblea plenaria del Pontificio Consejo Justicia y Paz, presididos por el cardenal Peter Turkson, y recibidos en la sala Clementina del palacio apostólico, el 2 de octubre de 2014, Francisco ofreció un retazo de su Evangelio social. «El Estado social es un bien fundamental en relación con la dignidad, a la formación de una familia, a la realización del bien común y de la paz» y, para el Pontífice, «no puede ser considerado una variable dependiente de los mercados financieros y monetarios».

El Papa recordó que la Plenaria del Pontificio Consejo «coincide con el quinto aniversario de la promulgación de la encíclica *Caritas in veritate*, un documento fundamental para la evangelización de lo social, que ofrece valiosas indicaciones para la presencia de los católicos en la sociedad, en las instituciones, en la economía, en la finanza y en la política». La *Caritas in veritate*, explicó Francisco, «ha llamado la atención sobre los beneficios pero también sobre los peligros de la globalización, cuando no está orientada al bien de los pueblos. Si la globalización ha acrecentado notablemente la riqueza acumulada del conjunto y de muchos Estados particulares, también ha abierto más la brecha entre los diversos grupos sociales, creando desigualdades y nuevas pobrezas incluso en los mismos países considerados más ricos».

«Uno de los aspectos del sistema económico actual –prosiguió el Pontífice– es el aprovechamiento del desequilibrio internacional en los costes del trabajo, que se apoya sobre millones y millones de personas que viven con menos de dos dólares diarios. Tal desequilibrio no solo no respeta la dignidad de aquellos que sirven de mano de obra

barata, sino que destruye fuentes de trabajo en aquellas regiones en las que es especialmente protegido. Se plantea aquí el problema de crear mecanismos de defensa de los derechos del trabajo, así como del medio ambiente, ante la presencia de una ideología consumista que no demuestra la menor responsabilidad en relación con la ciudad y con lo creado». El bienestar y la tutela del trabajo no son variables a abolir en tiempos de crisis, como a menudo se oye auspiciar en ciertos ambientes del capitalismo financiero.

«El crecimiento de las desigualdades y de la pobreza –añadía el Papa Bergoglio– ponen en peligro la democracia inclusiva y participativa, que presupone siempre una economía y un mercado que no sean excluyentes, sino justos. Se trata, pues, de vencer y dominar las causas estructurales de las desigualdades y de la pobreza». Francisco recordó luego los «tres instrumentos fundamentales para la inclusión social de los más necesitados», a saber, la instrucción, el acceso a la asistencia sanitaria y el trabajo para todos.

«En otras palabras –añadió el Papa–, ni el Estado social de Derecho debe ser desmantelado ni, especialmente, el fundamental derecho al trabajo. Este no puede ser considerado una variable dependiente de los mercados financieros y monetarios, sino que es un bien básico que afecta a la dignidad, a la formación de una familia, a la realización del bien común y de la paz. La educación y el trabajo, el acceso de todos al bienestar son elementos clave tanto para el desarrollo y la justa distribución de los bienes como para el logro de la justicia social, para pertenecer a la sociedad y para participar libre y responsablemente en la vida política».

Francisco hizo notar a continuación, en su discurso al Pontificio Consejo Justicia y Paz: «Las visiones que pretenden aumentar la rentabilidad a costa de la restricción del mercado de trabajo que crea nuevos excluidos no son compatibles con una economía al servicio del hombre y del bien común, ni con una democracia inclusiva y participativa».

El Papa ha afrontado después el tema de los «desequilibrios que perduran entre sectores económicos, entre remuneraciones, entre bancos comerciales y bancos de especulación, entre instituciones y problemas globales» afirmando que «es necesario mantener viva la preocupación por los pobres y por la justicia social. Esta exige, por una parte, profundas “reformas” que prevean la redistribución de la riqueza producida y la universalización de los mercados libres al servicio de las familias, y, por otra, la redistribución de la soberanía, tanto a escala nacional como internacional».

Finalmente, el Papa Bergoglio recordaba que la *Caritas in veritate* pide «mirar la actual cuestión social como una cuestión ambiental. Ha subrayado de manera particular el nexo entre ecología ambiental y ecología humana, entre la primera y la ética de la vida».

«El principio de la *Caritas in veritate* es de profunda actualidad. Un amor lleno de verdad es, efectivamente, la base sobre la que construir aquella paz que hoy es

especialmente deseada y necesaria para el bien de todos. Permite superar fanatismos peligrosos, conflictos por la posesión de los recursos, migraciones de dimensiones bíblicas, las plagas permanentes del hambre y de la pobreza, la trata de personas, injusticias y disparidades sociales y económicas, desequilibrios en el acceso a los bienes comunitarios».

Palabras clarísimas, que no permiten interpretaciones equívocas. El obispo Mario Toso, secretario del Pontificio Consejo Justicia y Paz, aclara la propuesta lanzada por Francisco en la *Evangelii gaudium* a favor de «una economía cada vez más inclusiva». «La globalización –observa Toso– ha puesto en marcha un proceso de convergencia de las rentas medias de los países más pobres hacia los países más ricos, pero, al mismo tiempo, ha incrementado las desigualdades entre los diversos sectores de la población mundial. Los dos fenómenos son hijos de la misma revolución, o sea, de un mercado que se globaliza aumentando las diferencias de rendimiento de la escolarización y sometiendo a fuerte competencia a los trabajadores con rentas bajas respecto a los trabajadores de países con rentas altas. Se está viviendo así una transición larga, prometedora, si bien problemática y compleja, que se espera que lleve del “viejo mundo”, segmentado en los confines nacionales, a “un mundo nuevo” poblado por una única familia humana. Y, así, el problema económico, del que tradicionalmente se han venido ocupando los economistas, es solamente una de las dimensiones del problema actual: es necesario asegurar efectivamente que la creación de valor económico sea sostenible a nivel ambiental», considera Toso.

Hay, pues, además de la «dimensión económica, también una dimensión ambiental». La exigencia planteada por Francisco es que «no se produzcan dramáticas crisis financieras y que no se repita una desalineación entre el producto interior bruto y el bienestar». «La exhortación apostólica *Evangelii gaudium* –reitera Toso– ofrece perspectivas verdaderamente estimulantes, pero que deben ser objeto de una mayor profundización y traducirse en proyectos económicos, ya que han surgido interpretaciones torticeras que han llegado a acusar al Pontífice de marxismo». Hay que explicar que «la propuesta de una economía cada vez más inclusiva no implica la renuncia a la economía de mercado, sino más bien su valorización, el reconocimiento de sus aspectos positivos (...). La *economía que mata*, a la que alude Francisco –y, por desgracia ha habido muchos empresarios y trabajadores despedidos que se han suicidado–, no es toda la economía, sino aquella que idolatra el dinero, aquella que considera el trabajo como una variable dependiente de los mecanismos financieros y monetarios».

Andrea Riccardi, fundador de la Comunidad de san Egidio e historiador de la Edad Moderna y Contemporánea, está convencido de que el Papa Bergoglio apunta a «encender, a través de la predicación, la mecha del cambio de los estilos de vida y de

consumo». Así pues, «combate la cultura del descarte y del despilfarro; cuando era obispo de Buenos Aires y ahora que lo es de Roma». Para Francisco, «los pobres son el corazón del cristianismo y no un apéndice del Evangelio». Significativamente, en el Ángelus del domingo 5 de agosto de 2014, el Papa afirmó que mirar hacia otro lado y notar la molestia de los pobres significa «seguir la lógica del mundo».

«El de Francisco es un Evangelio evangélico, no social. A menudo, en la historia bimilenaria de la Iglesia los pobres y la cuestión social han sido considerados como apéndices del cristianismo –explica el profesor Riccardi–. Por el contrario, el Papa Bergoglio reafirma que los pobres están en el corazón del cristianismo y, en consecuencia, mirar hacia otro lado es como renunciar al corazón. Para él, mirar a los pobres no es exclusivista, sino más bien la premisa de una mirada universal. Es algo que hay que empezar a entender. No solo la guerra es la madre de tantas pobreza, sino que el hambre y la pobreza son madres de la guerra y de la violencia».

He aquí una opción teológica de fondo. «En los pobres, Francisco ve la presencia de Jesús –mantiene Riccardi–. Para desarrollar su misión, el Papa Bergoglio parte de los pobres de manera muy concreta y no ideológica, y, al hacerlo así, sacude el sistema económico, político y social con fuerza profética. En la tormenta de la crisis argentina jamás vivió la tentación ideológica del marxismo revolucionario. Pero, al mismo tiempo, Jorge Mario Bergoglio jamás se escondió bajo el ala de aquella Iglesia que en Argentina justificaba las desigualdades y la explotación. Francisco coloca a la Iglesia de Roma, sensible y misericordiosa, en las fronteras del malestar».

Por lo demás, «antes incluso de ser obispo, Bergoglio ya era muy sensible a los pobres», evidencia el fundador de la Comunidad de san Egidio. «Eso proviene de la centralidad del mensaje evangélico en su vida. De hecho, en el Evangelio tienen un sitio de especial relevancia los pobres, los hambrientos», puntualiza Riccardi. «La clave para entender a Francisco es la primacía de lo humano sobre lo económico. Siempre ha juzgado al capitalismo por sus frutos y es a esta falta de prejuicios a lo que Bergoglio debe su no ser ideológico. A través de la predicación le gustaría iniciar un movimiento contra la cultura consumista del despilfarro. En resumen, como ha titulado su libro el padre Joseph Wresinski, los pobres son la Iglesia».

De este modo, «Francisco manifiesta a una opinión pública mundial, a menudo distraída, cómo la lucha contra la pobreza y contra el hambre es un hecho decisivo y una realidad con la que hay que medirse constantemente. No se trata solamente de una emergencia, sino, desgraciadamente, de una dramática constante en la historia de nuestro tiempo».

9. UNA CREACIÓN QUE CUSTODIAR

*Herederos de las generaciones precedentes
y beneficiarios del trabajo de nuestros contemporáneos,
tenemos obligaciones con todos
y no podemos desinteresarnos de quienes vendrán
detrás de nosotros a engrandecer el círculo
de la familia humana.*

PABLO VI, *Populorum progressio*

Para el primer papa que ha elegido el nombre del *Poverello* de Asís, la defensa de todo lo creado es una prioridad. El 5 de junio de 2013, con ocasión de la Jornada Mundial del Medio Ambiente, acontecimiento promovido por las Naciones Unidas, abordó, en la audiencia general, el tema de la salvaguarda ambiental. «Mi pensamiento va a las primeras páginas de la Biblia, al Libro del *Génesis* donde se afirma que Dios puso al hombre y a la mujer sobre la tierra para que la cultivasen y guardasen», afirma el Pontífice. «Y me surgen las preguntas: ¿qué quiere decir cultivar y guardar la Tierra? ¿De verdad que nosotros estamos cultivando y cuidando todo lo creado? ¿O más bien lo estamos explotando y olvidando? El verbo “cultivar” reclama mi mente al cuidado que el agricultor tiene por sus tierras para que den fruto y este pueda ser compartido: ¡cuánto cuidado, pasión y dedicación! Cultivar y cuidar lo creado es una indicación que Dios da no solo al comienzo de la historia, sino a cada uno de nosotros; es parte de su proyecto; quiere decir hacer crecer el mundo con responsabilidad, transformarlo para que sea un jardín, un lugar habitable para todos».

Francisco citó a su predecesor Benedicto XVI y recordó que él hizo muchas veces un llamamiento a todos para realizar «esta tarea que nos fue confiada por Dios nuestro Creador», y que requiere «entender el ritmo y la lógica de la creación». En cambio, «nosotros –añadió el Papa Bergoglio– nos movemos guiados a menudo por la soberbia del dominar, del poseer, del manipular, del explotar; no, no cuidamos la Tierra, no la respetamos, no la consideramos como un regalo gratuito del que preocuparse: estamos perdiendo el sentido del estupor, de la contemplación admirada, de la escucha de la Creación y así no logramos ya leer en ella eso que Benedicto XVI llama “el ritmo de la historia de amor de Dios al hombre”».

«¿Por qué pasa esto? –se pregunta el Papa–. Porque pensamos y vivimos horizontalmente, nos hemos alejado de Dios, no leemos sus signos». Francisco ha explicado que «cuidar» no comprende únicamente la relación nuestra con el medio ambiente, entre el hombre y lo creado, sino que tiene que ver también con las relaciones

humanas. Los papas han hablado de la ecología humana, estrechamente vinculada a la ecología ambiental. Vivimos un momento de crisis; lo vemos en el medio ambiente, pero sobre todo lo vemos en el hombre. «La persona humana está en peligro, ciertamente, ¡el ser humano está hoy en peligro! ¡He aquí la urgencia de la ecología humana!».

«Y el peligro es grave –ha añadido el Pontífice en sus palabras– porque la causa del problema no es superficial, sino profunda; no es solo una cuestión económica, sino ética y también antropológica. La Iglesia lo ha subrayado muchas veces; y muchos dicen: “sí es justo, es verdad”... pero el sistema continúa igual que antes, porque lo que domina son las dinámicas de una economía y de una finanza carentes de ética».

Luego, improvisando, Francisco añadió: «¡Quien manda hoy no es el hombre, es el dinero; Dios, nuestro Padre, confió el cuidado de la Tierra no al dinero, sino a nosotros, los hombres y las mujeres! ¡Nosotros somos los que tenemos esta responsabilidad!».

«Y así –prosiguió– hombres y mujeres son sacrificados a los ídolos del beneficio y del consumo: es la cultura del “descarte”. Si se estropea un ordenador, es una tragedia, pero la pobreza, las necesidades, los dramas de tantas personas acaban por entrar en los límites de la normalidad...». Por eso: «Si una noche de invierno, aquí, en la plaza Ottaviano, por ejemplo, muere una persona, no es noticia. Si en tantas partes del mundo miles de niños mueren de hambre no es noticia. ¡Parece algo normal! ¡Esto no puede ser! Estas cosas no pueden entrar en la normalidad: que algunas personas sin hogar mueran de frío en la calle... no es noticia. Por el contrario, una bajada de diez puntos en la Bolsa, por ejemplo, constituye una tragedia en muchas ciudades. ¡Que se muera alguien, no, pero lo de la Bolsa es una tragedia...! Así son “descartadas” las personas hoy. Nosotros, las personas, somos “descartados”, como si fuéramos basura...».

Esta «cultura del descarte», advierte Bergoglio, «tiende a convertirse en mentalidad común, que contagia a todos. La vida humana, la persona no son considerados ya valores primarios que hay que respetar y defender... Esta cultura del descarte nos ha hecho insensibles también a los despilfarros y a los abusos alimentarios, que son tanto más lamentables hoy en cuanto que en todas partes muchas personas y familias sufren desgraciadamente hambre y desnutrición. Hubo un tiempo en el que nuestros abuelos estaban muy atentos a no tirar nada de lo que sobraba en la mesa. El consumismo nos ha acostumbrado a lo superfluo y al despilfarro diario de alimentos, a los que tal vez ya ni somos capaces de darles el valor que tienen, que va mucho más allá de los meros parámetros económicos».

Francisco recordó, después, que «el alimento que se tira es como si fuera robado de la mesa de quien es pobre, de quien tiene hambre. Invito a todos a reflexionar sobre el problema de la pérdida y del despilfarro de alimentos para buscar caminos y modos que, afrontando con seriedad esta problemática, sean vehículo de solidaridad y participación con los más necesitados». «Hace pocos días, en la fiesta del Corpus –subrayó el

Pontífice— leímos el relato del milagro de la multiplicación de los panes y los peces: Jesús da de comer a la multitud con cinco panes y dos peces. Y la conclusión del pasaje evangélico es bien elocuente: “Todos comieron hasta saciarse y se recogieron doce cestos de lo sobrante”. Jesús pide a sus discípulos que nada se pierda, nada de descartes. Y ahí está el dato de los doce cestos: ¿por qué doce? ¿Qué significa? Doce era el número de las tribus de Israel, lo que, simbólicamente, representa a todo el pueblo, a todo el mundo. Y esto nos dice que, cuando el alimento es compartido de manera equitativa, con solidaridad, nadie es privado de lo indispensable, cada comunidad puede hacer frente a las urgencias de los necesitados».

«Por eso —explicó el Papa Bergoglio— ecología humana y ecología ambiental van de la mano. Me gustaría, pues, que todos nos tomásemos muy en serio el compromiso de respetar y cuidar de lo creado, de estar muy atentos a toda persona, de contrarrestar la cultura del descarte y del despilfarro promoviendo una cultura de la solidaridad y del encuentro».

El 13 de enero de 2014, en su primer discurso a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, les dijo, en la Sala regia del Palacio apostólico, que «hay que respetar la naturaleza, porque, cuando es maltratada, no perdona. La ávida explotación de los recursos ambientales, concluyó, representa una herida en la paz del mundo».

Recordando a las víctimas del tifón Hayan, que sacudió Filipinas en noviembre de 2013 y causó más de cinco mil víctimas, el Pontífice quiso señalar la cuestión de la tutela del ambiente como defensa de lo creado: «Hemos tenido ante nuestros ojos los efectos devastadores de algunas catástrofes naturales y apelo a la responsabilidad de todos y cada uno, para que se promuevan políticas respetuosas de nuestra Tierra, que es la casa de todos». Y recordó: «Porque Dios perdona siempre, nosotros perdonamos a veces, pero, cuando es maltratada, la naturaleza no perdona jamás». El domingo, 9 de febrero de 2014, Francisco volvió a señalar el mismo problema con palabras motivadas por la oleada de mal tiempo que sacudió diversas áreas del planeta. El Papa rezó por «cuantos están sufriendo los daños y consecuencias de calamidades naturales, en diversos países» e hizo notar que «la naturaleza nos desafía a ser solidarios y estar bien atentos a cuidar de lo creado, para prevenir también, dentro de lo posible, consecuencias más graves».

Por lo demás, la atención a lo creado había sido expresada ya por el Papa en la misa de comienzo de su pontificado, el 19 de marzo de 2013, cuando exhortó no solo a los cristianos, sino a todos los hombres y mujeres «a custodiar la creación entera, la belleza de todo lo creado», y a tener «respeto a toda criatura de Dios y al medio ambiente en el que vivimos». Más adelante, el 21 de mayo de 2014, durante una audiencia general, Francisco reiteró su grito de alarma: «Tenemos que salvaguardar el medio ambiente o la naturaleza nos destruirá». Y lanzó esta fuerte admonición: «El hombre debe cuidar y

salvaguardar el medio ambiente, o será la misma naturaleza la que lo destruirá y aniquilará».

El Papa recordó la responsabilidad del hombre cuando afirmó que es «el don de ciencia del Espíritu Santo el que nos ayuda a no caer en algunas actitudes excesivas o equivocadas respecto a lo creado» y que «el primero de estos errores lo constituye el peligro de que nos consideremos dueños de lo creado: no es una propiedad de la que podamos adueñarnos a nuestro capricho, tanto menos una propiedad solo de unos pocos, sino que es un regalo que Dios nos ha hecho para que lo cuidemos y lo utilicemos en beneficio de todos, siempre con todo respeto y gratitud». El Papa exhortó a los fieles a «cuidar de lo creado, no a adueñarse de ello. Somos los custodios de la creación, pero, cuando lo explotamos abusivamente, destruimos también el signo del amor de Dios: es como decirle que lo que has creado no me gusta, que lo único que me gusta soy yo mismo. ¡He aquí el pecado! La custodia de lo creado es el cuidado del don de Dios que jamás hay que destruir. No lo olvidéis».

El Papa Francisco está trabajando en una encíclica dedicada a la tutela de lo creado, al desarrollo y a las consecuencias sobre los pobres del abuso salvaje de la Tierra. Merece la pena recordar cómo esta cuestión estuvo presente también en diversas intervenciones de Benedicto XVI. En particular, en la encíclica *Caritas in veritate*, en cuya segunda parte del capítulo cuarto es abordado el tema en los párrafos 48-52. «El tema del desarrollo está hoy fuertemente vinculado también a los deberes que nacen de la relación del hombre con el medio ambiente natural», escribe el papa Ratzinger, y recuerda: «La naturaleza es expresión de un designio de amor y de verdad» y, por tanto, «es también una vocación». Benedicto cita «las cuestiones que tienen que ver con el cuidado y salvaguardia del medio ambiente», que «hoy deben tener en la debida consideración las problemáticas energéticas». Recuerda que «el acaparamiento de recursos naturales, que en muchos casos se encuentran en países pobres, genera explotación y frecuentes conflictos entre las naciones y dentro de ellas».

Luego hace presente que «al hombre le es lícito ejercer un gobierno responsable de la naturaleza para cuidarla, sacarle adecuado provecho y cultivarla también con nuevas formas y tecnologías avanzadas, de modo que pueda acoger dignamente y nutrir a la población que habita en ella. Hay sitio para todos en esta Tierra».

Será, pues, necesario «reforzar una alianza tal entre el ser humano y el medio ambiente que sea espejo y reflejo del amor creador de Dios». También aquí, como en las intervenciones de su sucesor Francisco, emerge el anclaje bíblico de la mirada de la Iglesia católica sobre este tema. «Los modos de tratar el medio ambiente», recuerda Ratzinger en la encíclica, «influyen sobre los modos de tratarse a sí mismo y viceversa».

10. «TIERRA, CASA Y TRABAJO»

*Una vez que las artes mecánicas
y las industrias del hombre han penetrado
y se han difundido con tanta rapidez
en innumerables regiones, tanto en las tierras
que se dicen nuevas, cuanto en los reinos
del lejano Oriente famosos desde siempre
por su antiquísima civilización,
ha crecido desmesuradamente la multitud
de proletarios necesitados, y sus gemidos
claman a Dios desde la tierra.
Añádase a ello el inmenso ejército de braceros del campo,
reducidos a una ínfima condición de vida
y privados de la esperanza de conseguir jamás
un pedazo de suelo.*

Pío XI, *Quadragesimo anno*

El 28 de octubre de 2014, el Papa Francisco acogió, en el aula vieja del Sínodo, a más de doscientos participantes en el Encuentro organizado en Roma por el Pontificio Consejo Justicia y Paz. Explicó que no se afronta «con promesas ilusorias» la indigencia a la que se han visto reducidas tantas personas en todo el mundo, campesinos, trabajadores precarios y emigrantes, cartoneros y ambulantes, sino que es necesario «luchar contra las causas estructurales de la pobreza». Merece la pena recorrer este discurso, articulado y personal, que Jorge Mario Bergoglio pronunció en español, anunciando que en la encíclica sobre ecología, que está escribiendo, estarán presentes las «preocupaciones» de los movimientos populares.

Este encuentro en el Vaticano es «una señal, un gran signo: habéis venido a poner en presencia de Dios, de la Iglesia, de los pueblos, una realidad muchas veces silenciada. Los pobres no solo sufren la injusticia, sino que ¡también luchan contra ella!».

Francisco añadió que los pobres «no se contentan con promesas ilusorias, excusas ni coartadas. Tampoco están esperando con los brazos abiertos consentidamente la ayuda de las ONG, planes asistenciales o soluciones que nunca acaban de llegar, o que, cuando llegan, lo hacen de manera dirigida a anestesiarse o a domesticarse, lo que es bastante peligroso». «Los pobres –dijo el Papa– no quieren esperar más, quieren ser protagonistas de su vida; se organizan, estudian, trabajan, exigen y, sobre todo, practican esa solidaridad tan especial que existe entre los que sufren, entre los marginados, y que

nuestra civilización parece haber olvidado, o al menos parece tener muchas ganas de olvidar».

«Solidaridad es una palabra que no siempre gusta: diría que algunas veces la hemos transformado en una palabra fea, que no se puede decir; pero una palabra que es mucho más que algunos actos esporádicos de generosidad. Es pensar y actuar en términos y con sentido de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos». «Es también luchar –dijo Francisco– contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, la tierra y la casa, la negación de los derechos sociales y laborales. Es hacer frente a los efectos destructivos del imperio del dinero: los éxodos forzados, las emigraciones dolorosas, la trata de personas, la droga, la guerra, la violencia y todas esas realidades que muchos de vosotros soportáis y que todos estamos llamados a cambiar. La solidaridad, entendida en su sentido más profundo, es una manera de hacer la Historia y esto es lo que hacen los movimientos populares».

El Pontífice subrayó cómo el encuentro con los movimientos populares no respondía a «ideología» alguna. «Vosotros no trabajáis con las ideas, trabajáis con realidades como las que he citado y muchas otras que me habéis contado. Tenéis los pies en el fango y las manos, en la carne. ¡Oléis a barrio, a pueblo, a lucha! Queremos que se escuche vuestra voz que, generalmente, se escucha poco. Tal vez porque molesta, acaso porque vuestro grito fastidia, quizá porque se tiene miedo del cambio que vosotros exigís; pero sin vuestra presencia, sin salir realmente a las periferias, los buenos propósitos y proyectos que a menudo escuchamos en las conferencias internacionales se quedan en el reino de la idea».

Así que no se puede afrontar el escándalo de la pobreza promoviendo estrategias de contención que únicamente «tranquilizan y transforman a los pobres en seres adormecidos e inofensivos». Francisco ha hecho notar que «es muy triste ver que, tras presuntas obras de altruismo, se reduce al otro a la pasividad, se le niega y, lo que es peor todavía, se esconden intereses y ambiciones personales que Jesús definiría como hipócritas».

El Papa valoró, en cambio, el movimiento de los pueblos y de sus miembros más pobres y de los jóvenes, auspiciando que «los vientos de promesa» se transformen en «huracanes de esperanza», y recordó cómo el anhelo de justicia social y de superación de eso que la *Evangelii gaudium* llama «inequidad» «debería estar al alcance de todos, pero hoy lo vemos cada vez más lejos de la mayoría de la gente: tierra, casa y trabajo». «Es extraño –observó Francisco– pero, cuando hablo de esto, para algunos el Papa es comunista. No se comprende que el amor a los pobres está en el centro del Evangelio. Tierra, casa y trabajo, eso por lo que vosotros lucháis, son derechos sagrados. Exigir eso no es de ningún modo extraño, es la doctrina social de la Iglesia».

«Tierra» fue una de las consignas del Encuentro. «Al comienzo de la Creación», afirmó el Papa Bergoglio, «Dios creó al hombre custodio de su obra, confiándole el encargo de cultivarla y protegerla. Veo que aquí hay decenas de campesinos y campesinas y quiero felicitarles porque ellos cuidan de la tierra, la cultivan y lo hacen en comunidad. Me preocupa el desarraigo de tantos hermanos campesinos que sufren por serlo y no por guerras o desastres naturales. El acaparamiento de tierras, la deforestación, la apropiación del agua, los pesticidas inadecuados son algunos de los males que arrancan al hombre de su tierra natal. Esta dolorosa separación no es solo física, sino también existencial y espiritual, porque existe una relación con la tierra que está llevando a la comunidad rural y a su peculiar estilo de vivir a una evidente decadencia e incluso al peligro de extinción».

El Papa pasó a hablar, luego, del problema del hambre. «La otra dimensión de este proceso, ya global, es el hambre. Cuando la especulación financiera condiciona el precio de los alimentos tratándoles como si fuesen una mercancía cualquiera, millones de personas sufren y mueren de hambre. Por otra parte, se desechan toneladas de alimentos, lo que constituye un verdadero escándalo. El hambre es criminal, la alimentación es un derecho inalienable. Sé que algunos de vosotros pedís una reforma agraria para resolver algunos de estos problemas y dejadme decir que, en ciertos países, y aquí cito el *Compendio de doctrina social de la Iglesia*, la reforma agraria se convierte, por tanto, en una obligación moral, además de ser una necesidad política».

Una segunda consigna es «casa». Francisco pidió «una casa para cada familia». «No hay que olvidar nunca que Jesús nació en un establo porque no había sitio para él en la posada, y que su familia tuvo que abandonar la propia casa y huir a Egipto, perseguida por Herodes. Hoy hay tantas familias sin casa, o porque nunca la han tenido o porque la han perdido por diversos motivos. Familia y casa van unidas. Pero un techo, para que sea un hogar, debe tener también una dimensión comunitaria: el barrio y es precisamente en el barrio donde empieza a construirse esa gran familia de la Humanidad, a partir de lo que es más inmediato, de la convivencia con los vecinos. Hoy vivimos en inmensas ciudades que aparecen como muy modernas, orgullosas y hasta vanidosas; ciudades que ofrecen innumerables placeres y bienestar para una minoría feliz, pero en las que se niega una casa a miles de nuestros vecinos y hermanos, incluso niños, y se les llama, elegantemente, “personas sin residencia fija”. Es curioso lo que abundan los eufemismos en el mundo de las injusticias. No se dicen las palabras con precisión y se busca la realidad en el eufemismo. Una persona, una persona segregada, una persona arrinconada, una persona que está sufriendo a causa de la miseria, del hambre, es una persona sin residencia fija; ¡qué elegancia de expresión, ¿no...?! En algún caso podría equivocarme, pero, en general, detrás de cada eufemismo hay un delito».

El Papa siguió recordando lo que pasa en las grandes metrópolis: «Vivimos en

ciudades que construyen torres, centros comerciales, hacen negocios inmobiliarios pero abandonan a una parte de los suyos en periferias, a los márgenes de las ciudades. ¡Qué daño hace oír que los asentamientos pobres están marginados o, todavía peor, que lo que se quiere es erradicarlos! Son crueles las imágenes de los desahucios forzados, de las grúas demoledoras de barracas, imágenes tan parecidas a las de las guerras. Pues esto es lo que hoy se ve».

Como para contrarrestar esto, subrayó a continuación el Pontífice, tenemos la experiencia de esos barrios populares «en los que perduran aún valores ya olvidados en los centros enriquecidos», y donde «el espacio público no es un mero lugar de paso, sino una extensión de la propia casa, un sitio en el que generar vínculos con la vecindad». ¡Qué hermosas son, concluyó Francisco, «las ciudades que superan la desconfianza malsana, que integran a los diferentes y hacen de esta integración un nuevo factor de desarrollo!».

La tercera consigna citada por Bergoglio fue «trabajo». «No existe peor pobreza material –me apremia subrayarlo– que la que no permite ganarse el pan y priva al hombre de la dignidad del trabajo. El paro juvenil y la falta de derechos laborales no son inevitables, son el resultado de una previa opción social, de un sistema económico que pone los beneficios por encima del hombre, si el beneficio es económico, por encima de la humanidad o por encima del ser humano. Son las consecuencias de una cultura del descarte que considera de por sí al ser humano como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar».

«Esto sucede –afirmó el Papa– cuando en el centro de un sistema económico está el dinero y no el hombre, no la persona humana. Ahí, en el centro de todo sistema social o económico debe estar el hombre, imagen de Dios, creado para que fuese el dominador del Universo. Cuando la persona es apartada y llega el dios dinero se produce este envejecimiento de los valores».

Francisco ha valorado todo lo que están logrando los movimientos populares. «A pesar de esta cultura del descarte, esta cultura de los excedentes, muchos de vosotros, trabajadores excluidos, excedentes para este sistema, habéis inventado vuestro trabajo con todo aquello que parecía que no podía volver a ser utilizado pero que vosotros, con vuestra habilidad artesanal, que os ha dado Dios, con vuestra búsqueda, con vuestra solidaridad, con vuestro trabajo comunitario, con vuestra economía popular habéis conseguido y estáis consiguiendo... ¡Y, dejadme que os lo diga, esto, además de trabajo, es poesía!».

«Ahora ya, todo trabajador –añadió–, forme parte o no del sistema formal del trabajo remunerado, tiene derecho a una remuneración digna, a la seguridad social y a una cobertura de jubilación. Aquí hay cartoneros, recicladores, albañiles, mineros, vendedores ambulantes, sastres, artesanos, pescadores, campesinos, trabajadores de

empresas recuperadas, miembros de cooperativas de todo tipo y personas que desarrollan los trabajos más comunes, que están excluidos de los derechos laborales, y a quienes les es negada la posibilidad de tener un sindicato, y que no tienen ingreso alguno adecuado y estable. Hoy quiero unir mi voz a la suya y acompañarles en la lucha».

Finalmente, Francisco habló de la paz en relación con la ecología: «Es lógico, no puede haber tierra, no puede haber casa, no puede haber trabajo si no tenemos paz y si destruimos el planeta. Son cuestiones tan importantes que los pueblos y sus organizaciones de base no pueden dejar de afrontarlas. No pueden quedarse únicamente en manos de los dirigentes políticos. Todos los pueblos de la tierra, todos los hombres y mujeres de buena voluntad, todos tenemos que alzar la voz en defensa de estos dos preciosos dones: la paz y la naturaleza. La hermana madre Tierra, como la llamaba san Francisco de Asís».

«Hace poco he dicho, y lo repito, que estamos viviendo la tercera guerra mundial, pero por partes». El Papa Bergoglio volvió a aludir de nuevo a «aquellos sistemas económicos que, para sobrevivir, deben hacer la guerra» y recordó que «se fabrican y se venden armas y así, obviamente, son saneados los balances de las economías que sacrifican al hombre a los pies del ídolo del dinero». «Y no se piensa en los niños hambrientos en los campos de refugiados, no se piensa en los éxodos forzados, no se piensa en las casas destruidas, no se piensa ni siquiera en las vidas humanas despedazadas. ¡Cuánto sufrimiento, cuánta destrucción, cuánto dolor! Hoy, queridos hermanos y hermanas, se levanta en todas partes, en todos los pueblos, en todos los corazones y en los movimientos populares, el grito de la paz. ¡Nunca más la guerra!».

Y, en la parte final de su discurso, volvió a hablar de la salvaguarda de lo creado: «Un sistema económico centrado en el dios dinero necesita también saquear la naturaleza para mantener el ritmo frenético del consumo que le es propio. El cambio climático, la pérdida de la biodiversidad, la deforestación, están demostrando sus efectos devastadores en las grandes catástrofes a las que asistimos, y quienes más sufrís sois vosotros, los humildes, vosotros que vivís junto a las costas en habitaciones precarias o que sois tan vulnerables económicamente que lo perdéis todo en un desastre natural. Hermanos y hermanas: lo creado no es una propiedad de la que podamos disponer a nuestro antojo; y mucho menos es una propiedad solo de algunos, de unos pocos. Lo creado es un don, un regalo maravilloso que Dios nos ha dado para que lo cuidemos y lo utilicemos en beneficio de todos, siempre y en todas partes, con respeto y gratitud. Quizá sabéis que estoy preparando una encíclica sobre la ecología: estad seguros de que vuestras preocupaciones estarán presentes en ella».

«Hablamos de casa, de trabajo, de tierra –dijo–. Hablamos de trabajar por la paz y de preocuparnos de cuidar la naturaleza. Pero, entonces, ¿por qué nos acostumbramos a ver cómo se destruye el trabajo digno, cómo se aniquila a tantas familias, cómo se echa a

los campesinos, cómo se hacen guerras y se abusa de la naturaleza? ¿Por qué, en este sistema, el hombre, la persona humana ha sido relegada del centro y sustituida por otra cosa? ¿Por qué se rinde un culto idolátrico al dinero? ¡Porque se ha globalizado la indiferencia! ¿A mí qué me importa lo que les pase a los demás mientras defiando lo mío? Porque el mundo se ha olvidado de Dios, que es Padre; se ha quedado huérfano porque ha arrinconado a Dios».

El Papa ha terminado diciendo que «este sistema no se puede soportar más. Tenemos que cambiarlo, tenemos que volver a poner la dignidad humana en el centro y construir sobre ese pilar las estructuras sociales alternativas que necesitamos urgentemente. Hemos de hacerlo con valentía, pero también con inteligencia. Con pasión, pero sin violencia. Y todos juntos, haciendo frente a los conflictos sin enredarnos en ellos. Tratando siempre de resolver las tensiones para alcanzar un nivel superior de unidad, de paz y de justicia». La línea de acción, el *programa* de los cristianos, que se puede llamar “revolucionario”, se lee en el evangelio de las Bienaventuranzas, en el capítulo 5 de san Mateo y en el 6 de san Lucas y en el 25 de Mateo.

«La perspectiva de un mundo de paz y de justicia duraderas nos pide superar el existencialismo paternalista, nos exige crear formas nuevas de participación que incluyan a los movimientos populares y animen las estructuras de gobierno locales, nacionales e internacionales con ese torrente de energía moral que nace de contar con los excluidos para la construcción del destino común. Y todo ello, con ánimo constructivo, sin resentimiento, con amor».

11. «UN SISTEMA QUE, PARA SOBREVIVIR, TIENE QUE RECURRIR A LA GUERRA»

*No se puede menos que constatar con pena y remordimiento
un preocupante aumento de los gastos militares
y del siempre próspero comercio de armamento,
mientras se hunde en una pantanosa indiferencia casi general
el proceso político y jurídico iniciado por la comunidad internacional
para consolidar el camino del desarme.
¿Qué futuro de paz va a ser posible jamás
si se sigue invirtiendo en la producción de armas
y en la investigación aplicada a desarrollar armas nuevas?*

BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, 2006

Las palabras y las iniciativas del Papa Francisco a favor de la paz y contra la guerra, especialmente las de Siria, Gaza e Irak, son materias que necesitan un libro aparte. Bastará aquí y ahora recordar, en breves alusiones, algunas expresiones del Papa y con poner en evidencia cómo pueden haber contribuido también a alejar de él cualquier tipo de simpatía por parte de cuantos esperaban una explícita «bendición» suya a las bombas contra los fundamentalistas del ISIS, el autoproclamado califato que está combatiendo su guerra de conquista en Irak y en Siria y que se aprovecha de la inestabilidad dominante sobre toda aquella región.

Puede ser particularmente interesante subrayar las tomas de posición de Francisco en las que sumariamente se describen las conexiones entre las acciones bélicas y la compraventa de armas, entre la economía y las guerras.

El domingo 2 de junio de 2013 el Papa Bergoglio recibió en Santa Marta a trece soldados italianos heridos durante las misiones de paz, la mayor parte de los cuales habían prestado servicio en Afganistán. Iban acompañados de sus familiares y de los parientes de otros veinticuatro militares muertos durante las operaciones de *peacekeeping*. Francisco celebró la misa para ellos y, al acabar, se rezó la *Plegaria por Italia* redactada por Juan Pablo II.

Durante la homilía, el Papa dijo que la guerra es «una locura, es el suicidio de la humanidad, porque mata el corazón, mata precisamente donde está el mensaje del Señor: ¡mata el amor! Porque la guerra procede del odio, de la envidia, del ansia de poder, también –lo hemos visto tantas veces– del afán de más poder». Luego Francisco,

refiriéndose a los «grandes de la tierra» y a las ilusiones de quienes piensan resolver «los problemas locales y las crisis económicas» por medio de la guerra, añadió: «¿Por qué? Porque el dinero es más importante que las personas para ellos. Y la guerra es precisamente eso: es un acto de fe en el dinero, en los ídolos del odio, en el ídolo que te lleva a matar al hermano, que lleva a matar el amor».

El Papa Bergoglio concluyó: «Me viene a la mente la pregunta de Dios nuestro Padre a Caín que, por envidia, había asesinado a su hermano: Caín, ¿dónde está tu hermano? Hoy podemos oír esta voz: es nuestro Padre Dios que llora por nuestra locura y que nos dice a todos: ¿Dónde está tu hermano? Y dice a todos los poderosos de la tierra: ¿dónde está vuestro hermano? ¡Qué habéis hecho! Detrás de una guerra siempre hay pecados: está el pecado de la idolatría, el pecado de explotar a los hombres en el altar del poder, de sacrificarlos».

El 8 de septiembre de 2013, al día siguiente de la Vigilia por la paz en Siria que había conseguido una gran participación en todo el mundo, con adhesiones a la oración y al ayuno en el momento en que cernía una intervención armada occidental contra el régimen de Assad, Francisco pronunció, tras el rezo del Ángelus, palabras inequívocas contra el negocio del armamento y los traficantes de la muerte. Y amonestó también a aquellos poderosos de la tierra que están jugando su partida militar y comercial sobre la piel de las poblaciones que sufren.

El llamamiento a la paz fue vibrante y conmovedor. Elegir el bien «supone decir no al odio fratricida y a las mentiras de las que se sirve, a la violencia en todas sus formas, a la proliferación de armas y a su comercio ilegal». Estos son, dijo Francisco, los enemigos contra los que hay que combatir «unidos y con coherencia», sin perseguir otros intereses que los de la paz y el bien común. El Papa partió de la parábola evangélica del rey que va a la guerra, un pasaje de la Escritura que «nos afecta en lo más vivo, en este momento en el que estamos rezando intensamente por la paz».

Bergoglio se dirige a la multitud que ha vuelto a la plaza de San Pedro después de la gran vigilia del día anterior. Luego, improvisando, añade esta frase elocuente: «Siempre queda la duda: aquella guerra de allá, la otra del otro lado –porque guerras las hay por todas partes– ¿es verdaderamente una guerra debida a una serie de problemas, o es una guerra comercial para vender armas en un comercio ilegal?».

El lunes 9 de septiembre el obispo Silvano María Tomasi, Observador permanente de la Santa Sede en la Oficina de la ONU en Ginebra, afirma a través de los micrófonos de Radio Vaticano: «Las armas siguen reforzando la criminalidad y nutriendo a las mafias de diversa calaña. Intereses comerciales –como dice el Papa– desempeñan un papel muy importante en los traslados de armas». Tomasi recuerda, a continuación, «las ganancias de los traficantes y además los intereses económicos de Estados que fabrican y venden armas, como los Estados Unidos, Rusia, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Israel, China

y otros. Son Estados en los que la industria de la fabricación de armamento es un componente significativo de su economía». Las cifras de este mercado han sido difundidas por el Informe del SIPRI de Estocolmo, el Instituto de Investigación en favor de la paz, que se dedica a vigilar el sistema internacional de armamentos: en el quinquenio 2008-2012 hubo un aumento del 17 por ciento de las exportaciones de armas en el mundo.

Tras la breve pero intensa peregrinación a Tierra Santa, en mayo de 2014, el Papa Francisco convocó en Roma, en el Vaticano, a un momento de oración e invocación del don de la paz entre israelíes y palestinos, al que fueron invitados el presidente (ya saliente) israelí Simon Peres y el palestino Abu Mazen. Con ellos dos y junto al Pontífice estaba también el patriarca ecuménico de Constantinopla, Bartolomé I. Al día siguiente de aquel encuentro, Francisco concedió una entrevista al periodista Henrique Cymerman, que había estado comprometido en la preparación del encuentro. El diálogo, que aquí citamos de acuerdo con la traducción que ofrece el libro *Papa Francesco. Interviste e conversazioni con i giornalisti* (Libreria Editrice Vaticana, 2014), fue publicado por el diario catalán *La Vanguardia*, el 12 de junio.

En una de las respuestas, el Papa afirma: «Está probado que con la comida que sobra podríamos alimentar a la gente que tiene hambre. Cuando usted ve fotografías de chicos desnutridos en diversas partes del mundo se echa las manos a la cabeza, no se entiende. Creo que estamos en un sistema mundial económico que no es bueno. En el centro de todo sistema económico debe estar el hombre, el hombre y la mujer, y todo lo demás debe estar a su servicio. Pero nosotros hemos puesto al dinero en el centro, al dios dinero. Hemos caído en un pecado de idolatría, la idolatría del dinero. La economía se mueve por el afán de tener más y, paradójicamente, se alimenta una cultura del descarte.

(...) Descartamos a toda una generación para mantener un sistema que ya no se sostiene, un sistema que, para sobrevivir, tiene que recurrir a la guerra, como siempre han hecho los grandes imperios. Pero, visto que no se puede hacer la tercera guerra mundial, entonces se hacen guerras locales. ¿Qué significa esto? Que se fabrican y venden armas y así los balances económicos idólatras, las grandes economías mundiales que sacrifican al hombre a los pies del ídolo del dinero, obviamente se sanean».

Una semana después de la difusión de esta entrevista, fue el *Economist* el que criticó al Papa Francisco comparándolo con Lenin y definiendo como «explosivas» las declaraciones del Pontífice. En la diana del semanario londinense están las afirmaciones del Papa sobre las economías idólatras que se alimentan con las guerras.

«Al declarar que hay una conexión directa entre capitalismo y guerra», escribe *The Economist*, «(el Papa) parece apoyar una línea ultraradical: una línea que – conscientemente o no– sigue la propuesta por Vladimir Lenin en su análisis del capitalismo y del imperialismo y de cómo fueron la causa del estallido de la primera

guerra mundial, hace un siglo. Hay muchos contraargumentos: la Historia está llena de ejemplos de formas de poder que han generado violencia de un modo más evidente aún que el generado por el capitalismo, desde el feudalismo a los regímenes totalitarios, y pensadores como Joseph Schumpeter y Karl Popper han afirmado con fuerza que el capitalismo puede consolidar la paz ofreciendo métodos no violentos de satisfacer las necesidades humanas».

El semanario reconoce, sin embargo, que, en otros puntos de su mensaje, Francisco puede estar acertado, aun sin ser un profesor como Benedicto XVI. «Con todo, y a diferencia de su predecesor», añade el *Economist*, «Francisco no se presenta ni como un académico ni como un pensador: su análisis está más ligado a la intuición y sus afirmaciones saben ser sabias. Ha señalado con el dedo “la idolatría del dinero” que en algunos lugares llega hasta el hambre de los niños, se ha mostrado angustiado por el desaprovechamiento de talentos y de energías entre los jóvenes y ha concluido que los economistas deben de haber perdido el sentido de todo esto. Francisco podrá incluso no ofrecer todas las respuestas o analizar las cosas de manera correcta, pero está planteando preguntas justas, como el niño que ve al emperador desnudo».

Palabras fuertes e inequívocas también las pronunciadas por Francisco en el vuelo de regreso a Roma desde Corea, el 18 de agosto de 2014, respondiendo a una pregunta sobre la situación en Irak y sobre la violencia de los fundamentalistas islámicos del ISIS contra las minorías religiosas. La pregunta fue planteada por Alan Holdren, periodista americano de la Catholic News Agency, ACI Prensa y la televisión EWTN.

«Santidad, como usted sabe, las fuerzas militares de los Estados Unidos han empezado a bombardear desde hace poco a los terroristas en Irak para prevenir un genocidio, para proteger el futuro de las minorías –pienso también en los católicos bajo su guía–. ¿Usted aprueba este bombardeo americano?».

La respuesta de Francisco fue esta: «En estos casos, donde hay una agresión injusta, solo puedo decir que es lícito frenar al agresor injusto. Subrayo el verbo: frenar. No digo bombardear, hacer la guerra, sino frenarlo. Los medios con los que se le puede frenar deberán ser valorados. Frenar al agresor injusto es lícito. Pero ¡también hemos de tener memoria! Cuántas veces, con esta excusa de frenar al agresor injusto, lo que han hecho las potencias es adueñarse de pueblos y han llevado a cabo una verdadera guerra de conquista. Una sola nación no puede juzgar cómo se frena a un agresor injusto. Después de la segunda guerra mundial, surgió la idea de las Naciones Unidas: allí se debe discutir y debatir, decir: “¿Es un agresor injusto? Parece que sí. ¿Cómo lo frenamos? Solo esto, nada más”».

A propósito de las minorías, el Papa añadió: «Gracias por la palabra. Porque me dicen: “los cristianos, pobres cristianos...”. Y es verdad, sufren. Los mártires, sí, hay tantos mártires. Pero aquí hay hombres y mujeres, minorías religiosas, no todas

cristianas, y todos son iguales a los ojos de Dios. Frenar a un agresor injusto es un derecho de la humanidad, pero también es un derecho del agresor ser frenado, ser detenido para no hacer el mal».

Respondiendo a otra pregunta posterior, el Papa dijo: «Pero volviendo a esa realidad del martirio, de sufrimientos, también de esas mujeres: ¡esos son los frutos de la guerra! Y hoy vivimos por todas partes en un mundo en guerra. Alguien me decía: “¿Sabe, Padre, que estamos en la tercera guerra mundial, solo que ‘por partes’?”. ¿Entiende? Es un mundo en guerra en el que se cometen esas crueldades. Me gustaría detenerme en dos palabras. La primera es crueldad. ¡Hoy los niños no cuentan! Hubo un tiempo en el que se hablaba de una guerra convencional; hoy eso no cuenta. No digo que las guerras convencionales sean algo bueno, no. Pero hoy, cae la bomba y mata lo mismo al inocente que al culpable, al niño que a la mujer, al anciano que a la madre... matan a todos. Tenemos que detenerlos y pensar un poco sobre el nivel de crueldad al que hemos llegado. ¡Esto nos debe asustar! No lo digo para meter miedo: se puede hacer un estudio empírico. El nivel de crueldad de la Humanidad, en este momento, es como para asustarse mucho».

Con su respuesta sobre los bombardeos en Irak, el Papa Bergoglio rechazó entrar en el juego de quien, en Occidente, parece querer presentar todo lo que está sucediendo como un choque de civilizaciones entre el islam y el cristianismo; es decir, justamente lo que los fundamentalistas andan buscando. Aun reconociendo el derecho e incluso el deber de parar al agresor y, por tanto, de intervenir también con la fuerza para frenar genocidios y masacres, Francisco no avala operaciones que se transforman en «guerras de conquista» de los pueblos. Insiste en el papel de una institución que parece casi olvidada y de la que ya nadie habla ni a propósito de la crisis internacional: las Naciones Unidas. Mira con realismo la situación de Oriente Próximo, devastado por conflictos emprendidos en nombre de la democracia de «exportación», pero que han conseguido como resultado únicamente desestabilización y caos.

Se puede imaginar que las palabras inequívocas sobre el comercio de armas, sobre las guerras emprendidas para vender armas, sobre las economías idólatras que se nutren de conflictos, así como su desmarque de quien habría deseado que fuese más condescendiente con las operaciones occidentales de bombardeo, no le han granjeado, desde luego, muchos amigos en determinados y bien conocidos ambientes.

El Papa volverá a hablar de la guerra y de la locura que la guerra supone, el 13 de septiembre de 2014, con ocasión de la misa celebrada en Redipuglia para recordar el centenario de la primera guerra mundial.

«Tras haber contemplado la belleza del paisaje de toda esta zona, en la que hombres y mujeres trabajan sacando adelante a sus familias, donde los niños juegan y los ancianos sueñan... al encontrarme aquí, en este lugar, al lado de este cementerio, encuentro que lo

único que puedo decir es: “La guerra es una locura”.

Mientras Dios sigue haciendo posible su Creación –continúa Francisco– y nosotros los hombres somos llamados a colaborar en su obra, la guerra destruye. Destruye incluso lo más hermoso que Dios ha creado: al ser humano. La guerra es loca, su plan de desarrollo es la destrucción, quiere desarrollarse mediante la destrucción. La avaricia, la intolerancia, la ambición de poder... son motivos que empujan hacia adelante la decisión bélica, y estos motivos son justificados a menudo por una ideología; pero antes hay una pasión, hay un impulso torticero. La ideología es una justificación, y, cuando no hay ideología, está la respuesta de Caín: “¿A mí qué me importa? ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?”. La guerra no mira a nadie a la cara, sean viejos, niños, madres, padres... “¿A mí qué me importa?”».

El Papa vuelve a proponer la idea de una tercera guerra mundial que está siendo combatida «por partes», «con crímenes, matanzas, destrucciones... Si fuésemos honrados, las portadas de los periódicos deberían llevar como titular “¿A mí qué me importa?”». Es una actitud, explica Francisco, que «es exactamente lo opuesto de lo que Jesús nos pide en el Evangelio. Hemos oído: Él está en el más pequeño de los hermanos: Él, el Rey, el Juez del mundo, Él es el hambriento, el sediento, el forastero, el enfermo, el encarcelado...».

«Aquí y en el otro cementerio –continúa el Papa– hay tantas víctimas. Hoy las recordamos. Hay llanto, luto, dolor. Y desde aquí recordamos a las víctimas de todas las guerras. También hoy las víctimas son tantas... ¿Cómo es posible? ¿Es posible porque también hoy, tras las bambalinas, hay intereses, planes geopolíticos, avaricia de dinero y de poder, está la industria armamentística, que parece ser tan importante! Y estos planificadores del terror, estos organizadores del enfrentamiento, al igual que los vendedores de armas, tienen escrito en su corazón: “¿A mí qué me importa?”».

«Es propio de sabios –explica Francisco– reconocer los errores, sufrir el dolor, arrepentirse, pedir perdón y llorar. Con ese “¿A mí qué me importa?” que tienen en el corazón los negociantes de la guerra, tal vez se forran, pero su corazón corrompido ha perdido la capacidad de llorar. Caín no lloró. No ha podido llorar. La sombra de Caín se cierne hoy aquí, sobre este cementerio. Se ve aquí. Se ve en la historia que va desde 1914 hasta nuestros días. Y se ve también en nuestros días».

«Con corazón de hijo, de hermano, de padre –concluyó el Papa– os pido a todos vosotros y para todos nosotros pido la conversión del corazón: pasar del “¿a mí qué me importa?” al llanto. Por todos los caídos de la “inútil matanza”, por todas las víctimas de la locura de la guerra, en todos los tiempos. Las lágrimas. Hermanos, la Humanidad necesita llorar, y esta es la hora de las lágrimas».

12. LA DOCTRINA SOCIAL, EN UN MUNDO GOBERNADO POR LOS «TECNÓCRATAS DE LAS FINANZAS»

*La doctrina de León XIII, tan noble,
tan profunda y tan inaudita para el mundo,
no podía dejar de causar en algunos católicos
una cierta impresión de desencanto,
más aún de fastidio y, en algunos, incluso de escándalo.
De hecho, se enfrentaba valientemente
con los ídolos del liberalismo y les daba la vuelta,
sin tener en cuenta inveterados prejuicios,
y así se adelantaba y prevenía los tiempos
más allá de toda expectativa.*

Pío XI, *Quadragesimo anno*

Para continuar nuestro recorrido de investigación sobre todo lo que reiteradamente enseña el Papa Francisco en sus mensajes, y, más en general, todo lo que enseñan los – olvidados– mensajes de sus predecesores, hemos pedido a dos personalidades del mundo católico que, con diferentes funciones, se ocupan de temas económico-financieros, que nos expliquen cómo reciben estos mensajes papales. Son dos puntos de vista diferentes a causa de la formación, de la profesión, de las diferentes sensibilidades de los interlocutores: ambos, a título diverso, han colaborado con la Santa Sede.

El primer diálogo es con Ettore Gotti Tedeschi, que durante tres años presidió el IOR, el Instituto para las Obras de la Religión, al que había sido llamado para realizar un proceso de transparencia y de adecuación a la normativa internacional antirreciclaje auspiciado por Benedicto XVI. Nacido en marzo de 1945, un mes antes del final de la guerra, en el seno de una familia desplazada a un caserío de Pontenure, aldea a pocos kilómetros de Piacenza, Gotti ha dirigido el IOR desde el 23 de septiembre de 2009 hasta el 25 de mayo de 2012.

Desde 1993 representa en Italia al Banco de Santander, cuya filial italiana preside. Ha sido presidente del Fondo de infraestructuras promovido por el Gobierno italiano, además de consejero de Administración de la Caja de depósitos y préstamos y consejero económico del ministro de Economía Giulio Tremonti. Durante los primeros trece años de su carrera trabajó en la consultoría estratégica, en París, con Semae, y en Italia y en el Reino Unido, con McKinsey. A continuación, entró en el mundo de las finanzas como

responsable del *merchant banking* del grupo IMI, luego fue cofundador de Akros Financiera, y después llevó a Italia el Banco de Santander. Hasta diciembre de 2006 fue consejero de Administración y miembro del Comité ejecutivo de la Banca Sanpaolo de Turín. Su último libro se titula *Amare Dio e fare soldi. Massime di economia divina* (Fede e Cultura, para la colección *Biblioteca Rosmini*, 2014).

¿Comparte la alarma lanzada por el Papa Francisco en la exhortación apostólica Evangelii gaudium sobre la economía que mata?

¿Cómo podría no compartirla? El Papa señala el camino para derrotar la desigualdad, la precariedad y las situaciones indignas del ser humano. Dice no a la economía de la exclusión, a la economía que lleva al hombre a ignorar al prójimo, a ser egoísta e indiferente, que lleva a la soledad y no a la solidaridad y al amor. Un mal uso del instrumento económico puede ser considerado un verdadero y auténtico «pecado», pero para combatirlo y vencerlo hace falta derrotar primero la «miseria moral» que lleva al hombre a una «economía que mata». Partiendo del supuesto de que la economía es solo un medio neutral en sí mismo, por consiguiente, es quien la utiliza quien le da un sentido, una directriz, quien la dirige hacia determinadas posiciones. Evidentemente, no es la economía la que mata, sino un determinado uso del instrumento económico que tiene consecuencias funestas. Por eso, modelos económicos justos y equitativos pueden ser propuestos y realizados únicamente si quien los gestiona los considera medios para realizar el bien común y, sobre todo, si tiene voluntad de alcanzarlo. Quien debe ser cambiado y educado en estos términos es el hombre. En este caso, el guía –más que el Estado regulador– debe ser la doctrina social de la Iglesia que, en este mundo gnóstico y nihilista, cuesta tanto que sea aceptada. El problema es que el modelo económico que se utiliza actualmente y que defino como capitalismo global empírico, ha sido concebido desde premisas neomalthusianistas, como «el no tener hijos beneficia a la civilización y a la economía». Estas ideas han dado origen a acciones equivocadas e incluso perjudiciales para el hombre y para su desarrollo económico; han «matado» la voluntad de generar nacimientos y han sido la base de una creciente dificultad en el mantenimiento de los ancianos. El actual modelo económico ha sido concebido precisamente para compensar la falta de desarrollo debida a la caída de los nacimientos en el mundo occidental y ha sido fundado sobre el crecimiento consumista individual, cada vez más endeudado. Para poder sostener este crecimiento ilusorio se han provocado desequilibrios crecientes: se ha sacrificado el ahorro para transformarlo en consumo, se ha provocado el envejecimiento de la población, y los consiguientes costes fijos, para ser absorbidos, han generado tasas crecientes hasta lo insostenible. Otros desequilibrios han sido los causados por la desindustrialización, que creó las condiciones de desempleo y la pérdida del poder adquisitivo. Por último, otros desequilibrios ulteriores han sido producidos por la opción deslocalizadora de las producciones industriales a otros países en los que el coste laboral

es muy bajo, con la finalidad de aumentar el poder adquisitivo con productos menos caros, importados en sustitución de los producidos dentro del país. Pero este modelo de deslocalización ha permitido también una rápida industrialización de enteras áreas económicas que han entrado en la espiral del bienestar material, desmintiendo previsiones catastróficas hechas años antes por los mismos neomalthusianistas. Ciertamente, merecería hacerse una reflexión sobre en qué consiste realmente el «bienestar». Para el pragmatismo gnóstico, es lo único capaz de producir resultados perceptibles, materiales. Para la cultura católica, es la síntesis equilibrada de tres satisfacciones: la material, la intelectual y la espiritual, dado que el hombre está compuesto de cuerpo, inteligencia y alma. Nihilistamente, la satisfacción únicamente material, al anular las otras, materializa la vida humana, poniendo en peligro el verdadero progreso integral del hombre auspiciado en la *Populorum progressio* de Pablo VI. Esta materialización del sistema de vida «llena las panzas y los armarios», pero va acompañada y seguida de deudas, tasas y riesgos imposibles de prever. Este sistema ha aligerado solo temporalmente y solo aparentemente la fatiga laboral y existencial. Por tanto, en conclusión, comparto plenamente la alarma del Papa, lanzada por Benedicto XVI, en la introducción a la *Caritas in veritate*, donde explica cómo la cultura gnóstica y nihilista dominante ha dejado absoluta y total autonomía moral al instrumento económico. Este ha seguido aquella verdad pragmática, sin una finalidad, que transforma precisamente el medio económico en un fin, haciendo que todo falle y convirtiendo también al hombre en un medio más.

Francisco ha criticado la teoría económica de la recaída favorable y por eso ha sido atacado y tachado de marxista. ¿Comparte usted los puntos de vista del Pontífice? ¿El Papa se ha equivocado, o no?

El conocimiento de la historia nos recuerda cuántas utopías han ilusionado y confundido al hombre a lo largo de los siglos, por más que es innegable que, efectivamente, ha habido recaídas favorables en materia económica, en determinadas circunstancias. Pero, si lo pensamos bien, estas circunstancias se refieren todas a la observancia de las leyes naturales en la economía; cuando esas leyes son ignoradas, no hay recaída favorable alguna, o es ilusoria. El gnosticismo ha soñado siempre con poder volver a crear un mundo nuevo con leyes nuevas cada vez mejores, para corregir a la naturaleza «equivocada» de la supuesta creación. La gnosis se basa sobre el conocimiento del hombre y quiere convencerlo de que la perfección es realizable en este mundo gracias a la vía de los ideales científicos y tecnocráticos. Grandes hombres se hicieron esas ilusiones: santo Tomás Moro, en su obra *Utopía*, imaginó crear un mundo sin propiedad privada; Hobbes, en su *Leviatán*, pensó liberar al hombre del pecado original. En el fondo también el pensamiento de Adam Smith sobre la «recaída favorable» es consecuencia de una supuesta confianza suya en la mano invisible del libre

mercado autónomo y él mismo, conocedor de las reglas del mercado, sabía que era una teoría utópica. Pero, si el propio Smith no creía en eso hasta el fondo, si el mundo es gobernado a menudo por utopías que se revelan irrealizables, si se reconoce que la economía no es una ciencia, ¿por qué maravillarse cuando el Papa afirma que una determinada teoría económica, empírica y no demostrada, es usada para que los más débiles se hagan ilusiones, lo mismo que los menos autónomos, en determinadas circunstancias? Si se observa lo que ha pasado en los últimos treinta años, se cae en la cuenta de que un caso de recaída favorable fue observado en Asia, gracias a la deslocalización industrial. En cambio, en el mundo occidental, se ha verificado una interminable serie de «recaídas desfavorables» de carácter económico y social, a causa de equivocadas decisiones morales-económico-políticas. Piénsese en la ilusión de una mayor prosperidad gracias a la caída de nacimientos y las consiguientes recaídas desfavorables como el envejecimiento de la población, la necesidad de mantener a los ancianos, el crecimiento de los impuestos, de la deuda, la destrucción del ahorro; piénsese en la recaída desfavorable debida a las decisiones adoptadas de modelos educativos y culturales televisivos dedicados a estimular actitudes consumistas. Los sostenedores de la recaída favorable deberían detenerse no solo en teorías, sino en la realidad. Es obvio, o deseable, que quien toma decisiones de política económica quiera generar mayor bienestar gracias a las recaídas favorables, pero hay que observar los hechos y aceptar que las recaídas han sido perjudiciales. Esto no significa que la economía capitalista esté equivocada, sino que el capitalismo es contradictorio, produce bienestar material, pero confunde medios y fines. Juan Pablo II lo había profetizado en la *Sollicitudo rei socialis*; Benedicto XVI explica en la *Caritas in veritate* la lógica y las razones; el Papa Francisco en la *Lumen fidei* explica las soluciones de orden espiritual. Las teorías y las leyes económicas deben ser coherentes con las leyes naturales, las de la creación, y el Papa es, por definición, el mejor «economista» en tal sentido, porque conoce la lógica de la creación, la lógica de las consiguientes leyes naturales, y mejor que cualquier otro conoce al hombre y sus necesidades económicas, intelectuales y espirituales.

El capitalismo, tal como lo estamos viviendo en los últimos decenios, ¿es un sistema en crisis irreversible?

Todos los que consideraban ayer que la crisis del capitalismo era irreversible eran los mismos que pensaban que las masas populares explotadas y organizadas estaban acabando con él. Me temo que quien declara hoy que dicha crisis es irreversible sea el mismo que está proyectando su metamorfosis para poder seguir controlándolo sin levantar sospechas. Por lo demás, el capitalismo ha vivido ya transformaciones incluso radicales en la historia: nace en la casa católica, se «corrompe» en la casa protestante, se deforma con la gnosis ilustrada que de medio lo convierte en fin, se modifica con la

gnosis marxista, se transforma nuevamente con el utilitarismo y la tecnocracia que crean los nuevos grandes sacerdotes tecnócratas dispuestos a convertirlo en capitalismo global. Pero aquí, también para el capitalismo, vale y se realiza lo que Juan Pablo II había previsto en la *Sollicitudo rei socialis*: el hombre está «inmaduro» para gestionar instrumentos demasiado sofisticados y así se le escapan de las manos. A escala global, allí donde se encuentran culturas, civilizaciones, éticas con diferentes visiones sobre lo que es bueno y lo que es malo y sobre cómo conseguirlo, los caracteres del capitalismo son relativizados. Me explico: el capitalismo corriente es un capitalismo gnóstico que, tal vez sin darse cuenta de ello, se prefigura hacer al hombre feliz y satisfecho. Pero solo materialmente. Sería interesante saber qué piensan a este respecto los fatalistas hindúes, los taoístas-budistas chinos o los islámicos. También en nuestra civilización, que, a pesar de que está sufriendo un fuerte derrumbamiento moral, la reconocemos como fundada en raíces cristianas, se nos plantea el problema de qué actitud tomar hacia este capitalismo que no tiene en cuenta la moral ni la cultura. La cuestión está en que quien ha corrompido el capitalismo en su ser está siempre dispuesto a modificarlo de acuerdo con las oportunidades y exigencia, a transformarlo, a adaptarlo, siempre que permanezca como el mismo sistema de poder.

¿Un cambio, una mayor atención a la justicia social y a la redistribución de la riqueza pueden producirse solo como secuela de una mayor ética en la economía, o es justo sentar también la hipótesis de cambios estructurales del sistema?

Pero ¿cómo se mete mayor ética en la economía? ¿Imponiéndola por ley «coránica»? ¿Proponiéndola y convenciendo de su utilidad? Y ¿sabremos realizar cambios estructurales en el sistema para garantizar una mayor ética? Para empezar, deberíamos preguntarnos: ¿qué es lo que causa injusticia social, egoísmo en la distribución de la riqueza y, por consiguiente, qué es lo que origina solidaridad, etc.? Como católico, yo creo que es prioritario resolver el problema de «miseria moral» antes que los problemas de la miseria económica y los problemas de justicia. Creo que es la vocación al pecado, la envidia, la corrupción, el abuso lo que induce al hombre a actuar lejos de la solidaridad. Únicamente el hombre «maduro», que ha hecho un recorrido cognoscitivo, es capaz de conquistar el desapego de los bienes y de las posesiones. Los papas enseñan estas cosas desde hace cientos de años, pero son muy pocos los que les escuchan. Hay que tener presente que hubo un tiempo en que los «enemigos» eran el marxismo y el liberalismo, ambos hijos de la gnosis; hoy son el nihilismo y el relativismo los que pretenden una absoluta autonomía moral para la economía y prometen bienestar y satisfacciones materiales y sanitarias insostenibles e irrelevantes. Estas fuerzas trabajan a favor de una relativización teológica y están preparando el terreno para otra fe y otra espiritualidad, naturalista y panteísta, que afirme el ambientalismo como fe común, que reagrupe el mundo entero en un ideal compartido, de modo que quede cancelada la

mediación de la Iglesia en la enseñanza de la doctrina. La Iglesia enseña desde siempre qué es un orden económico correcto, según la Verdad, y enseña a vivir las virtudes que santifican la economía, al santificar al operador económico mismo y a cuantos indirectamente se aprovechan de ello, del modo que sea. Una economía justa y moral solo se puede tener si el hombre consigue dar sentido al uso del instrumento económico, y esto solo puede ocurrir cuando reconquiste el significado de la vida. No tiene sentido crear nuevos instrumentos, nuevas estructuras, sino que se debe acompañar al hombre en ese recorrido: si los instrumentos son gestionados por el propio hombre con los mismos fines, acaban por producir los mismos efectos.

¿Hasta qué punto es importante la recuperación, por parte de los cristianos, de la atención a la salvaguarda de lo creado y a favor de un desarrollo sostenible?

Como ya he dicho anteriormente, el peligro está en que se llegue a confundir la fe en Dios con el respeto al medio ambiente. Respetar lo creado es un deber de la criatura humana hacia su Creador; este respeto implica inversiones tecnológicas significativas, de modo que se debe reflexionar sobre qué es el desarrollo sostenible. La ética católica de la salvaguarda del medio ambiente de acuerdo con la Verdad nada tiene que ver con la de los cultos naturalistas, panteístas, paganos, no sigue el modelo globalizante de la *new age*; pero el hombre tiene la responsabilidad de utilizar y proteger el medio ambiente, en cuanto don de Dios y para su propio bienestar.

¿Por qué a un cierto mundo neoconservador estadounidense le cuesta entender al Papa Francisco?

No me considero capaz de expresar una valoración completa y correcta a propósito de eso. He leído algunas consideraciones que me han parecido dictadas por el protagonismo, por una escasa humildad, por un cierto modo de hacer puritanismo católico competitivo a lo americano, más que por el deseo de contribuir a perfeccionar el pensamiento católico sobre determinadas cuestiones. Además, la específica contradicción del capitalismo que ha originado la crisis actual fue generada en los Estados Unidos, no en Roma, pero no recuerdo haber leído alarma alguna acuciante a los Gobierno americanos por parte del mundo neoconservador estadounidense. Sin embargo, en algunos casos, para no analizar y juzgar superficialmente, hay que detenerse en el contexto: Michael Novak, por ejemplo, para defender el pensamiento católico siempre bajo la acusación, por parte de ambientes filoprotestantes, de ser causa de los retrasos en el progreso de lo económico, teme que algunas posiciones del Pontífice puedan poner énfasis sobre estas acusaciones.

¿Por qué las palabras duras y proféticas de Pío XI en la encíclica social *Quadragesimo anno*, de 1931, contra el imperialismo internacional del dinero suenan hoy un tanto exageradas y radicales hasta el punto de que ni el político más

de izquierdas recurriría a ellas?

Creo que hay para eso muchos porqués. Lo primero de todo, hoy se suelen usar y oír frases políticamente correctas y nunca impopulares; luego, probablemente, se quiere evitar el paralelismo entre esta crisis y la de 1929, a la que se refería y cuyas causas y efectos analizaba el papa Pío XI. Tal vez hoy no hay ya políticos «realmente de izquierdas» y, además, no hay que olvidar que la *Quadragesimo anno* llegó cuarenta años después de la *Rerum novarum* de León XIII, observando y valorando los desastres de la economía liberal. Creo también que, habiendo pasado más de ochenta años desde 1931, nuestra nueva cultura nihilista trata de evitar la debida atención a referencias morales, que ya no quiere ni someter a consideración. Entonces las palabras duras del papa eran aceptadas, hoy molestan incluso a parte del mundo católico. La crítica de Pío XI va dirigida a un «capitalismo dirigista», controlado por *holdings* financieros influenciados por el poder político, tendentes a poderes monopolizadores con concentración de riqueza y negación del mercado realmente competitivo. Me atrevería incluso a connotar este capitalismo como neomalthusiano, y en manos de quienes determinaban las leyes del mercado para imponer un criterio de supervivencia que excluía a los débiles y a los respetuosos de las leyes, controlando de hecho la economía por todos los medios, incluido el de la influencia política. Pío XI fue profético porque intuyó que esa forma de capitalismo no habría permitido una justa distribución de riqueza, sino que en todo caso, más que con aquel capitalismo planteado por varias escuelas económicas liberales, parecía competir con el sistema totalitario que poco más tarde fue puesto en práctica en los países comunistas, concentrado en manos del Estado, sin una clase capitalista burguesa privada. Pío XI hizo una propuesta: un nuevo orden cristiano basado en la subsidiariedad del Estado respecto de los individuos, así como una forma de individualismo solidario. Propuso el mismo tipo de orden nuevo que inspiró la valoración de Luigi Einaudi cuando definió la doctrina social de la Iglesia como la tercera vía (además del capitalismo y del socialismo); la vía que conjugaba la libertad individual y la solidaridad. Pero todas estas consideraciones y propuestas presuponían consideraciones morales, como el sentido de la vida, de las acciones, y esto se daba de bruces con la prisa insensata e inconsciente con que se buscaba una solución a la crisis en curso. Aparte de eso, la cuestión ideológica era y sigue siendo el obstáculo. Si el católico actúa, lo hace cambiando el mundo; pero este mundo no debe ser cambiado por la moral católica. Probablemente las consideraciones del Papa son ignoradas en favor de otras consideraciones más oportunas para el mundo que ejerce un determinado tipo de poder y quiere el apoyo y el ánimo de la máxima autoridad moral del mundo, no su reproche.

¿Por qué esos contenidos que pertenecen al magisterio y a la doctrina social de la Iglesia son tan olvidados, a pesar de que hayan fotografiado con gran lucidez una situación que volvemos a vivir de nuevo hoy, ochenta años después de la encíclica de

Pío XI?

Por las razones que acabo de decir. Porque estamos viviendo una progresión y una metamorfosis de la gnosis que querría corregir la Creación precisamente con la ayuda de la Iglesia, tratando de hacerle reescribir la Biblia. Y eso, a pesar de conocer muy superficialmente y sin acabar de entenderla, la esencia de la expresión *non praevalerunt*.

¿No cree que se debería buscar un protagonismo y un compromiso de seglares que se sientan capaces de arriesgarse sobre estas cuestiones, atreviéndose incluso también a poner en tela de juicio el sistema en el que vivimos?

Ciertamente, así lo pienso. Entre otras cosas eso fue lo que deseaba precisamente Pío XI en la encíclica a la que nos hemos referido antes, y en la que el papa invita a los seglares, comprometidos en actividades económicas, a actuar apostólicamente allí donde se encuentren. Pero las complejidades son muchas. Primero: una parte de esos seglares parece estar dispuesta a actuar con el debido espíritu de servicio, en total unidad de vida, pero más bien tiende a enmascarar la búsqueda del poder personal con declaraciones de servicio a la Iglesia. Segundo: los seglares que podrían ser protagonistas se enfrentan con los «deberes» y los «valores» que el mundo quiere imponer. Por si fuera poco, encuentran dificultades también en las relaciones con aquella parte de la Iglesia que debería apoyarles y animarles, pero vive una forma de clericalismo que hace daño a la Iglesia. Demasiado a menudo, o acaba faltando la calidad de los laicos o el debido apoyo a su acción. La historia confirma que el compromiso de los laicos tiene éxito únicamente, o sobre todo, si es apoyado adecuadamente por la estructura eclesiástica: solo la Iglesia puede dar credibilidad a sus acciones. Pero sucede, por desgracia, que, si una parte de la Iglesia decide apoyar determinados proyectos, otra parte puede decidir ignorarlos. Analizando el compromiso de los laicos en la historia contemporánea, encontramos, de todos modos, casi casos únicos, como Toniolo o Tovini, que han originado resultados extraordinarios (y de hecho son beatos y candidatos a la santidad).

¿Siguen siendo válidas las páginas de la *Populorum progressio* en las que se dice que la propiedad privada no es un derecho absoluto, sino que está subordinada al bien común y que el pecado que clamaba venganza a los ojos de Dios es el defraudar al obrero en su justa remuneración?

La *Populorum progressio* es una encíclica extraordinaria que, provocadoramente, yo definiría como «utópica». Afronta la cuestión de la que he hablado antes, de las tres satisfacciones del hombre: la material-económica, la intelectual-cultural y la espiritual. La económica, por sí sola, hace al hombre animal materialista y consumista, mientras que la material junto con la intelectual hacen de él un pragmático racional. La espiritual, por sí sola, hace del hombre un asceta, mientras que, si se la añade a la material, hace de él un sentimental que no es capaz de explicar racionalmente el porqué de sus acciones. La

espiritual y la intelectual juntas, en cambio, convierten al hombre en un ser potencialmente feliz. Las tres satisfacciones deberían estar en armonía entre sí, pero la mayoría de las veces están en conflicto. Quien procura la satisfacción material, normalmente, quiere gestionar la intelectual y tiende a redimensionar la espiritual. La clave de la argumentación está en la relación entre el hombre y las cosas. Pablo VI, fascinado por el pensamiento del gran intelectual contemporáneo Jean Guitton, que escribió que «un hombre posee realmente solo aquello de lo que puede prescindir, y es evidente que, si un hombre no puede prescindir de algo, quiere decir que ese algo lo posee a él», mantenía que la separación de las cosas, de los bienes, era la verdadera prueba de la madurez de un cristiano experimentado, caritativo, solidario, prueba de verdadera libertad. Aun compartiendo las consideraciones de Pablo VI, creo, en cambio, que el derecho de propiedad privada no puede ser ejercido en contra del bien común: así se reafirmaría el principio moral de que el bien común es superior al individual. No sabría decir si el Papa se refiere a los abusos en el uso de la propiedad privada, pero es evidente que, para él, la separación de los bienes era algo indispensable para la salvación y la solidaridad. Justamente, la satisfacción material es solo una de las satisfacciones perseguibles, el magisterio de la Iglesia está lleno de llamamientos «a las cosas de arriba», en vez de a las de aquí abajo: la vida de un hombre «no depende de sus bienes» (*Lc* 12, 15). Al vivir en la tierra, no podemos dejar de considerar, en cambio, que los «medios» son necesarios y, por consiguiente, lo es la propiedad privada, que permite una mayor defensa y garantías de libertad al individuo. El bien común no se realiza transformando la propiedad privada en colectiva, sino a través de la solidaridad, con la conciencia de que nada de lo que poseemos es realmente nuestro, sino que nos ha sido dado y tenemos que hacerlo fructificar. El bien común se realiza con una forma de individualismo solidario, acuciante y amoroso, como el que enseña la doctrina social de la Iglesia, que está en la base de un capitalismo católico que concilia libertad y solidaridad.

Vayamos ahora al segundo punto de su pregunta. En los últimos treinta años, para sostener el crecimiento económico de base consumista y para corregir la falta de crecimiento del PIB, los países occidentales, industrializados, ricos, caros, asistenciales, en los que se paga un justo salario a los trabajadores, han tenido que rebajar el precio de coste de los bienes para aumentar el poder de adquisición de las personas y, así, reactivar el mercado. Esto ha llevado a la deslocalización productiva en países no industrializados todavía, en los que se ha creado un criterio diverso para establecer el coste de producción y el justo salario. ¿Qué es el justo salario? ¿El que puedo pagar en otro país para producir el mismo bien que produzco en mi patria y seguir siendo competitivo en el mercado, o el que debo pagar sindicalmente en mi fábrica para permitir a mis obreros vivir dignamente con el poder adquisitivo local? La respuesta es compleja. A veces se pregunta, de broma, si es primero el huevo o la gallina. En este caso: ¿primero nació la

competencia de coste entre los países y, luego, la necesidad de elegir dónde producir, o esta competencia se ha originado al exportar las producciones? La respuesta justa es la segunda, pero ¿esto ha sido un bien o un mal? Seguramente ha sido un bien para los países a los que han sido transferidas las producciones y ha sido exportado así el bienestar económico; ha sido un mal para nosotros, que nos hemos limitado a deslocalizar y, para poder consumir más, a un coste menor sin producir o reconvertir las actividades económicas. En la práctica, hemos realizado inconscientemente una redistribución de la riqueza a escala global. Pero no lo hemos hecho por amor cristiano hacia esos países; lo hemos hecho para poder consumir más. Y no hemos consumido más porque era necesario, sino para evitar el derrumbamiento del PIB a causa de la caída de los nacimientos, de la que ya hemos hablado precedentemente. De hecho, si la población no crece, el PIB puede crecer únicamente a través del consumo individual. Pero todo esto no basta. Si la población no crece, significa que envejece. Y, si envejece, disminuye el número de quienes producen y aumenta el número de los que tienen que ser mantenidos y así aumentan los costes en pensiones y en sanidad. Estos costes solo pueden ser absorbidos a través de impuestos, que crecen proporcionalmente e inciden sobre los consumos y sobre las inversiones. Así, para hacer crecer el PIB, se hace consumir endeudándose, pero, cuando la deuda no se paga, todo se derrumba. La causa de todo esto, sin embargo, no hay que buscarla en la avidez de los banqueros, sino en la clase política y en el poder neomalthusiano que ha decidido que el mundo tenía que tener menos habitantes; de ahí el capitalismo financiero que hoy tanto preocupa; pero, en el origen, está el pecado original, el que pone en evidencia Pablo VI en la *Humanae vitae*.

En la actual sociedad globalizada, ¿cuáles son las posibles aplicaciones y consecuencias de enseñanzas que no solo son sociales, sino que están ligadas al corazón mismo de la fe cristiana?

Provocadoramente se me antoja que en la actual sociedad globalizada las enseñanzas de la fe cristiana podrían llegar incluso a ser prohibidas. Mi miedo consiste en que o el catolicismo consigue «convertir» al mundo entero, o se verá obligado a adaptarse al mundo entero relativizando la fe. Hay también una tercera hipótesis: prepararse a nuevas persecuciones y de ellas sacar la fuerza para convertir al mundo. La fe católica es absolutista en sus verdades, en sus dogmas; no solo explica el sentido de la vida, sino que da pautas de comportamiento y pide que se realicen sus obras. El católico tiene «deberes» respecto al Creador, no puede separar la fe de las obras o, de lo contrario, rompe la unidad de vida y contradice su propia fe. Tiene que ser la fe la que inspire sus obras, no al revés. Si las obras inspiran la fe, significa que están influenciadas por el mundo y se basan en la moral de la cultura dominante. En el mundo global, fe y obras se confrontan dentro de éticas religiosas diversas (monoteístas o parareligiosas) y con las más diversas y variadas éticas laicas, todas ellas incompatibles a menudo a la hora de

optar por la verdad o por la libertad que debe inspirar los comportamientos. Lo que temo es que el mundo forzará al catolicismo a transformarse en mera ética social útil, con el riesgo de convertirse en una caricatura del catolicismo vivido por los santos. Deberíamos reflexionar sobre el hecho de que la aplicación de la doctrina católica, por su naturaleza, cambiaría radicalmente el mundo si fuese vivida, y esto es lo que el mundo siempre ha temido y combatido. Un catolicismo no vivido no sirve para nada, no santifica a la persona ni a la sociedad, no influye en el mundo. Pero, si el mundo católico reafirmase sus fundamentos de fe, sería acusado de dañar al mundo por muchos motivos: porque oprime al hombre con el sentido del pecado; porque dicta una fe «fundamentalista e integrista» creando malestar y haciendo difícil la homogeneización cultural en el mundo. A cambio de la disponibilidad a relativizar nuestra fe, son muchas las ventajas que se proponen: la de ser apreciados y cooptados por el mundo; la superación del cansancio, del dolor, del sufrimiento, gracias a la ciencia y a la tecnología. Concluyo diciendo que debería maravillar que el católico no consiga hacer apreciar al mundo más laico los resultados de su doctrina. En la historia reciente muchos de los mayores intelectuales laicos han reconocido la importancia de las obras de fe. Piénsese en Murray Rothbard, economista americano hebreo liberal, que ha escrito que «todo lo que es bueno en la civilización occidental es cristiano»; o en Friedrich von Hayek, economista austriaco exponente del liberalismo, según el cual, «del cristianismo provienen las mejores enseñanzas para nuestra cultura»; o en Lew Rockwell, economista americano y máximo exponente de la escuela austriaca, para quien «el cristianismo dio origen al individualismo solidario que hizo posible el desarrollo del capitalismo». Hemos de tener, pues, la valentía de merecer más aún esos aprecio; en la *Lumen fidei* se explica qué soporte debe dar la Iglesia para que los fieles lo consigan.

***¿El mundo dominado hoy por las finanzas puede llamarse todavía capitalismo?
¿Y qué relación tiene, o no tiene, con la economía real?***

No creo. Las finanzas se salen con la suya cuando, digamos, en los años ochenta, se reduce el ahorro y comienza a crecer la deuda. Más deuda y menos ahorro convierten a las finanzas en el recurso principal y el «financiero-banquero» pasa a ser el nuevo gran sacerdote tecnócrata. En la práctica, las finanzas se salen con la suya cuando se ignoran y confunden las leyes naturales que deben inspirar las leyes económicas reales. Cuando se ignora la enseñanza y la recomendación de la *Humanae vitae*, de la *Populorum progressio*, ¿qué queda? Es evidente que ya no puede llamarse capitalismo, ya que la expresión «capitalismo financiero» es en sí misma incorrecta. El mundo dominado por las finanzas es un mundo ilusorio dominado por un consumismo insostenible e innatural que basa su naturaleza sobre el convencimiento de que el hombre tiene que satisfacerse solo materialmente. Como ya he dicho, para reconstruir un mundo que aprecie un capitalismo fundado sobre la economía real hay que partir de la doctrina social de la

Iglesia. ¿Por qué nunca se ha tratado de ponerla en práctica? Porque, para poderlo hacer, es necesario tener fe, y el mundo actual no la tiene.

13. LA ECONOMÍA CAPITALISTA Y LA ECONOMÍA CIVIL DE MERCADO

*La clase rica, fuerte por sí misma,
necesita menos una defensa pública;
en cambio, la multitud miserable,
que carece de sostén propio, tiene necesidad
suma de encontrarla en el patrocinio del Estado.*

LEÓN XIII, *Rerum novarum*

Esta segunda contribución sobre los temas planteados por la *Evangelii gaudium*, y sobre los olvidos que a veces parecen existir también en el mundo católico a propósito de ciertas páginas explosivas de la doctrina social de la Iglesia, nace del diálogo con el profesor Stefano Zamagni. Nacido en 1943, en Rímini, es profesor ordinario de Economía política en la Universidad de Bolonia (Facultad de Económicas) y Adjunt Professor of International Political Economy en la John Hopkins University. Se licenció, en 1966, en Economía y Comercio, en la Università Cattolica del Sacro Cuore, y desde 1969 a 1973 se especializó en la Universidad de Oxford, en el Linacre College. Antes que en Bolonia, enseñó en la Universidad de Parma y, hasta 2007, en la Universidad Luigi Bocconi, de Milán, como profesor contratado de Historia del Análisis Económico.

Desde el 2007 al 2012, Zamagni fue presidente de la Agencia para el tercer sector. En 2010 le fue otorgado el premio Giorgio La Pira por la paz. En 2013 ganó el primer premio internacional «Economía y sociedad» de la Fundación Centesimus Annus. En 2013 le fue otorgado también el «Premio Europeo San Benito», de la Fundación Subiacense. Es miembro del comité científico de numerosas revistas económicas nacionales e internacionales, y de la Pontificia Academia de Ciencias Sociales. Es autor de numerosas publicaciones de carácter científico, así como de colaboraciones al debate cultural y científico. Sus últimos libros son *Famiglia e lavoro* (San Paolo, 2012) e *Impresa responsabile e mercato civile* (Il Mulino, 2013).

Profesor, ¿comparte la alarma lanzada por el Papa Francisco en la exhortación apostólica Evangelii gaudium por la economía que mata?

La del Papa Francisco en la *Evangelii gaudium* no es una alarma, sino una preocupada invitación a reconsiderar los fundamentos del modelo de economía de mercado hoy en auge. Es, pues, una invitación a salir de la «noche del pensamiento» en la que esta crisis nos fuerza a permanecer. Los mercados no son todos iguales, porque son el precipitado de proyectos culturales y políticos. Hay un mercado que reduce las

desigualdades y otro que, en cambio, las hace fermentar. El primero se llama civil, porque amplía la *civitas* tratando de incluir virtualmente a todos; el segundo es el mercado incivil, porque tiende a excluir y regenerar las «periferias existenciales». En la fase actual del capitalismo financiero se ha hecho hegemónico el segundo tipo de mercado, y los resultados los tenemos bien a la vista: aumentan las desigualdades sociales en una medida nunca vista en los siglos precedentes; se reducen las libertades sustanciales, no formales, de demasiadas personas. Es sobre esta situación, no sobre realidades hipotéticas, sobre lo que el Papa llama la atención de todos, creyentes y no creyentes. El hecho es que el discurso del Papa tiene una fundamentación teórica bastante más sólida de lo que una cierta vulgata mediática trata de hacernos creer. Su cifra es la del realismo histórico; religar conocimiento y experiencia de la realidad, y hacer que el pensamiento se convierta en vida práctica. Para el Papa Francisco el cristianismo no puede ser reducido ni únicamente a ortodoxia –este es el peligro del intelectualismo racionalista– ni solo a ortopraxis, a una especie de *pathos* espiritual. Concretamente, esto implica que más allá del *factum*, de lo que el hombre hace, está el *faciendum*, es decir, lo que el hombre puede y tiene que hacer en pro de un proyecto histórico nuevo.

Francisco ha criticado la teoría de la «recaída favorable» y por ello ha sido atacado y tachado de marxista. ¿Comparte esas críticas contra el Pontífice? ¿El Papa se ha equivocado al poner algún ejemplo?

La tesis de la «recaída favorable» es conocida en la literatura económica como tesis «del efecto goteo», eficazmente sintetizada en el aforismo –usado por vez primera, al parecer, por el economista americano Alan Blinder– según el cual, «una marea que crece arrastra a todas las barcas». Durante un largo tiempo, el pensamiento neoliberal creyó en eso: no habría que preocuparse, pues, por la distribución de la renta y de la riqueza porque a fin de cuentas todos acabarán por estar mejor. Lo que importa es hacer crecer las dimensiones del pastel (el PIB) sin preocuparse del corte de las porciones. Ahí está la base del bien conocido adagio de los conservadores: «No nos preocupemos de los pobres, porque por cada nuevo rico hay un pobre menos». Pues bien, el Papa nos dice que en las actuales condiciones históricas (globalización de los mercados y *financiarización* de la economía) el efecto goteo no se puede realizar ya, como sabe perfectamente cualquier economista no cegado por actitudes preconcebidas: la célebre «curva de Kuznets» hoy ya no vale. De manera que el Papa tiene razón desde el punto de vista científico; tanto es así que las críticas que se le han hecho son de corte únicamente ideológico (el Papa se ha hecho marxista). La verdad es que Francisco ha demostrado entender lo que muchos estudiosos y observadores fingen no ver, a saber, que pobreza –absoluta– y desigualdad son fenómenos sustancialmente diversos. Y por tanto son diversas también las estrategias de lucha: mientras que para llevar adelante la lucha contra la pobreza absoluta es suficiente con intervenir sobre los mecanismos

redistributivos, para avanzar en el segundo frente hay que intervenir en el momento mismo en que se produce la riqueza. ¡Y eso fastidia a tantos...!

¿El capitalismo, tal como lo estamos viviendo en las últimas décadas, es un sistema en irreversible crisis?

El capitalismo es uno, pero las variedades de capitalismo son muchas. Y varían en relación tanto a las matrices culturales prevalecientes en las sociedades en que se mueven como a las características de la fase histórica que se considera. No hay nada irreversible en el capitalismo, al igual que no lo hay en otros sistemas socioeconómicos. Otro punto importante a tener en cuenta es la distinción entre economía de mercado y economía capitalista. La primera va por delante de la segunda al menos un par de siglos. Dicho sea para reafirmar que todos los mercados no son iguales. Por ejemplo, la economía civil de mercado –llamada así desde Antonio Genovesi (1753) en adelante– no acepta lo que Joseph Schumpeter (1912) definió como el motor del capitalismo, a saber, «la destrucción creadora»: el mercado capitalista debe «destruir», es decir, despedir a personas y cerrar empresas poco o nada productivas para poder empezar de nuevo y así expandirse indefinidamente. Esta versión del darwinismo social acaba por reducir las relaciones económicas entre personas a relaciones entre cosas y estas últimas, a mercancías. A juicio del Papa es este modelo de capitalismo, típico de la fase histórica actual, el que actualmente ya no es sostenible.

¿Por qué a un cierto mundo neoconservador estadounidense le cuesta entender al Papa Francisco?

Pueden ser muchas las razones del *fin de non-recevoir* del mensaje del Papa Francisco entre un cierto mundo neoconservador. Una primera razón es que se teme que el Pontífice busque gastarse a favor del pauperismo y que quiera condenar la riqueza por sí misma. Y eso no es así de ninguna manera. En su mensaje para la Cuaresma de 2014, el Papa dejó muy clara la diferencia entre la pobreza como virtud evangélica y la miseria. La miseria es la falta de lo esencial en la vida sin esperanza. La pobreza es el desapego de las cosas con vistas a una mayor libertad. Lo que al Papa le interesa subrayar son los modos como se genera la riqueza y los criterios con los que es distribuida entre los miembros del consorcio humano –modos y criterios que un cristiano no puede menos de someter al juicio moral, al no tratarse de una cuestión meramente técnica–. Una segunda razón es que un determinado conservadurismo está preocupado por la falta de apoyo de la doctrina social de la Iglesia a un particular modelo de economía de mercado. Pero el cristianismo, en cuanto religión universalista y no étnica, jamás podrá incorporarse a un específico sistema de orden social, a un sistema que se apoya en una particular matriz cultural históricamente determinada. Este tipo de preocupaciones, por muy comprensibles que sean, no son justificables, sin embargo, dentro del horizonte teológico

cristiano.

¿Por qué las palabras duras y proféticas de Pío XI en la encíclica social *Quadragesimo anno*, de 1931, contra el imperialismo internacional del dinero, suenan hoy como exageradas y radicales, hasta el punto de que no las utilizaría siquiera el político más de izquierdas?

Las palabras de la *Quadragesimo anno* (1931) de Pío XI hay que leerlas en el contexto de lo que entonces estaba sucediendo. La crisis de 1929 fue la primera gran crisis del capitalismo y también ella, como la actual, tuvo su origen en la esfera de las finanzas. Miremos a la situación de hoy. Como nos informa Marco Vitale (2014), en 1980 los activos financieros a escala global eran iguales al PIB mundial (27 trillones de dólares USA). En 2007 –en la víspera del estallido de la crisis– habían subido hasta los 240 trillones, frente a los 60 trillones del PIB mundial –cuatro veces más–. Y hoy esa relación ha aumentado más aún. Durante el mismo período, en la mayoría de los países, las rentas del trabajo, sobre el PIB, bajaron más de nueve puntos y fueron a acrecentar la cuota de la renta financiera. Frente a fenómenos de este tipo no creo que expresiones como «imperialismo internacional del dinero» puedan sonar como demasiado exageradas.

¿Por qué estos contenidos que pertenecen al magisterio y a la doctrina de la Iglesia han sido tan olvidados, a pesar de que radiografiaron con gran lucidez una situación que hoy volvemos a vivir, ochenta años después de la encíclica de Pío XI?

La respuesta a esa pregunta exige una aclaración que –a mi modo de ver– nunca se hace. En octubre de 1829, el célebre catedrático de Economía en la Universidad de Oxford, Richard Whately, enuncia, por vez primera, el principio del NOMA (*Non Overlapping Magisteria*, o sea, «magisterios que no se superponen») según el cual, la economía, si quiere convertirse en ciencia, debe separarse tanto de la ética como de la política. ¿Por qué? El motivo se dice pronto: la ética es el reino de los valores que deben guiar el comportamiento humano; la economía es el reino de los medios más eficaces para lograr aquellos fines respetando aquellos valores; así que no hay motivos para que se «vuelva loca» en las otras dos esferas. Todo el pensamiento económico sucesivo –con alguna rara excepción– acogió el principio del NOMA y *pour cause*, como fácilmente se puede entender. A partir de la llegada de la globalización (finales de los años setenta) se realiza, gradualmente, una inversión radical de los papeles: la economía se convierte en el reino de los fines y la política en el reino de los medios. He aquí por qué, como todos los observadores no dejan de notar, la democracia hoy está al servicio del mercado. Lo había entendido así, adelantándose a los tiempos, el influyente y poderoso presidente del Bundesbank, Hans Tietmeyer, cuando afirmó en 1996: «A veces tengo la impresión de que la mayor parte de los políticos no han entendido todavía lo mucho que están hoy bajo el control de los mercados financieros y lo mucho que están incluso dominados por

ellos». ¿Acaso hay que añadir algo más? Hoy, también Alan Greenspan, presidente de FED durante tantos años, expresa el mismo concepto en su libro *The map and the territory* (Penguin Books, 2013). Pues bien, la doctrina social de la Iglesia no puede aceptar una tal «división de funciones». La política debe volver a ser el reino de los fines, y, entre las esferas aludidas, debe instaurarse una relación cooperativa sistemática, no extemporánea. Ciertamente debe haber autonomía, pero no separación entre ellas, teniendo siempre presente que la ética católica está basada en el principio –aristotélico-tomista– de la primacía de lo bueno sobre lo justo. La justicia tiene sentido si va dirigida al bien; de lo contrario, se convierte en justicialismo. La postmodernidad no acepta esta visión de las cosas, como sabemos. Para ella, la regla, la norma solo proviene del consenso de las partes en causa, las cuales no deben referirse a una concepción cualquiera de vida buena. El actuar económico, pues, se basa en el principio según el cual *consensus facit iustum*, tal como exige la implantación del individualismo libertario, hoy hegemónico.

¿Siguen siendo válidas todavía las páginas de la *Populorum progressio* en las que se dice que la propiedad privada no es un derecho absoluto, sino que está subordinada al bien común, y que el pecado que, según el catecismo de san Pío X, clama venganza ante los ojos de Dios es el de defraudar al obrero en su justa retribución?

Que la propiedad privada no se puede considerar un derecho absoluto es tan obvio que hasta el gran John Locke –segunda mitad del siglo XVII– lo reconocía. Lo que más bien hay que aclarar es la distinción entre bien común y bien total –términos que a menudo son considerados equivalentes. Si el bien común es el conjunto productivo de los bienes individuales, el bien total es su suma. Está claro el sentido de la metáfora: en la lógica del bien común, para crecer, no puedo anular el bienestar de cada uno para hacer crecer, no importa cuánto, el bienestar de otros: el producto, de todos modos, sería cero. No es así en la suma. Además, el bien común es el bien de todos los hombres –también del que es poco eficiente–, de todo el hombre en sus tres dimensiones: material, sociorrelacional, espiritual. El bien total es la expresión típica del utilitarismo; en cambio el bien común es uno de los cuatro pilares de la doctrina social de la Iglesia.

En la sociedad globalizada actual, ¿cuáles son las posibles aplicaciones y consecuencias de enseñanzas que no solo son sociales, sino que están ligadas al corazón mismo de la fe cristiana?

Con los vientos que hoy soplan, las consecuencias prácticas de la enseñanza de la doctrina social de la Iglesia se refieren a la recuperación de fragmentos importantes de aquella tradición de pensamiento que se consolidó durante el siglo XVIII en Nápoles y Milán, y que es la economía civil. Por un lado, se trata de rediseñar las reglas del juego,

es decir, las instituciones –sobre todo económicas– que todavía, en gran parte, son de tipo «extractivo» –por usar la feliz expresión de Daron Acemoglu y James Robinson (2013)– y, por tanto, excluyen, en vez de incluirlos, a los ciudadanos. Por otro lado, hay que insertar el principio del don como gratuidad –y no del don como regalo– dentro de la argumentación y de la praxis económica dando vida a todas aquellas iniciativas económicas que tienen en la reciprocidad su principio regulador. Piénsese en las empresas sociales, en el asociacionismo de carácter productivo, en las llamadas finanzas éticas, en el voto con la cartera, en las estructuras institucionales de la *corporate governance* que incluyen derechos positivos de participación de los trabajadores, etc. Da muchos ánimos constatar que el paradigma de la economía civil va ganando hoy consensos, quizá más en el extranjero que en Italia, donde sin embargo nació. Pero a «extrañezas» tales ya nos había preparado nuestro Giacomo Leopardi, a comienzos del siglo XIX, con su célebre ensayo sobre las costumbres de los italianos.

14. UNA VOZ DESDE LAS *VILLAS MISERIA*

*Hay un criterio para saber si Dios
está cerca o lejos de nosotros:
todo aquel que se preocupe del hambriento,
del desnudo, del pobre, del desaparecido,
del torturado, del prisionero, de toda esa carne que sufre,
tiene a Dios cerca.*

ÓSCAR ARNULFO ROMERO,
Arzobispo de San Salvador

Carlos Olivero, llamado Padre Charly, es un cura que va de acá para allá por las barriadas de Buenos Aires en un *jeep* militar negro. Su arzobispo, Jorge Mario Bergoglio, cuando lo veía, le preguntaba, siempre sonriendo, si se había escapado de la guerra de Vietnam. Trabaja con los pobres y marginados de la capital argentina desde que era seminarista. No es hombre de demasiadas palabras y, sobre todo, no es hombre de demasiadas teorías y razonamientos. Su experiencia como «cura villero» puede ayudar a comprender el acercamiento a Francisco.

El padre Charly viajó a Italia en el verano de 2014. Era la primera vez que lo hacía y la ocasión se la ofrecieron algunas presentaciones del libro de Silvina Premat *Prete dalla fine del mondo* (EMI, 2014), publicado en Argentina en 2012: un volumen que cuenta la historia de los sacerdotes comprometidos en las *villas miseria*, «fundamental», escribe don Luigi Ciotti en el prólogo «si se quiere entender el territorio interior del Papa Francisco».

Las *villas miseria* son un fenómeno que tiene un siglo de vida: poblados de chabolas integrados en el tejido urbano de Buenos Aires y de otras grandes ciudades argentinas, construidas a menudo sobre vertederos abusivos o junto a corrientes de agua contaminada. Hoy están habitadas sobre todo por emigrantes paraguayos y bolivianos, aparte de inmigrados argentinos de las zonas rurales.

La historia de los sacerdotes que están al cuidado de estas gentes comenzó en los años del Concilio Vaticano II. Con una peculiaridad. Los «curas villeros» habían hecho su opción de vida con la intención de cambiar la situación en estos míseros poblados; pero acabaron por cambiar, sobre todo, ellos mismos, al descubrir la riqueza de la devoción popular, la profundidad de la fe del pueblo: la gente no les pedía que fuesen sindicalistas ni agitadores políticos, quería sacerdotes en el más auténtico sentido de la palabra.

«A veces», ha escrito el padre Jorge Vernazza, un pionero de los «curas villeros»,

desaparecido en 1997, «entre nosotros hablábamos de buscar una “fe auténtica”... pero fue la realidad de la gente de las *villas*, con la que convivíamos con generosidad y sin prejuicios, la que acabó abriéndonos los ojos ante la riqueza de la devoción genuina propia del pueblo».

Los curas empezaron así a construir capillas –Santa María Madre del Pueblo en Bajo Flores, Cristo Obrero en Villa de Retiro, Cristo Libertador en Villa 30– en las que celebrar bautismos, matrimonios y funerales, rezar rosarios, organizar procesiones. Y, al mismo tiempo, siguieron trabajando por mejorar las condiciones de vida de sus fieles, y tuvieron que hacer frente, también, en los últimos años, a un nuevo y terrible monstruo, el *paco*, la droga a bajo precio, obtenida del residuo químico de la elaboración de la cocaína que tiene efectos devastadores sobre el cerebro y arruina la vida de muchachos y jóvenes.

El padre Charly, que antes de hacerse sacerdote quería emprender la carrera de médico, se ocupa sobre todo de ellos. Surgieron así los Hogares de Cristo, centros de recuperación de toxicómanos en las *villas*. En la inauguración del primero de estos hogares, en 2008, el entonces cardenal Bergoglio celebró la misa de Jueves Santo y lavó los pies a doce de ellos. «Nos dijo –recuerda el padre Charly– que la vida hay que acogerla tal como viene. Esa frase ha marcado mi camino. Quiere decir que para acoger a las personas no se deben poner por delante filtros morales ni sociales de tipo alguno».

El más conocido de los curas *villeros*, el padre Pepe di Paola, que fue obligado a dejar las villas durante algún tiempo tras haber recibido amenazas de muerte por parte de los narcos, ha dicho: «En nuestras barriadas nos llaman padres y sentimos que este título nos honra. Somos padres de una familia y esta familia es nuestro barrio. Y como padres nos preocupamos y nos ocupamos de que nuestras familias, que son nuestros barrios, estén bien: de que un niño o un adolescente pueda llamarnos padre no solo porque nos ve con el alzacuellos de cura, sino porque nos preocupamos por él, para que crezca de manera sana».

«En los años sesenta y setenta –se lee en el libro de Silvina Premat– los curas *villeros* de entonces, como el padre Daniel de la Sierra y el sacerdote mártir Carlos Múgica, tenían que abrir sus brazos inermes para impedir la entrada a los *bulldozer* enviados una y otra vez por los regímenes militares para arrasar las chabolas de los *villeros*. También hoy, entre los curas de las *villas*, el intento de tratar de proteger a esos pobres predilectos salta siempre como un reflejo condicionado, como un movimiento instintivo. Y, desde hace algunos años, el monstruo más infame infiltrado en las *villas* es el tráfico de droga a bajo precio que quema los cerebros y apaga las miradas de los jóvenes, adolescentes y niños».

¿Cuáles son las particularidades de estos sacerdotes? Ante todo, muchos de ellos piden expresamente ir a ejercer su ministerio de servicio en las *villas*, que, en el Buenos

Aires de hoy, se unen a poblados peligrosos, infestados de criminalidad, también lugares de gran humanidad encontrada en los más necesitados, a menudo emigrados de los países vecinos (Paraguay, Bolivia, Perú...). Además, «son sacerdotes que están siguiendo con fidelidad los ejemplos de sus predecesores. Vale para ellos aquello que un fiel de la parroquia de la *villa* 1-11-14 dijo de uno de los primeros sacerdotes *villeros*, Rodolfo Ricciarelli: “Se hizo amigo de los pobres, no vino para ayudar a los pobres, que son dos cosas bien diferentes”. Los curas están en estrecho contacto con las dificultades y las emergencias más inmediatas de sus fieles empobrecidos: desempleo, toxicomanía, violencia, tráfico de droga».

Encontramos en Milán al padre Charly, en un raro momento de pausa de su *tour de force* italiano, en la víspera ya de su regreso a Buenos Aires. Le preguntamos qué piensa de las acusaciones de marxismo contra el Papa Francisco.

«Pienso que quien diga eso es un ignorante, en el sentido de que ignora la realidad... El mundo organizado en torno al dinero no quiere el mensaje de Jesús, pero no puede ser que la propiedad privada sea considerada un valor más importante que la vida de un hombre o de una mujer, no puede ser. Yo comparto la preocupación del Papa y reconozco que eso que dicen es una barbaridad».

Le preguntamos si está asombrado ante esas críticas ásperas a las palabras de Francisco sobre la pobreza y sobre la «economía que mata». El padre Charly sacude la cabeza. «No, no me asombra. Es lógico que a los que tienen en sus manos los destinos del mundo no les guste más sistema que el que conviene a sus intereses. Me parece lógico que lo hagan, es la lógica de su pensamiento, están tratando de desacreditar la posibilidad de otro sistema social. El Papa dice de manera muy clara que este sistema ya está pasado, que hay que construir una nueva civilización. Así que tratan de desacreditarlo y, si no lo hacen con ignorancia, lo hacen con mala intención y creando confusión. Lo repito, no estoy sorprendido de que, desde los centros de poder, lo acusen de esa manera».

No solo están las acusaciones de marxismo, provenientes de algunos ambientes, especialmente americanos. Están también las tomas de posición distantes incluso intraeclesiales respecto a lo que llaman «pauperismo»: en sustancia, Francisco hablaría demasiado de los pobres.

«Esta acusación de pauperismo y la resistencia al mensaje del Papa tiene mucho que ver con la historia de los últimos decenios. Y, sin embargo, la opción por los pobres, el trabajo con los pobres, el comprender que la Iglesia debe mirar a los más necesitados son elementos que vertebran la vida de la Iglesia de todos los tiempos. Si uno lee a san Juan Crisóstomo, encuentra textos impresionantes a este respecto. Si uno mira, por ejemplo, la colecta que organizaba san Pablo o lee los primeros capítulos de los Hechos de los

Apóstoles, me parece que estas acusaciones, estas resistencias, también dentro de la Iglesia, están injustificadas. Son fruto de una mentalidad que se ha ido creando en la historia de los últimos treinta-cuarenta años, pero la atención a los pobres ha formado parte siempre de la vida de la Iglesia y del mensaje evangélico. Siempre ha habido un pensamiento que señalaba al pobre como aquel a quien se le deben más o mayores atenciones. El Papa está en esta misma línea y me parece que, en este sentido, lo que propone es una vuelta a los orígenes del Evangelio».

Y usted, padre Charly, que siempre ha sido sacerdote en las *villas miseria*, celebrando misa y atendiendo por las calles a los drogadictos, ¿ha sido acusado alguna vez de ser «ideológico» o de hacer política?

«Así como acusación específica y grave, no. Tal vez en alguna ocasión como prejuicio... Yo trabajo con jóvenes que tienen problemas de droga. La droga que hay en las *villas* de Buenos Aires es el *paco*: estos chicos viven en una situación de exclusión social extrema, y para que puedan salvarse, para que cambien, no basta proponerles un camino de recuperación. Hay que cambiar también el mundo de su entorno, crear oportunidades para ellos, dialogar con los hospitales, que no quieren acogerlos, con las autoridades, que no quieren darles papeles, buscar algo de dinero para ellos, encontrarles una casa, un trabajo. Hace falta que haya una comunidad que los sostenga y acompañe».

«Nuestro trabajo», continúa el cura *villero*, relatando el compromiso de la comunidad de sacerdotes de la que forma parte, «no está dedicado únicamente a la persona a la que ayudamos, sino que a menudo va dirigido también a las diversas oficinas y estructuras del Estado para generar accesibilidad... Nosotros en Buenos Aires hablamos mucho de la evangelización del Estado. Hemos hablado de ello con Bergoglio cuando era arzobispo: “Evangelizar al Estado significa ayudarlo a ocupar el sitio que le corresponde y a hacer lo que le corresponde”. ¿Esto es una actividad política? Probablemente sí, pero, ciertamente, no partidaria, no facciosa, no de parte. El criterio se acerca mucho al principio de subsidiariedad que busca el sitio justo que debe tener el Estado al participar en la vida de sus ciudadanos; debe subsidiar... contribuir para mejorar las cosas. Nosotros trabajamos también para ayudar a que el Estado encuentre su función. Porque, si no, nuestros chicos seguirán estando excluidos de todo.

»Le pongo un ejemplo –añade el padre Charly–. Trabajamos con chicas que se drogan y para poder comprar la droga se prostituyen. Al trabajar como prostitutas, enferman, están expuestas al virus del sida y de la hepatitis, se quedan embarazadas. Es muy importante que los departamentos hospitalarios de maternidad las acojan, porque, si no lo hacen, los narcotraficantes compran al niño. Nosotros trabajamos con esos departamentos de maternidad, hemos recorrido juntos un camino; al principio no las acogían, ahora sí. Y nosotros las acompañamos, las ayudamos para que puedan tener a sus hijos, buscamos para ellas un sitio en el que puedan vivir y llevar adelante su

maternidad. ¿Esto puede ser considerado un compromiso “político”? No lo sé, afecta a la vida común de la gente. Pero, desde luego, no es un trabajo político partidista».

Lo que más sorprende al encontrar a sacerdotes que trabajan en las *villas miseria* es la ausencia del menor resquicio ideológico. Su desgaste a favor de los pobres es, sencillamente, la consecuencia de la fe que viven, y de lo que cuentan se deduce su sorpresa y su gratitud por los testimonios que reciben del pueblo cristiano al que cuidan.

«En las *villas* –explica el padre Charly– esto es impresionante. La fe que se expresa en las peregrinaciones, en la devoción a los santos, la fe que se expresa de las maneras más diversas y ricas, esa misma fe enseña la hospitalidad. Me acuerdo de que cuando estudiaba Historia de la Iglesia me impresionó leer estas palabras en la *Regla* de San Benito: “Todos los huéspedes que llegan a un monasterio sean recibidos como Cristo, porque un día Él dirá: ‘Fui vuestro huésped y me acogisteis’ y a todos se les rinda el honor que merecen”. La gente de las *villas* tiene esta hospitalidad que es profundamente cristiana. De otro modo uno no podría explicarse por qué en la ciudad se vive encerrado en la propia casa, en el miedo y en la inseguridad, mientras que aquí las cosas son diferentes. En la *villa* la gente vive con las puertas abiertas, acoge en su casa al vecino que no tiene qué comer para que pueda sentarse a la mesa, comparte medio paquete de arroz con la vecina que tiene a su marido en el paro. Y el domingo es el día de descanso. Los hombres se unen para ayudar a alguien a organizar la casa si no tienen dinero para pagar a obreros... Ejemplos así los hay todos los días».

«La solidaridad, la hospitalidad –prosigue el sacerdote argentino– son “semillas cristianas”, de aquel mismo cristianismo que se expresa en la conmemoración de los santos y en la veneración a la Virgen. Nosotros, en nuestro centro de recuperación, tratamos de implicar a todos en un clima comunitario: los mismos chicos que están siguiendo un itinerario de recuperación son invitados por los otros: a quien lleva haciéndolo desde hace dos meses le pedimos que vaya a ver a alguien que está en la cárcel, privado de libertad. A otro que haya vivido en la calle y ahora dispone de un lugar en el que vivir le pedimos que deje dormir en su casa a alguien que todavía vive en la calle... A otro que dispone de un poco de tiempo le pedimos que vaya al hospital a ayudar a algún enfermo que tiene dificultad para comer por sí solo. Cuidar unos de otros representa para nosotros la construcción de una comunidad, y el fundamento es el Evangelio. Es la vida evangélica la que sostiene a la comunidad».

«El modo exactamente contrario de esta manera de vivir –explica el padre Charly– es el individualismo que está encerrando a la gente en su propia casa; ese individualismo que lleva a una persona a pensar que debe conseguir todas las comodidades y confort para él, para sus hijos, para su mujer... Esta mentalidad, pequeñita pequeñita, que te hace creer que tu vecino no es tu hermano. El cristianismo es vida comunitaria, y, si uno piensa en la vida comunitaria como vida evangélica, esto es de obligado cumplimiento.

Si, en cambio, uno piensa que la primera experiencia del cristianismo es moral o doctrinal, eso excluye, separa, porque lo que se está es mirando si aquel practica o no practica, hace esto o lo otro, cree o no cree. En cambio, partir de la vida comunitaria, como experiencia evangélica, hace mucho bien a la gente: la hace sentirse acogida, integrada en una verdadera familia».

El dato de partida es siempre la realidad que se vive. En el caso de las *villas miseria* es la fe, la devoción popular. «La fe popular –observa el sacerdote argentino– tiene mucho que decir: lo que nosotros comprobamos cada día es que la gente de nuestros barrios tiene una mirada de fe capaz de vertebrar toda la vida. Una enfermedad es leída religiosamente. La enfermedad de un familiar lleva a referirse a Dios y se transforma en oración. La falta de trabajo, cuando la gente va a pedir ayuda a san Cayetano, se convierte en una referencia a Dios... Toda la vida hace referencia a Dios. El religioso no se encierra en el culto, la fe no acaba en el culto». El padre Charly rechaza la idea de que el creyente deba estarse calladito frente a todo lo que sucede. «Esa idea de que nosotros, a causa de nuestra fe católica, no podamos intervenir sobre las injusticias del mundo, de este mundo que hemos construido, es una mirada cultural, cerrada, pequeña, disociada de la vida. Es una idea hija de la cultura individualista que pretende encerrar la fe en el ámbito de la conciencia privada y personal. La fe, por el contrario, tiene mucho que ver con toda la vida, toda la vida es una referencia a Dios. Hay muchos hermanos nuestros que no tienen qué comer. También aquí en Europa me he dado cuenta de esta evidencia. Y hay un mensaje impresionante: hemos construido un mundo tan desigual que ahora parece haber un movimiento de retorno hacia los países del bienestar. Caminando por las calles he visto un número enorme de emigrantes: personas que vienen a tratar de comer. Evidentemente, el actual sistema capitalista, tal y como está, no va bien».

«¿Cómo podemos permitir que esto siga así? ¿Cómo podemos no pensar que hay que cambiar?», se pregunta el padre Charly, que recuerda la actualidad y la fuerza de algunas afirmaciones del magisterio de la Iglesia católica en el campo social. Enseñanzas que los mismos católicos olvidan a menudo. «Cuando el magisterio de la Iglesia habla de la expropiación de latifundios inutilizados, para nosotros, en América, este mensaje es durísimo. Ni siquiera los marxistas hablan hoy de expropiar los latifundios inutilizados: no se puede concebir por qué hoy la propiedad es considerada más importante que la propia vida. Es natural que todos los que defienden este orden de cosas, todos los que están interesados en que este sistema se perpetúe se enfaden al oír ciertas afirmaciones. No nos deben sorprender ciertas críticas al Papa Francisco».

15. FRANCISCO TIENE LA PALABRA: «¿PAUPERISMO? NO, EVANGELIO».

*¿Quieres honrar al cuerpo de Cristo?
No permitas que sea
objeto de desprecio en sus miembros,
o sea, en los pobres.*

San Juan Crisóstomo

«Marxista», «comunista» y «pauperista»: las palabras de Francisco sobre la pobreza y sobre la justicia social, sus frecuentes llamamientos a atender a los necesitados, le han granjeado críticas y a veces acusaciones explícitas llenas de dureza y sarcasmo, como hemos visto. ¿Cómo vive todo esto el Papa Bergoglio? ¿Por qué la cuestión de la pobreza está tan presente en su magisterio? Para acabar este recorrido a través de los contenidos de sus intervenciones durante los primeros dos años de su pontificado, le hemos planteado a él directamente algunas preguntas, y estas son sus respuestas:

Santidad, el capitalismo, tal y como lo estamos viviendo en los últimos decenios, ¿es, en su opinión, un sistema en cierto modo irreversible?

No sabría cómo responder a esta pregunta. Reconozco que la globalización ha ayudado a muchas personas a levantarse de la pobreza, pero ha condenado a muchas otras a morir de hambre. Es verdad que, en términos absolutos, ha crecido la riqueza mundial, pero han aumentado también las desigualdades y han surgido nuevas pobrezas. Lo que yo noto es que este sistema se mantiene a base de esa cultura del descarte de la que ya he hablado varias veces. Hay una política, una sociología, y también una actitud de descarte. Cuando en el centro del sistema ya no está el hombre, sino el dinero, cuando el dinero se ha convertido en un ídolo, los hombres y las mujeres quedan reducidos a simples instrumentos de un sistema social y económico caracterizado, más aún, dominado por profundos desequilibrios. Y, así, se «descarta» todo lo que no sirve a esta lógica: es esa actitud que descarta a los niños y a los ancianos, y que ahora golpea también a los jóvenes. Me ha impresionado saber que en los países desarrollados hay tantos millones de jóvenes de menos de veinticinco años sin trabajo. Los he llamado los jóvenes «ni-ni», porque ni estudian ni trabajan. No estudian porque no tienen posibilidad de hacerlo, y no trabajan porque falta el trabajo. Pero me gustaría recordar también esa cultura del descarte que lleva a rechazar a los niños incluso por medio del aborto. Me impresionan los índices de natalidad tan bajos aquí en Italia: así se pierde la vinculación con el futuro. De igual modo, la cultura del descarte lleva a la eutanasia clandestina de los

ancianos, que son abandonados. En lugar de ser considerados como nuestra memoria, como el nexo con nuestro pasado y como una fuente de sabiduría para el presente. A veces me pregunto: ¿cuál será el próximo descarte? Tenemos que parar a tiempo, ¡detengámonos, por favor! Y, por tanto, para tratar de responder a su pregunta diría: no consideremos este orden de cosas como irreversible, no nos resignemos. Tratemos de construir una sociedad y una economía en cuyo centro esté el hombre y su bien, y no el dinero.

¿Un cambio, una mayor atención a la justicia social y a la redistribución de la riqueza pueden producirse únicamente a consecuencia de una mayor ética en la economía –es decir, gracias a hombres que se preocupen del bien común– o bien es justo tratar de sentar la hipótesis de cambios estructurales dentro del sistema?

Ante todo es bueno recordar que hace falta ética en la economía y también en la política. Muchas veces, diversos jefes de Estado y líderes políticos con los que he podido hablar tras mi elección como obispo de Roma, me han hablado de esto. Han dicho: ustedes, líderes religiosos, tienen que ayudarnos, darnos indicaciones éticas. Sí, el pastor puede hacer sus llamamientos, pero estoy convencido de que es necesario, como recordaba Benedicto XVI en la encíclica *Caritas in veritate*, que haya hombres y mujeres con los brazos levantados hacia Dios para pedirle ayuda, conscientes de que el amor y el compartir de donde deriva el auténtico desarrollo no son un producto de nuestras manos, sino un don que hay que pedir. Y, al mismo tiempo, estoy convencido de que hace falta que estos hombres y mujeres se comprometan, a todos los niveles, en la sociedad, en la política, en las instituciones y en la economía, poniendo en el centro el bien común. No podemos esperar más para resolver las causas estructurales de la pobreza, para curar a nuestras sociedades de una enfermedad que solo puede llevar a nuevas crisis. Los mercados y la especulación financiera no pueden gozar de una autonomía absoluta. Sin una solución a los problemas de los pobres no resolveremos los problemas del mundo. Hacen falta programas, mecanismos y procesos orientados a una mejor distribución de los recursos, a la creación de trabajo, a la promoción integral de quien está excluido.

¿Hasta qué punto es importante la recuperación por parte de los cristianos de la atención a la salvaguardia de lo creado y a un desarrollo sostenible? ¿Y cómo hacer para que esto no signifique confusión con una cierta ideología ambientalista que considera al hombre el verdadero problema para el planeta Tierra?

También para la salvaguardia de lo creado hay que superar la cultura del descarte. La creación es el regalo que Dios ha hecho al hombre para que lo custodie, lo cultive, lo utilice para su sustento y lo entregue a las generaciones futuras. La vocación de custodiar es humana antes que cristiana y afecta a todos: cuidar lo creado, su belleza, es respetar a

todas las criaturas de Dios y el medio ambiente en el que vivimos. Si dejamos de cumplir esta responsabilidad, si no nos preocupamos de nuestros hermanos y de todo lo creado, aumenta la destrucción. Por desgracia, tenemos que constatar que toda época de la Historia tiene sus Herodes, que aniquilan, traman designios de muerte, manchan el rostro del hombre y de la mujer, destruyen la creación. Como observaba Romano Guardini, el hombre ha recibido como don esta «incultura» y la ha transformado en «cultura». Pero, cuando el hombre, en vez de ser custodio, se siente dueño, se convierte en creador de una segunda «incultura», y así comienza el camino de la destrucción. Pensemos en las armas atómicas, en la posibilidad de aniquilar en pocos instantes a un altísimo número de seres humanos, pensemos también en la manipulación genética, en la manipulación de la vida o en la teoría de género, que no reconoce el orden de la creación. Pensemos en el hombre que reproduce la torre de Babel y destruye lo creado. Con esta actitud comete un nuevo pecado, el pecado contra Dios creador. El verdadero cuidado de lo creado nada tiene que ver con las ideologías que consideran al hombre como un «accidente», como un problema que se debe eliminar. Dios puso al hombre y a la mujer en el vértice de la Creación y les confió la Tierra. El designio del Creador está inscrito en la Naturaleza.

En su opinión, ¿por qué las palabras duras y proféticas de Pío XI en la encíclica social *Quadragesimo anno* de 1931 contra el imperialismo internacional del dinero suenan hoy para muchos –también católicos– como exageradas y radicales?

Pío XI les parece exagerado a quienes se sienten tocados por sus palabras, afectados en lo más vivo por sus proféticas denuncias. Pero el papa no era un exagerado, había dicho la verdad tras la crisis económico-financiera de 1929. Y, como buen alpinista, veía las cosas tal y como eran, sabía mirar a lo lejos. Temo que los exagerados sean más bien aquellos que todavía hoy se sienten interpelados por los llamamientos de Pío XI...

¿Siguen siendo válidas todavía las páginas de la *Populorum progressio* en las que se dice que la propiedad privada no es un derecho absoluto, sino que está subordinada al bien común, y las afirmaciones del catecismo de san Pío X según el cual, entre los pecados que claman venganza a los ojos de Dios está la opresión a los pobres y el defraudar a los obreros de su justa retribución?

No solo son afirmaciones todavía válidas, sino que a medida que pasa el tiempo más quedan comprobadas por la experiencia.

A causa de algunos pasajes de la exhortación *Evangelii gaudium* alguien desde los EE. UU. le ha acusado de ser marxista. ¿Qué efecto le ha producido sentirse acusado de estar al lado de los secuaces de Karl Marx?

Como ya he recordado, en mi vida he conocido a muchos marxistas buenos, buenos como personas. Por eso no me siento ofendido por esa acusación. Pero la ideología marxista está equivocada.

La frase de la Evangelii gaudium que ha impresionado más es aquella sobre la «economía que mata»...

Y sin embargo, yo, en la exhortación *Evangelii gaudium*, no he dicho nada que no esté contenido en las enseñanzas de la doctrina social de la Iglesia. Además, no he hablado desde un punto de vista técnico. He tratado de describir lo que ocurre. La única cita específica ha sido para las teorías de la «recaída favorable», según las cuales todo crecimiento económico, favorecido por el libre mercado, consigue generar, de por sí, una mayor equidad e inclusión social en el mundo. Existía la promesa de que, cuando el vaso estuviera lleno, se desbordaría, y los pobres se beneficiarían de ello. Ha sucedido, en cambio, que, cuando está lleno, el vaso mágicamente se agranda. Y así no se desborda nada para los pobres. Esta fue la única referencia a una teoría específica. Repito, no he hablado como un técnico, sino según la doctrina social de la Iglesia, y esto no significa ser marxista. Quizá quien ha hecho ese comentario no conoce la doctrina social de la Iglesia, y, en el fondo, tampoco conoce tan bien el marxismo.

Han impresionado mucho sus palabras sobre los pobres, «carne de Cristo» y que subraye el hecho de que esa atención pertenece a la esencia del mensaje cristiano, que no es un hecho sociológico. De ello habló usted también en Asís, cuando invitó a adorar el cuerpo de Cristo en la Eucaristía y a tocar el cuerpo de Cristo en aquellos jóvenes discapacitados. ¿Le molesta la acusación de «pauperismo»?

Antes de que llegase Francisco de Asís ya había «pauperistas», en la Edad Media hubo muchas corrientes pauperistas. El pauperismo es una caricatura del Evangelio y de la pobreza misma. En cambio, san Francisco nos ayudó a descubrir el vínculo profundo entre la pobreza y el camino evangélico. Jesús afirma que no se puede servir a dos señores, Dios y la riqueza. ¿Eso es pauperismo? Jesús nos dice cuál es el «protocolo» sobre la base del cual seremos juzgados, es el que leemos en el capítulo 25 del Evangelio de Mateo: «Tuve hambre, tuve sed, estuve en la cárcel, estuve enfermo, estuve desnudo y me ayudasteis, vestisteis, visitasteis, os preocupasteis por mí». Cada vez que hacemos esto a un hermano nuestro, se lo hacemos a Jesús. Preocuparnos por nuestro prójimo, por quien es pobre, por quien sufre en el cuerpo o en el alma, por quien se encuentra en la necesidad, esta es la piedra de toque. ¿Eso es pauperismo? No, es Evangelio. La pobreza aleja de la idolatría, del sentirnos autosuficientes. Zaqueo, después de haber cruzado su mirada con la misericordiosa de Jesús, dio la mitad de sus bienes a los pobres. El mensaje del Evangelio se dirige a todos, el Evangelio no condena a los ricos, sino la idolatría de la riqueza. Esa idolatría que hace insensibles al grito del pobre. Jesús dijo que antes de dejar nuestra ofrenda en el altar tenemos que reconciliarnos con nuestro hermano para estar en paz con Él. Creo que, por analogía, podemos extender esta exigencia también al estar en paz con esos hermanos pobres.

Usted ha subrayado la continuidad con la tradición de la Iglesia en esta atención a los pobres. Para concluir, ¿nos puede poner algún otro ejemplo en este sentido?

Un mes antes de iniciar el Concilio Ecu­mé­ni­co Va­ti­ca­no II, el papa Juan XXIII dijo: «La Iglesia se presenta tal cual es y quiere ser como la Iglesia de todos y, particularmente, la Iglesia de los pobres». En los años sucesivos, la opción preferencial por los pobres entró en los documentos del Magisterio. Alguien podría pensar en una novedad, y en cambio se trata de una atención que hunde su raíz en el Evangelio y que ya está documentada en los primeros siglos del cristianismo. Si repitiera algunos pasajes de las homilias de los primeros Padres de la Iglesia, del siglo II o III, sobre cómo se debe tratar a los pobres, seguro que habría alguien que me acusaría de que mi homilía era marxista. «Lo que das a los pobres no es tuyo; lo único que haces es devolverles lo que les pertenece, puesto que solo lo que es dado en común para el uso de todos es lo que queda para ti. La tierra es dada a todos, y no solo a los ricos». Son palabras de san Ambrosio que le sirvieron al papa Pablo VI para afirmar, en la *Populorum progressio*, que la propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto, y que nadie está autorizado a reservarse para su uso exclusivo lo que excede a sus necesidades, cuando a los demás les falta lo necesario. San Juan Crisóstomo afirmaba: «No compartir los propios bienes con los pobres significa robarles y privarles de la vida. Los bienes que poseemos no son nuestros, sino suyos». Y más adelante: «¿Quieres honrar al cuerpo de Cristo? No permitas que sea objeto de desprecio en sus miembros, es decir, en los pobres, desprovistos de vestido para cubrirse. No honras a Cristo aquí en la Iglesia con telas de seda, mientras fuera le das de lado cuando sufre por el frío o la desnudez. Aquel que dijo: “Este es mi cuerpo”, dijo también: “me visteis hambriento y me disteis de comer”. Como puede verse, esta atención a los pobres está en el Evangelio, y está en la tradición de la Iglesia, no es un invento del comunismo, y no hay que ideologizarla, como a veces ha sucedido a lo largo de la Historia. La Iglesia, cuando invita a vencer la que he llamado “globalización de la indiferencia”, está lejos de cualquier tipo de interés político y de cualquier ideología: movida únicamente por las palabras de Jesús, quiere aportar su contribución a la construcción de un mundo en el que nos cuidemos los unos a los otros y nos custodiemos los unos a los otros».

EPÍLOGO

ECONOMÍA Y EVANGELIO

Reapropiarse del pasado para construir el futuro

*La necesidad de resolver las causas estructurales
de la pobreza no puede esperar,
no solo por una exigencia pragmática
de lograr resultados y poner orden en la sociedad,
sino para curarla de una enfermedad que la hace frágil
e indigna y que solo podrá llevarla a nuevas crisis.*

PAPA FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*

«Los mercados y la especulación financiera no pueden disfrutar de una autonomía absoluta», ha afirmado Francisco en la entrevista publicada en las páginas anteriores. «Sin una solución a los problemas de los pobres no resolveremos los problemas del mundo». El Papa Bergoglio, en continuidad con la tradición de la doctrina social de la Iglesia y sin olvidar sus páginas más significativas y proféticas, explica que, si no se resuelven los problemas de los pobres, renunciando por una parte a la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera y «atacando», por otra, a las causas estructurales de la desigualdad, «no se resolverán los problemas del mundo y, en definitiva, ningún problema». Porque «la desigualdad es la raíz de los males sociales».

La dimensión de denuncia de la exhortación *Evangelii gaudium* como también de otras páginas del magisterio del Pontífice ha tenido un gran eco mediático y ha suscitado, como hemos visto, muchas reacciones.

Merece la pena recordar, una vez más, al final de este itinerario, que el corazón del documento programático de Francisco es la misión, la «conversión pastoral» de una Iglesia que sale de sí misma y de la *autorreferencialidad* para anunciar a todos la alegría del Evangelio. Se trata de un texto exhortativo, que no tiene la intención de sistematizar un pensamiento, y mucho menos un pensamiento económico, sino que denuncia con realismo algunos males que están a la vista de todos y quiere promover una transformación de la Iglesia y de los cristianos.

De modo que no se pueden separar las páginas sociales y económicas de la *Evangelii gaudium* de la finalidad de toda la exhortación. Wendy Mayer, al analizar las homilias de los padres de la Iglesia con contenido social, ha observado que más allá de los destinatarios primarios hay siempre en esas homilias una finalidad evangelizadora. «Para

los padres de la Iglesia –ha escrito el jesuita Diego Alonso-Lasheras– un serio compromiso de los cristianos en lo social no solamente sería un bien, por cuanto que permitiría a esos cristianos vivir más profundamente la propia fe, sino que además tendría un efecto misionero y evangelizador sobre los no cristianos. En la *Evangelii gaudium* el Papa se mueve en la misma dirección y quiere, en este sentido, mover a toda la Iglesia para que viva la alegría de evangelizar en todos los ámbitos, también en el campo social, y por consiguiente también en las relaciones económicas».

Como sucede a menudo, también en el caso de este documento papal, la mayor atención se ha dedicado a la parte de denuncia –a no ser más que porque ya ninguno de los líderes mundiales parece interesado en meter verdaderamente el dedo en la llaga de la pobreza y de las desigualdades, interrogándose sobre sus causas y sus posibles remedios– mientras que ha sido mucho menor el interés por la parte más propositiva; es decir, por aquellos párrafos que directamente responsabilizan a los cristianos para que se comprometan a mejorar la tierra en la que habitan y que es la casa común de la Humanidad. Por este motivo, recuerda Francisco, todo lo que fue afirmado por su predecesor Pablo VI en la carta apostólica *Octogesima adveniens* cuando afirma que corresponde a las comunidades cristianas pronunciarse con palabras diversas sobre situaciones diversas, analizando con objetividad las situaciones sociales en las que viven para poder iluminarlas con la luz del Evangelio. Es un llamamiento sumamente necesario. No se escuchan hoy muchas reflexiones y propuestas por parte de las comunidades cristianas sobre tantos de los temas actuales y actualísimos en el debate contemporáneo; baste pensar en el problema de las finanzas especulativas en relación con la crisis. Quizá también, por lo que se refiere a Italia, a causa del papel de suplencia cada vez más consistente, desarrollado por la jerarquía episcopal en los últimos decenios.

«La dignidad de toda persona humana y el bien común –se lee en la *Evangelii gaudium*– son cuestiones que deberían estructurar toda la política económica, pero a veces parecen simples apéndices añadidos desde fuera para completar un discurso político sin perspectivas ni programas de verdadero desarrollo integral». El crecimiento en la igualdad «exige algo más del crecimiento económico, por más que lo presuponga; exige decisiones, programas, mecanismos y procesos específicamente orientados a una mayor distribución de los ingresos, a la creación de oportunidades de trabajo, a una promoción integral de los pobres que vaya más allá del mero *asistencialismo*». Exige, en suma, hombres y mujeres que miren al futuro y se comprometan sin tener como única meta la próxima campaña electoral. Hombres y mujeres que no solo consideren el *spread* y los índices bursátiles como indicadores del estado de salud de un país, sino que se interroguen acerca de si los jóvenes tienen trabajo, futuro y esperanza; si los niños tienen guarderías y escuelas capaces de educarlos introduciéndolos en la realidad; si las parejas tienen la posibilidad de adquirir una casa; si los ancianos disponen de una asistencia

digna; si quien todavía apuesta sobre el futuro trayendo al mundo hijos, en lugar de ser penalizado, tiene una fiscalidad mínimamente justa...

Hombres y mujeres que logren hacer política y trabajar en las instituciones sin corromperse y ser corruptos, logrando hacer renacer, tal vez, un mínimo de estima – nunca ha estado tan bajo– por aquella «más alta forma de caridad» que puede ser la política cuando es vivida si se tiene siempre ante los ojos el bien común, la existencia concreta de las personas concretas, con una particular atención y dedicación hacia quien se encuentra en dificultades, hacia quien se ha quedado atrás, hacia quien es excluido y tiene que ser incluido.

Se puede hacer aquí referencia a aquellos principios ya recordados y comentados en el capítulo dedicado al texto de la *Evangelii gaudium* que más veces ha citado y desentrañado Jorge Mario Bergoglio. El primero: el tiempo es superior al espacio. Una invitación a trabajar a largo plazo, privilegiando la puesta en marcha de procesos más que la ocupación de espacios de poder, preocupándose por iniciar nuevos dinamismos en la sociedad y de responsabilizar a otras personas y otros grupos que los hagan propios y los saquen adelante. El segundo: la unidad prevalece sobre el conflicto, y, por tanto, los conflictos deben emerger logrando conciliarse y reconciliarse en una nueva síntesis de las diversidades. El tercero: la realidad es más importante que la idea, principio actual como ningún otro en un mundo que todavía está pagando el precio de diversas ideologías que impusieron esquemas sobre la realidad en lugar de partir de ella. Hacer prevalecer las puras ideas, los modelos, las estrategias, puede hacer degenerar la política y la economía para acabar en una irracionalidad que olvida el buen sentido y la experiencia de la gente común. El cuarto y último principio: el todo es superior a la parte. «Con este principio – explica el padre Alonso-Lasheras– el Papa quiere evitar que se caiga en dos posibles extremos: el primero sería el de un universalismo abstracto y globalizante; el segundo, el de un localismo folclórico que no se deja interpelar por lo que es diferente».

Principios que Francisco propone en clave de evangelización, pero que pueden ser asumidos también por la economía y por la ciencia económica. «Economía y ciencia económica», afirma a continuación el padre jesuita en su comentario a la *Evangelii gaudium*, «están invitadas a no perder de vista su capacidad de iniciar procesos que puedan incluir en la economía cada vez a más personas, una economía que pueda aportar cada vez más y siempre mejor lo necesario para una vida digna a cuantas más personas, mejor. Economía y ciencia económica están invitadas a ver la profunda unidad de los procesos económicos que debe prevalecer sobre el conflicto y sobre la competencia. El mercado no es únicamente el lugar en el que entran en competencia los productores, los vendedores y los consumidores. El mercado es también expresión de una comunidad que permite y sostiene la andadura de la economía; la comunidad es nicho ecológico-moral que permite la vida de una institución jurídico-económica como el

mercado. Economía y ciencia económica están invitadas a construir un discurso en el que las ideas económicas estén siempre en diálogo con la realidad y no la oculten; ideas económicas que responsabilizan y no solo clasifican y definen. Ideas económicas que tengan en cuenta la vida y la racionalidad económica de las personas reales. Por último, economía y ciencia económica están invitadas a tener juntas la globalización y la localización, profundizando en las raíces de la actividad económica en la tierra fértil de la propia historia y del propio lugar, entendidos como dones de Dios, pero en una perspectiva abierta a una economía global».

Una invitación que interpela, en primer lugar, a cuantos específicamente se ocupan de economía, a cuantos operan en los mercados, a cuantos los manipulan; pero que compromete a la política que no puede seguir insensatamente levantando las manos y rindiéndose frente a mecanismos económicos y financieros para seguir dejándonos gobernar por los mercados, en lugar de gobernarlos nosotros para el bien de los ciudadanos, de las personas concretas. Y, finalmente, representa una invitación a todos los cristianos y a todos los hombres de buena voluntad, para que saliendo de las «burbujas de la indiferencia» se interesen por la vida de su comunidad y tengan el coraje de exigir a quien les gobierna un compromiso y proyectos de largo aliento, en el intento de construir para quien vive hoy y para las generaciones futuras una sociedad más justa e incluyente.

Índice

Prólogo

1. «Una Iglesia pobre y para los pobres»
2. Los pobres y «el imperialismo del dinero»
3. «La burbuja de la indiferencia», el sistema económico idólatra del dinero y ese «algo que no funciona»
4. «Esta economía mata»
5. Los ataques contra «el Papa marxista»
6. Unas finanzas que se autoalimentan
7. Las críticas de los teocon americanos... al Papa Ratzinger
8. ¿Un bienestar con el que hay que terminar?
9. Una creación que custodiar
10. «Tierra, casa y trabajo»
11. «Un sistema que, para sobrevivir, tiene que recurrir a la guerra»
12. La doctrina social, en un mundo gobernado por los «tecnócratas de las finanzas»
13. La economía capitalista y la economía civil de mercado
14. Una voz desde las villas miseria
15. Francisco tiene la palabra: «¿pauperismo? no, evangelio».

Epílogo